

A teal alarm clock is the central focus, hanging from a dark, textured branch. The clock face is white with black numerals and hands, and it features two smaller sub-dials. The background is a soft-focus image of a person's face, with the eye and nose visible, creating a sense of being present in a moment. The overall mood is contemplative and nostalgic.

**Beryl  
Bainbridge**  
La excursión  
de la fábrica  
de botellas

**Lectulandia**

Divertido, inteligente, rápido, ameno, dotada de humor inglés, negro y a veces surrealista. Así podríamos describir este libro de Beryl Bainbridge, una de las escritoras inglesas más importantes de este siglo. Se trata de una historia acerca de dos mujeres inglesas que trabajan en una fábrica italiana de embotellado de vino y que un buen día se van de excursión con sus compañeros de la fábrica, inmigrantes italianos humildes, a pasar el día a Windsor. Del argumento poco más podemos contar. Del cadáver, tampoco.

«Luego de volver la última página de *La excursión de la fábrica de botellas* el lector no puede hacer otra cosa que quedarse boquiabierto y buscar la palabra justa. Una atmósfera como ésta, de inminente perdición, no había sido creada desde *Brighton Rock*... excepto que Beryl Bainbridge es implacablemente cómica en vez de (como Graham Greene) implacablemente virulento. Capaz de ir sumando los más asombrosos detalles, domina de tal modo este maravilloso relato que el lector está pendiente de cada una de sus palabras, desde la primera hasta la última. Qué originalidad, qué placer».

Ronald Blythe, *Sunday Times*

«Una historia horripilante y tremendamente divertida».

Graham Greene

**Lectulandia**

Beryl Bainbridge

# **La excursión de la fábrica de botellas**

ePub r1.0  
Titivillus 20.04.16

Título original: *The Bottle Factory Outing*  
Beryl Bainbridge, 1974  
Traducción: Mireia Bofill

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Pauline*

# 1

El coche fúnebre se había detenido frente al bloque de pisos y aguardaba a la anciana. Freda lloraba. Algunos niños y un perro correteaban entrando y saliendo entre la hilera de negros árboles desnudos plantados en la acera.

—No sé por qué lloras —dijo Brenda—. No la conocías.

Cuatro empleados vestidos de negro, llevando el ataúd a hombros, echaron a andar a lo largo del rellano. Abajo, en la primera planta, una fila de ciudadanos de edad avanzada en prendas de dormir y abrigos se asomaban a los balcones listos para decirle adiós a la vieja.

—Me gusta —dijo Freda—. Es tan hermoso.

Opulenta junto a la ventana, apoyó la mejilla de color ocre contra el cristal y contempló tristemente el bloque de pisos, anclado en el cemento como un transatlántico. Detrás de las jarcias de las antenas de televisión, unas nubes blancas surcaban el cielo. Todos en cubierta, los viejos tripulantes se acercaron a las barandillas, cabizbajos y arrastrando los pies, para contemplar el desembarco del último pasajero.

Freda se sentía feliz. Detuvo una lágrima con la punta del dedo y se la llevó a la boca.

—Estoy muy conmovida —comentó mientras el ataúd descendía por la escalera en un ángulo agudo.

A Brenda, que se turbaba con facilidad, no le hacía ninguna gracia que la vieran curioseando por la ventana. Evitó mirar el tedio del coche fúnebre, coronado de flores como un sombrero de domingo, mientras acomodaban el ataúd.

—Se va —exclamó Freda, y el motor se puso en marcha y el coche negro se deslizó alejándose de la acera, con los gladiolos y los lirios temblando en la brisa.

—Lloras con facilidad —dijo Brenda mientras se vestían para ir a la fábrica.

—Me gustan los funerales. Todas esas flores... una vida plena que toca a su fin...

—No daba la impresión de haber tenido una vida plena —dijo Brenda—. Sólo tenía el gato. No había ningún pariente para llorarla: ningún hijo, nada.

—Entonces aprende la lección. Lo mismo podría ocurrirte a ti. Cuando me llegue la hora yo tendré mi familia a mi alrededor: hijas, hijos, mi marido, gris y distinguido, llevándose un pañuelo a los labios...

—Los hombres siempre se van primero —dijo Brenda—. Las mujeres viven más tiempo.

—Deberías participar más, querida. Te mantienes demasiado apartada de la vida.

Cuando Freda hablaba de ese modo, Brenda hubiera huido a otra habitación, de haberla habido.

—Ya participo —protestó incómoda—. Más de lo que tú crees.

—No, eres un despojo que la marea ha dejado varado en la costa, sin acceso al mar —siguió diciendo Freda. Había levantado una amplia pierna y se estaba lustrando la punta de la bota con el dobladillo de las cortinas—. Más te valdrá que participes el día de la Excursión.

—No puedo prometértelo —replicó Brenda con rebeldía.

A diferencia de Freda, de quien había surgido la idea, la perspectiva de la Excursión la llenaba de alarma. Sin duda llovería, puesto que ya estaban en octubre, y se imaginaba perfectamente el terrible cortejo que formarían, avanzando desoladamente en fila india entre la hierba, los hombres resbalando y tropezando bajo el peso de los barriles de vino y Freda, con la cara distorsionada de ira contra el tiempo, hundiéndose en el terreno fangoso, extrayendo su pollo frío del envoltorio de plateado papel metálico, desmembrándolo bajo las ramas chorreantes de los árboles. Evidentemente Freda lo visualizaba de otro modo. Estaba desesperadamente enamorada de Vittorio, el aprendiz de director, que era el sobrino del señor Paganotti, y pensaba que tendría más posibilidades de seducirlo si conseguía sacarlo al aire libre, lejos de la planta embotelladora y de sus obligaciones en la cava. Lo que tenía planeado era una visita a una Mansión Señorial y un paseo por los jardines isabelinos, cogidos de la mano si conseguía su propósito. Los hombres de la fábrica, con los sentidos exaltados ante la perspectiva de un día en el campo con las señoritas inglesas, habían mandado a la tintorería los trajes de los domingos, y habían dicho a sus mujeres y sus hijos que la Excursión era exclusivamente para el personal. Rossi le había dado su permiso a Freda para contratar un minibús, y habían convencido al señor Paganotti para que ofreciera cuatro barriles de vino, dos de blanco y dos de tinto.

—Deberías estar terriblemente ansiosa —dijo Freda—. Toda esa cantidad de aire puro y la hierba verde en pleno esplendor. Deberías estar loca de alegría ante la perspectiva.

—Pues no lo estoy —replicó rotundamente Brenda.

Freda, que ansiaba verse lanzada en medio del caos, quedó anonadada por su actitud. Cuando se vieron por primera vez en la carnicería de Finchley Road, lo que la había atraído fue la falta de control de Brenda, su pasión. Había pedido una chuleta de cerdo justo delante de Freda y el carnicero le había gritado con familiaridad mientras cogía la cuchilla del tablero de madera: «¿Quiere darle una sorpresa a su hombre, eh?», al oír lo cual Brenda se echó a llorar, gimoteando que su marido la había dejado, que no había ningún hombre en su mundo. Temblaba bajo un descolorido abrigo azul con un ajado cuello de piel, dejando correr las lágrimas por su cara. Freda la sacó de allí, abandonando el trozo de carne culpable sobre el mostrador, y una semana más tarde habían encontrado una habitación para las dos en Hope Street, y Freda descubrió que no había sido el marido quien había abandonado a Brenda sino ella a él, porque no podía soportar que cada noche llegara borracho a la casa de la «Little Legion» y se orinara en el escalón de la entrada. Además, también

tenía una Suegra, a todas luces desequilibrada, que de madrugada se deslizaba a hurtadillas para retirar los huevos de debajo de las gallinas y dibujaba caritas en la cáscara con un bolígrafo.

Era curioso que le hubiera ocurrido a Brenda ese tipo particular de experiencia; que, teniendo unos antecedentes tan respetables como tenía —colegio privado y clases de música y veraneo jugando al tenis—, hubiera cambiado su casa con jardín por una remota granja de Yorkshire, donde se acostaba en una enorme cama de bronce con ese bruto de marido, y en el exterior los salvajes páramos, las ocas y patos en el corral, las ovejas que se introducían por un boquete del muro para acurrucarse junto a las paredes de la casa en busca de calor. Era tan poco adecuada para llevar semejante vida, con su pelo rojizo y fibroso peinado en una melena hasta los hombros, su larga cara delgada, sus miopes ojos azules que nunca te miraban directamente, mientras que ella, Freda, habría estado en su elemento: había palomas blancas sobre el techo de la letrina.

Era injusto y así se lo dijo.

—Siempre quise vivir en una casa con una gran cocina. Quería tener una madre con un chaleco de ganchillo y un delantal, que hiciera pan y sopa de bolas de harina.

—¿Un chaleco de ganchillo? —preguntó Brenda dudosa, y Freda no pudo explicárselo; no habría servido de nada.

Desde ese primer estallido en la carnicería, Brenda se había vuelto retraída y poco emotiva, excepto por la fantasía de que la perseguían los hombres. Freda tenía la esperanza de que el trabajo en una fábrica enriquecería la vida de Brenda. Al ver el anuncio en el quiosco de revistas, le comentó que era justo el trabajo que necesitaban, aunque estuviera mal pagado, puesto que podrían ahorrar en billetes de metro y en las comidas, y no tendrían que vestir sus ropas buenas. Brenda dijo que no tenía ropas buenas, lo cual era cierto. Freda había dejado su trabajo de cajera en un *nightclub*; el horario era demasiado irregular y eso significaba que nunca conseguía levantarse a tiempo para acudir a las audiciones. Todos los jueves se compraba un ejemplar de *The Stage* [La Escena] y cada viernes por la noche iba a un «pub» teatral y se reunía con gente de la profesión. Nunca conseguía nada. Brenda no hacía nada fuera de algunas compras. Cada semana recibía un giro postal de su padre, pero con eso no le alcanzaba para vivir.

—No está bien —le dijo Freda—. A tu edad tienes que pensar en el futuro.

La implicación asustó a Brenda, que tenía treinta y dos años; le pareció que ya tenía un pie en la tumba. Una vez habían acudido a un despacho de High Street y dijeron que buscaban un trabajo interino en una oficina. Mintieron sobre su velocidad de mecanografiado y otras cosas, pero la mujer del mostrador se mostró poco alentadora. Para sus adentros Freda se dijo que había sido porque Brenda tenía un aspecto tan espantoso; esa mañana tenía dolor de muelas y se le había hinchado la mejilla. Brenda pensaba que había sido porque Freda llevaba su capa morada y sacudía continuamente la ceniza de su cigarrillo encima de la alfombra. Freda dijo

que les convenía hacer alguna cosa más básica, algo que las pusiera en contacto con la gente corriente, con los trabajadores.

—Pero una fábrica de botellas... —protestó Brenda, que no tenía las mismas necesidades que su amiga.

Freda le explicó pacientemente que no era una fábrica de botellas, sino una fábrica de vino; que trabajarían junto a sencillos campesinos con una cultura y una tradición a sus espaldas. Brenda insinuó que no le gustaban los extranjeros; le costaba relacionarse con ellos. Freda replicó que eso demostraba su mezquindad, mental y física.

—Estás cargada de prejuicios —exclamó—. Y no comes suficiente.

A lo cual Brenda no respondió. Se la quedó mirando sin decir nada, contemplando la lisa cara blanca de Freda y el resplandeciente mechón de pelo amarillo que caía en una onda hasta la curva de su mandíbula. Tenía grandes ojos azules con las pestañas curvas, una amable boca rosada, una nariz perfectamente formada. Medía un metro sesenta de estatura, tenía veintiséis años y pesaba ochenta y tres kilos. Toda su vida había abrigado la esperanza de llegar a formar parte algún día de una comunidad, de una familia. Quería que la adoraran y la protegieran, que la llamaran «pequeña».

—Quizás hoy Vittorio me invite a tomar una copa —dijo Freda. Miró a Brenda que se había echado agotada en la gran cama doble—. Tienes un aspecto espantoso. Ya te lo he dicho: deberías tomar vitamina B.

—No me van las vitaminas. Sólo estoy cansada.

—La culpa es tuya. Deberías hacer esa maldita cama como es debido y dormir un buen sueño.

Brenda había confeccionado un travesaño que ponía en el centro de la cama con una hilera de libros, para asegurarse de que así yacerían menos íntimamente por la noche. Freda se quejaba de que los libros eran incómodos, pero naturalmente ella nunca había estado casada. Cuando se preparaban para acostarse por la noche, Freda se quitaba toda la ropa y yacía como un gran bebé displicente, llena de majestuosas curvas y hoyuelos. Brenda llevaba puesto el pijama y su ropa interior y un abrigo de *tweed*; ésa era la diferencia entre ambas. Brenda decía que era debido a que casi se había muerto de frío en Ramsbottom, pero en realidad no era eso. Freda había colgado en la cabecera de la cama una fotografía de un viejo sentado en un taburete con una severa expresión en la cara. Decía que era su abuelo, pero no era cierto. Brenda había grabado a hurtadillas sus iniciales en la pata de la silla más cercana a la ventana, sólo para poder probar que ésa era la suya cuando la otra se desintegrara a causa del impresionante peso de Freda. La cocina estaba en el primer piso, y había un baño un tramo de escaleras más arriba y una ventana festoneada de pequeños paneles de cristales de colores en el rellano. A Freda le parecía preciosa. La ropa tendida, los fragmentos de árbol y de ladrillo aparecían coloreados de rosa y oro cuando ella lo deseaba. Brenda, que evitaba los cuadrados de colores, sólo veía un patio trasero gris de hollín y un contrahecho rosal trepador que nunca florecía, desparramado contra la

superficie desconchada de la pared. Consideraba poco prudente ver las cosas de modo distinto a como eran. Por este motivo le desagradaba la pantalla de la lámpara que colgaba en el centro de la habitación: cuando soplaban el viento a través de las rendijas de los grandes ventanales dobles, la pantalla giraba movida por la corriente de aire, el fleco de seda marrón daba vueltas y las sombras correteaban por el suelo. Brenda pensaba que eran ratones.

—Levántate —dijo secamente Freda—. Quiero estirar la cama.

Era difícil con todos esos libros formando bultos debajo de las mantas. Freda era un ama de casa concienzuda, siempre sacando brillo y quitando el polvo y moviendo la aspiradora arriba y abajo sobre la alfombra, y dejaba terribles señales en la pintura del zócalo de madera. Sólo le preocupaba que Vittorio se ofreciera inesperadamente para acompañarla a casa. Él perdía una parte de cada tarde charlando con ella junto a su banco, siempre para hablar de su castillo en Italia y de sus ricos parientes. Ella le decía que se le notaba dónde le apretaba el zapato, tanto hablar continuamente del dinero y la categoría social; le llamaba «maldito italiano». Tenían discusiones bastante violentas y gran parte del tiempo él le hablaba con dureza, pero ella lo interpretaba como una buena señal, pues el amor está muy cerca del odio. Le había hecho prometer a Brenda que se iría en seguida y se quedaría paseando por la calle si alguna vez él parecía dispuesto a acompañarlas a casa. Sólo el día anterior le había ofrecido tres ciruelas en una bolsa de papel como regalo, y Freda había conservado los huesos y los había guardado en su joyero en el armario.

Le dijo a Brenda que bajara las botellas de la leche. Al llegar al vestíbulo se detuvo y subió corriendo otra vez a comprobar si las sábanas estaban más o menos limpias, por si acaso.

## 2

Brenda echó a correr en cuanto salieron de la casa. Un flujo de tránsito muy rápido la obligó a detenerse en el cruce de Park Road y Hope Street.

—Boba —le gritó Freda que la seguía caminando despreocupada.

—Llegaremos tarde —gimoteó Brenda—. Aún no hemos llegado nunca a la hora.

—Los extranjeros comprenden el temperamento artístico —dijo estudiadamente Freda. Muy de vez en cuando hacía un pequeño papel en seriales de televisión, bien como camarera o como activista.

—Detesto llamar la atención. Ya sabes cuánto lo detesto.

—Me sorprendes —dijo Freda.

Brenda tenía tanto frío que se vestía estilo cebolla con varias capas superpuestas: jerseys y bufandas y una hoja doblada de papel de periódico debajo de la chaqueta. No llevaba maquillaje. A veces, cuando tenía dolor de muelas, lucía un pasamontañas que su marido usaba en la granja.

Freda se acercó al quiosco a comprar sus cigarrillos.

—Cálmate —gritó mientras la agitada Brenda correteaba arriba y abajo por la acera—. Nadie dirá ni una palabra sobre la hora. Ni una maldita palabra.

Brenda sabía que era cierto. Y también sabía que había un motivo para ello, una explicación que Freda se negaba a creer. Freda insinuó que Brenda intentaba llamar la atención.

—Dime una cosa —había exclamado en voz bastante alta—, ¿es probable tal como vas ataviada? —Y se había reído.

Brenda le rogaba que mantuviera los ojos abiertos para que pudiera observar el instante preciso en que él la arrancaba del banco, pero Freda nunca se molestaba en hacerlo. Siempre estaba mirando a María, hablando de política o del teatro, y Brenda en realidad no podía darle un tirón en el brazo mientras Rossi la observaba con tanta avidez detrás de la ventana de su despacho. Brenda desaparecía durante lo que le parecían horas, bien abajo en el enclaustrado frío de la cava o arriba entre los muebles almacenados. Freda nunca lo había notado.

Freda salió majestuosa del quiosco y echó a andar por la calle a paso lento. Era como una bailarina de salón avanzando al ritmo de un vals lento, marcando delicadamente los pasos con la punta de los pies, ondulando de un lado a otro, bajo su capa morada, una mano ligeramente levantada con la muñeca arqueada como si llevara colgado un abanico. Observaba con interés los sótanos de las casas victorianas y se decía que las clases medias eran muy desordenadas; la ausencia de alfombras, las desvencijadas mecedoras idénticas apoyadas contra las paredes, la manía de la madera vista como si imaginaran que vivían en cabañas de troncos en medio de la pradera. Se veía en compañía de Vittorio, abandonados en un abrazo sobre las maderas desnudas, con los dedos de los pies apuntando hacia el techo. Brenda se alejaba corriendo cada vez más distante; en su carrera rozó la prominencia de un seto

de aligustre con los hombros almohadillados de su desmesurado abrigo —la patrona lo había tirado al morir su abuelo con la intención de que se lo quedaran los basureros—. Freda se negaba a caminar con ella vestida de esa guisa; la hacía adelantarse corriendo.

La fábrica de vino estaba en la esquina de la calle después de la freiduría griega. Era un edificio de tres plantas con la pintura descascarada y el nombre PAGANOTTI sobre una placa de latón encima de la puerta. Los camiones aparcaban en la calle principal y provocaban embotellamientos de tráfico. Había un pasaje de acceso y una salida de emergencia cubierta de cajas y bidones de plástico y una puerta lateral de hierro, frente a la cual la esperaba Brenda con los hombros encorvados, de espaldas al viento.

—Por favor, fíjate un poco en lo que me pasa. No es mucho pedir.

—Cállate —dijo Freda mientras se acomodaba el pelo con la mano. Por muy escasa de tiempo que estuviera siempre se las arreglaba para pintarse los párpados de color azul cobalto y untarse las pestañas con vaselina.

Cuando entraron a trabajar, todos les estrecharon la mano, todos los cansados embotelladores en sus monos verdes y sus blandos sombreros de ala estrecha. Uno a uno se fueron separando sucesivamente de la oxidada maquinaria que giraba lentamente en el centro de la nave. Dejaron los tubos de acero escupiendo vino, bombeado desde la cava hasta las oscuras botellas que giraban, para estrechar tímidamente los fríos dedos extendidos de las señoritas inglesas. A Freda le encantaba este ritual, a través del cual establecía contacto con el esquivo Vittorio, aunque sólo fuera fugazmente.

—*Bongiorno* —canturreó una y otra vez.

Trabajaban desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde. Teóricamente no tenían tiempo libre para comer, pero la mayor parte de los días Freda intimidaba a Brenda y la convencía para que la acompañara al «pub» del otro lado de la calle a comer una salchicha caliente y un vodka con lima. María, que empezaba a las ocho y salía a las dos, no conseguía animarse a acompañarlas. Se traía bocadillos de salame, hechos con las sobras del restaurante de su sobrino, envueltos en un pañuelo. Vestía las ropas negras que había traído consigo de Italia, veinte años atrás, y pasado el mediodía, cuando la humedad le llegaba a los huesos, se metía en una saca de correos para calentarse. Aun así los sabañones la hacían sufrir terriblemente y Freda la convenció para que usara manoplas. Adoraba a Freda, a quien consideraba audaz, deslumbrante e ingeniosa. Qué clase tenía esa gran muchacha inglesa con la piel blanca como la leche y los párpados teñidos de color de aciano. Con qué facilidad había conseguido obtener mejoras en su trabajo cotidiano. Se había negado a trabajar inclinada sobre el banco de madera donde pegaban las etiquetas, se había quejado en alta voz de un dolor en su espléndida espalda y había conseguido unas cajas de cerveza para poder sentarse. Había comprado guantes de goma en la Cooperativa para proteger sus uñas malvas y brillantes, y había insistido para que la señora Brenda

hiciera lo mismo. Había ideado una excursión al campo, un día bajo el cielo y los árboles. Y sobre todo, había aprobado el uso de las sacas de correos y le había aconsejado que se pusiera manoplas. La ancha cara pálida de María se sonrojó de placer al ver a Freda; golpeó los pies contra el sucio para apaciguar los sabañones y meneó la cabeza de un lado a otro. De no ser por el dolor de la rodilla se habría levantado a hacer una genuflexión.

—Hola —dijo Freda cuando concluyó la ronda de apretones de mano—. Veo que llevas tus *sexys* medias de *nylon* otra vez. —Se había quedado mirando los calcetines grises de futbolista que cubrían las cortas y gruesas piernas de María.

María rebosante de alegría se balanceó sobre su caja de cerveza.

—Sí, sí —gimoteó haciendo girar los ojos y mirando disimuladamente a Freda, magnífica en sus pantalones morados y sus botas de cosaco hechas a mano. Entendía poca cosa de la conversación: la joven inglesa parloteaba tan deprisa.

La planta baja de la fábrica se abría sobre la calle y el patio de carga y descarga. En verano los muros de piedra mantenían fresca la zona de embotellado, en invierno la temperatura descendía bajo cero. Los hombres pateaban el suelo, se soplaban los dedos y se cubrían las orejas con los sombreros de paño. Habían pegado fotos de revistas sobre las columnas de piedra que sostenían la planta superior: una vista de Nápoles, una robusta joven de pie en un jardín, el hijo de alguien que había estudiado con empeño por las noches, había progresado y había aprobado un examen. Sobre las cajas de cartón, apiladas en hileras de cuatro metros de altura, había un grabado de la Virgen con su niño en brazos y una placa del Sagrado Corazón, lleno de dolorosas heridas, clavada en la pared pintada de verde como una escarapela de un equipo de fútbol. Los bancos de trabajo miraban hacia una fila de ventanas a través de las cuales se divisaba la pared trasera de la freiduría y una pulgada de cielo.

Freda había intentado explicarles en vano a los hombres cuán bajos eran sus salarios comparados con otros baremos, cuán intensamente los explotaban. La escucharon educadamente pero sin comprender. Para ellos el señor Paganotti era un padre prudente, un *padrone* que los había sacado de las áridas laderas de su región montañosa para instalarlos en una tierra de leche y miel. ¿Qué sabía ella de sus vidas antes de la llegada del señor Paganotti? Eran *contadini* que cultivaban trigo y maíz y uvas, pero sólo merced a un enorme esfuerzo junto al cual su trabajo en la fábrica parecía una larga tarde de juego. A veces lograban obtener una cosecha de ciruelas y manzanas. Criaban gallinas y una o dos vacas. Eran campesinos en todos los sentidos, embotados por la pobreza. Pero entonces se había producido un milagro. El señor Paganotti, en su infinita sabiduría, había escogido cuatro hombres del pueblo de Caprara para llevarlos a Hope Street y, cuando estuvieron instalados, hicieron venir a sus mujeres y a sus hijos y a sus primos y economizaron sus salarios y todos juntos compraron una casa, luego dos, hasta que con el tiempo cada uno fue propietario de una casita de ladrillo en los suburbios, con agua caliente que salía de un grifo y un retrete con cadena. Quedaban atrás los techos de terracota de las casas de campo que

habían conocido antes, las picas de piedra, las primitivas cocinas de leña. Sólo permanecían las imágenes religiosas y las esculturas de Cristo en la cruz. Cuando los hijos de la primera generación de trabajadores se hicieron mayores, sus padres se afanaron en comunicarles cuán magnífica era realmente la generosidad del señor Paganotti. Seguían formando una comunidad cerrada y aislada. Ninguno abandonó nunca la fábrica para buscarse otro empleo; alentaban a sus hijos a seguir estudios en la Universidad y llegar a ser médicos y contables. Los que no tenían aptitudes se reunían con sus padres en la nave de la fábrica. Habían cambiado poco en treinta años; ni siquiera el señor Paganotti era capaz de comprender la lengua que hablaban, el *didetto bolognese*, más antiguo que el italiano y más próximo al francés. Cuando surgía algún enfrentamiento entre él y uno de los hombres de la bodega, llamaba a Rossi, el gerente, el único que se había adaptado al estilo de vida inglés, para que le hiciera de intérprete. Pese a su buena fortuna, continuaban bregando como bestias de labranza, atendiendo las máquinas del señor Paganotti.

A Brenda le tocaba enjuagar las esponjas por la mañana y verter la cola del frasco en las bandejas planas de los bancos. No le importaba ir a buscar el bote de cola y sacarlo de debajo del lugar que ocupaba el viejo Luigi, pero tenía que ir al lavabo de señoras para mojar las esponjas. Siempre atravesaba la nave corriendo sin mirar a derecha ni izquierda para que Rossi no la viera, cruzaba la puerta del lavabo a la carrera y volvía a salir en seguida con las esponjas goteantes, como si fuera el último corredor en una carrera de relevos. Daba la impresión de sentir verdadero entusiasmo e interés por su tarea.

—Exageras —dijo Freda. Había depositado las pequeñas etiquetas brillantes en la cola y había alineado una docena de botellas de vino sobre el banco en un perfecto triángulo. Aseguraba que el vino era siempre el mismo; sólo variaban las etiquetas. Aquel día era Rose Anjou y su color una infinitésima más rosado que el Beaujolais; podía ser debido a la colocación de las botellas de vidrio o a una disolución con agua.

Brenda sólo había utilizado una bandeja de etiquetas cuando el viejo Luigi la distrajo en el extremo más alejado de la fila de bancos. Permanecía de pie sobre unos tablones extendidos sobre el suelo de cemento para amortiguar el frío, con los pies muy separados para mantener el equilibrio. Estaba murmurando y haciendo muecas a las mujeres.

Freda hablaba incesante y dramáticamente mientras trabajaba. Se retorció y daba vueltas sobre su caja de cerveza, dejaba caer ruidosamente las botellas en la caja de cartón que tenía a su lado, golpeaba el suelo con el pie para conseguir mayor énfasis. Cada vez que se levantaba a coger una etiqueta con los dedos enfundados en los guantes de goma y se echaba otra vez hacia atrás sobre su caja de cerveza invertida, el frágil viejecito se levantaba y se dejaba caer a su vez. A medida que avanzaba la mañana y sus carreras para llenar su jarrita de plástico en el barril de vino reservado para los hombres se hacían más y más frecuentes, más desenfundados eran también sus murmullos y menos discretas sus miradas. Detestaba a las mujeres inglesas; las

despreciaba. Se resistía a estrecharles la mano por la mañana; se había negado a aportar nada para la excursión. Era el único de los italianos de la fábrica que no admiraba ni estaba complacido con el aspecto de Freda; de haber podido, habría quemado su caja de cerveza en la plaza del mercado.

Freda le estaba diciendo a María:

—Tienes que apoyar a los sindicatos. Es tu deber. De nada sirve esconder la cabeza en la arena. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, sí —entonó María mientras secaba suavemente el cuello de la botella con su esponja color miel.

—No nos vendría mal tener un maldito sindicalista aquí; el frío, las condiciones. Que vengan a hablarme luego de «Un día en la vida de...»; ¿no conoces la Regulación de Fábricas?

Por encima del hombro hostil de Luigi, Brenda descubrió la cara de Rossi detrás de la ventana del despacho. Intentó apartar la mirada, pero él estaba muy agitado, meneaba la cabeza en dirección a la puerta y sonreía con todos los dientes al descubierto.

—Freda —susurró Brenda entre dientes.

—No deberíamos estar trabajando con esta temperatura —dijo Freda—. Va contra la ley.

—Freda... ya empieza otra vez.

—Podríamos demandar al viejo Piggynotty. —Las botas de Freda golpearon el entarimado. El olor a polvos de talco, seco y dulce, se desprendió de los sobacos de su jersey de angora gris mientras frotaba con la esponja una botella ya terminada de Rose Anjou—. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Como atrapada por un lazo invisible Brenda sintió que la arrancaban de tu lugar junto al banco. Pasó junto a Luigi y sus muecas y avanzó a pesar suyo entre la avenida de anaqueles llenos de botellas de *brandy*, rumbo al despacho. Rossi la esperaba en la puerta.

—Quiero mostrarle algo —le confió en tono febril y echó a andar a paso rápido en dirección a la puerta comunicante, mirándola por encima de su ancho hombro para asegurarse de que le seguía. Brenda estaba convencida de que todos los hombres la miraban. Se reían disimuladamente y lanzaban indirectas, anclados junto a la planta embotelladora que se estremecía en el centro de la nave. Estaba segura de que sabían lo de Rossi: su matrimonio sin hijos con una mujer mayor llamada Bruna, sus frecuentes visitas al sótano, sus repentinas desapariciones en el quejumbroso montacargas del rincón, detrás de las cajas, y siempre, como el humo de un cigarrillo, ella siguiendo sus pisadas. Con la cara muy seria, como si se tratara de un asunto urgente y también sumamente secreto, Brenda descendió las escaleras del sótano.

Rossi avanzaba deprisa sobre el suelo de piedra, bajo los arcos encalados cubiertos de telarañas. Dio un saltito en el aire con gesto de *dandy* para sortear la manguera de caucho, agazapada como una serpiente entre los toneles de vino. Brenda

siempre se sentía en desventaja en la bodega. Reverentemente fue adentrándose de puntillas entre las sombras que proyectaban las pequeñas bombillas colgantes. Excepto por el acre olor a vinagre y el continuo zumbido de la maquinaria mientras la manguera bombeaba el vino hasta la planta superior, podría haber estado en una iglesia. Rossi se bamboleaba en la penumbra susurrando: «Señorita Brenda, venga por aquí. Tengo una copita para usted». Llevaba una bata blanca, para que se notara que era más importante que los hombres, con la palabra PAGANOTTI bordada en el bolsillo y calzaba zapatos de ante manchados de vino.

—Es muy amable —dijo Brenda.

Él se sacó una botella de medicina del bolsillo y vertió el contenido en dos vasos que guardaba en un estante en una de las criptas, ya dispuesta para cuando la atraía hasta ahí abajo. Brenda sólo llevaba cuatro semanas trabajando en la fábrica y todo había empezado el tercer día. Entonces él le había dicho que debería conocer mejor el proceso de refrigeración.

—¿Usted gusta?

—Sí, muchas gracias.

—¿Yo le gusto?

—Oh sí, es muy amable.

La tenía cogida por la muñeca e inclinaba el vaso hacia atrás intentando hacerla beber más deprisa. Era una especie de licor de *brandy*, muy fuerte y espeso como jarabe de higos, y siempre la hacía sentirse ridícula. Notaba que él estaba temblando.

—¿Cómo se llama? —le preguntó, aunque ya lo sabía.

—Marsala. Eres una chica simpática... muy simpática.

Brenda no sabía cómo desalentarlo; no quería perder su trabajo y detestaba ofender a la gente. Él tenía una forma curiosa de pellizcarla por todas partes, como si fuera un colchón cuyo relleno tuviera que distribuirse más regularmente. Mientras tanto ella se retorció suplicando jadeante, «Por favor, no haga eso, Rossi», pero él le hacía cosquillas y ella soltó pequeñas risitas y suspiros ahogados que él tomó como señales de aliento.

—Eres una chica limpia y simpática.

—Oh, gracias.

Él había empezado a manosearle las ropas, introduciendo las manos debajo de su abrigo de *tweed* y tirando de sus jerseys y su chaleco, arrancando trocitos de periódico con las uñas. Brenda intentó darle conversación para calmarlo.

—Estoy tan excitada con la elección, Rossi.

—Cuánta ropa.

—No, por favor. ¿Y usted? Oh, basta ya.

—¿Por qué llevas tanta ropa?

—Freda dice que va a votar por los comunistas.

—¿Te gusto? —suplicó él, pellizcándole la piel de la espalda hasta donde le era posible.

—No haga eso. Piense...

—¿Por qué no me quieres?

—Su mujer. Usted me gusta, de verdad. Hoy hemos visto un funeral. Un bonito funeral.

Él no entendió qué quería decir. Estaba intentando besarla. Tenía una boca de bebé, enfurruñada, con el labio inferior caído, incrustada en una cara redonda con hoyuelos. Smac, smac, smac, hacían sus pequeños labios húmedos sobre su cuello.

—Había muchísimas flores. Freda lloró al ver el ataúd.

Él se detuvo sorprendido. Sus cejas se arquearon desconcertadas en la penumbra.

—¿Un funeral? ¿Su mamá ha muerto?

Horrorizado, abandonó sus intentos de desenmarañar sus defensas de lana y *tweed* y papel. Ella no supo qué decir. Estuvo muy tentada de asentir.

—Bueno, en cierto modo... era más bien de Freda que mía.

—¿Ha muerto la mamá de Freda?

Brenda dejó caer la cabeza como si estuviera abrumada, pensando en Al Jolson con una rodilla hincada en el suelo y una mano levantada, enfundada en su blanco guante. Su propia mano, de un rosa poco natural en su funda de caucho, se balanceaba sobre el hombro de Rossi. Todavía estrujaba la esponja en el puño.

Freda estaba perpleja en el lavabo de señoras. Mientras se peinaba delante del espejo manchado preguntó con suspicacia:

—¿Por qué nos han dado el día libre? ¿Por qué tengo que llevarte a casa?

Brenda no respondió. Se estaba arreglando la ropa, sacudiéndose los fragmentos de papel que se desprendían de su chaleco.

—¿Te duele otra vez la muela? —Le fastidiaba tener que salir temprano. No le convenía; todavía no había hablado con Vittorio—. Mira cómo te has puesto. Tienes telarañas en el pelo.

—Yo te acompañaré a casa —dijo Brenda—. Por lo de tu mamá.

—¿Mi qué?

—He tenido que decir que estaba mala. —Miró a Freda, que por una vez se había quedado sin palabras. Su madre había muerto cuando ella tenía doce años y la había criado una tía de Newcastle—. En realidad he dicho que habíamos ido a su funeral. No he podido evitarlo, Freda. Nunca te fijas en mí.

Lo dijo susurrando, por si Rossi estaba escuchando al otro lado de la puerta. Freda se echó a reír; nunca hacía nada en silencio.

—Ssst —dijo desesperada Brenda, dando brincos de angustia y dejando caer una nueva cascada de papel de periódico sobre el suelo del lavabo.

En el pasaje, Patrick, el camionero irlandés, estaba aspirando ávidamente un cigarrillo. Las miró con curiosidad a través de una nube de humo, con el codo doblado y las espaldas encorvadas.

—Está histérica —explicó Brenda, sujetando furiosamente por el brazo a Freda, que se reía tontamente, y guiándola hacia la calle.

Más tarde, en la seguridad de la habitación frugalmente amueblada, Freda sintió deseos de averiguar la verdad.

—¿En la bodega? —la interrogó—. ¿Pero qué hace?

—Nada en realidad. Digamos que palpa un poco.

—¿Palpa? —repitió Freda y bufó para contener la risa—. ¿Te toca los pedios?

—Por todas partes, en realidad —reconoció Brenda que no tenía deseos de entrar en detalles; Freda habría sido capaz de manifestar un humor muy crudo si hubiera conocido los hechos—. A veces subimos arriba, entre todos esos muebles viejos.

—¿Arriba? ¿Cuándo?

—A menudo. Ya te lo dije, pero no querías escucharme.

—Debes haberle dado pie. Debes haberle insinuado.

—Nunca. Nunca he hecho nada parecido.

Freda no podía creerlo. Miró a Brenda tendida en la cama cuán larga era, como una muñeca maltratada; tenía telarañas adheridas en el pelo, la boca ligeramente entreabierta y le asomaban dos dientecillos, como clavijas.

—No te entiendo en absoluto. Debes estar loca. ¿No irás a decirme que sale corriendo mientras nosotros seguimos embotellando y te ata con los cordones de sus zapatos y desaparece en la bodega? ¿No pretenderás decirme que yo no habría notado algo?

Brenda no supo qué contestar a eso.

—No deberías haber hablado tanto con él. Siempre le estás hablando, modulando las palabras con los labios como si estuviera sordo como una tapia.

Brenda dirigió la mirada al techo en actitud defensiva, los hombros almohadillados de su abrigo se levantaron grotescamente, ocultándole las orejas.

—Sólo pronuncio claramente las palabras. Su inglés no es bueno.

—Pareces Edward G. Robinson ahí acostada.

—Tú hablas con Vittorio —protestó Brenda picada por la poca amabilidad de Freda. Deseaba simpatía y comprensión, no críticas.

—Eso es distinto —dijo Freda, desesperadamente consciente de que era verdad. Vittorio no se la llevaba al sótano para palparle los pechos. Sabía que Brenda no se lo estaba inventando. Aunque carecía de imaginación, Brenda haría cualquier cosa antes que ponerse en una situación embarazosa. Era su educación. De niña le habían enseñado que era maleducado decir no, a menos que no quisiera decirlo. Si le ofrecían otra porción de pastel y lo quería, estaba obligada a rehusarlo por educación. Y si no lo quería tenía que aceptarlo, aunque la empachara. Era complicado, pero comprensible. Ya se habían producido otros pequeños incidentes que ilustraban su extraordinaria capacidad para mantenerse pasiva mientras la pisoteaban. El hombre del autobús que le palpó la pierna casi hasta las bragas sin que ella dijera nada, hasta que tuvo que moverse porque había llegado a su parada y entonces dijo: «Perdón, lo

siento». Y la mujer con la trompeta que la había parado en la calle para pedirle si podía prestarle una habitación para practicar. Brenda detestaba la música. Cuando Freda le abrió la puerta a la trompetista y le dijo qué podía hacer con su instrumento, Brenda se escondió detrás del ropero.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó más amablemente Freda; Brenda tenía un aire tan pálido y patético ahí acostada—. Yo le habría puesto en su sitio.

—Te lo dije —protestó Brenda—. Muchas veces.

Freda se echó a reír otra vez.

—Cómo diantres le dijiste que había muerto mi madre.

—No se lo dije —dijo Brenda—. Fue él. Yo estaba intentando impedir que me manoseara y mencioné el funeral que vimos esta mañana.

—*Me enloqueces* —parodió Freda—. *Justo cuando credo que ti tengo cogida parlas del funerelo...*

—No sigas —dijo Brenda.

—*Me quitas il apetito para mis spaghetti...* —Y Freda se sacudía de risa.

Brenda cerró los ojos ofendida.

Segundos más tarde, Freda se acordó de Vittorio y decidió bajar a telefonar a María para invitarla a pasar por su casa a tomar una taza de té. Si Rossi les había hablado a todos de su duelo quizás Vittorio se compadecería de ella. Tal vez había manifestado su condolencia al oír la noticia —algo así como «Pobre criatura, pobre criatura enlutada»—, a lo mejor sólo esperaba encontrar una excusa para acercarse a verla y darle el pésame. Tenía que averiguarlo.

—¿Rossi saca alguna vez su cosita? —preguntó mientras hurgaba en el bolso en busca de dinero.

Brenda fingió dormir; se removió en la cama y suspiró como si estuviera soñando. Pasó un rato hasta que María se puso al teléfono. Nunca le había ocurrido una cosa parecida en el trabajo y Freda temía que sonara la señal antes de que pudiera hacerle comprender su mensaje. Tuvo que aullar por el teléfono para explicar quién era. Brenda la oía perfectamente.

—María, María. Soy yo, Freda. Comprendes... Freda... María... —Parecía a punto de echarse a cantar la canción de amor de *West Side Story*—. María... quiero que vengas a tomar el té... esta tarde... después del trabajo... ¿Me oyes, María?... a tomar el té. Aquí en mi casa. Que vengas aquí. No, hoy... a casa de Freda. No, no quiero que me traigas té... quiero ofrecerte un poco a ti...

—¿Vendrá? —preguntó Brenda.

—Dios sabe —dijo Freda y subió al baño con una olla de agua para tirarla en el váter. La cisterna llevaba diez días estropeada y la patrona decía que no lograba encontrar un fontanero que quisiera arreglarla. Sólo Freda se sentía molesta. Brenda, que se hubiera muerto antes que permitir que los demás ocupantes de la casa supieran que usaba el váter, normalmente iba hasta la estación de metro de la esquina.

María apareció a las dos y media con un paquete de té y una bolsa de azúcar.

Entró tímidamente en la habitación, las manos enfundadas en sus manoplas zurcidas.

—*La povera orfanella* —murmuró con emoción abrazando a Freda y hundiendo la cabeza en el ancho hombro de la muchacha. Le palmeó torpemente la espalda y emitió pequeños maullidos y, cuando volvió a levantarla, su cara tenía una expresión de auténtica perplejidad y dolor, que despertó sentimientos de remordimiento en Brenda.

Brenda instaló a María en el sillón, junto a la chimenea, para que se calentara con la llama del gas. Freda evolucionaba lenta y digna por la habitación, vertiendo las hojas de té en la tetera de porcelana, disponiendo las tazas azules encima de la mesa, aguardando que hirviera la tetera. De vez en cuando miraba por la ventana con expresión distante en los ojos, como si recordara caras perdidas y risas perdidas y la alegría de un amor de madre. Tras un intervalo decente, cuando el té estuvo servido y se hubieron pasado la caja de galletas, preguntó:

—¿Y qué ha dicho Vittorio? ¿Dijo algo?

—Bah —exclamó desdeñosamente María golpeando el aire con la palma de la mano—. ¿Qué iba a decir? Nadie trabaja el día del funeral de su mamá.

—Quiero decir si lo sintió.

Cuando la entendió, María dijo que Vittorio se veía muy triste. Todos estaban tristes, pero no tanto como el señor Rossi; él era el más apenado de todos, estaba pálido y con la cara abatida, como si se tratara de una pérdida personal.

—Está enamorada de Vittorio —dijo rápidamente Brenda para evitar que Freda tuviera un arranque espontáneo y explicara el motivo exacto del abatimiento del señor Rossi. María, tras un primer momento de sorpresa, la boca abierta, la mirada desconcertada, golpeó la delgada alfombra con los pies en señal de aprobación. Tan buena pareja: el alto joven terrateniente y la rubia muchacha inglesa corpulenta como un árbol. Recordó que sabía leer el futuro en las hojas del té; se lo había enseñado una cocinera cuando estaba sirviendo en una casa de Holland Park. Se sentó en la punta del sillón, las rodillas cubiertas de negro muy separadas, y examinó las profundidades de la taza de Freda.

—Veo un hombre alto —empezó a decir— y un viaje.

Brenda se retiró a un rincón de la habitación y se sentó junto a la mesa, al lado de la ventana. Al otro lado de la calle, en el balcón del tercer piso, una anciana con una bata azul y un sombrero con una rosa en el ala agitaba los brazos y gesticulaba pidiendo ayuda. Brenda comprendió que le había hecho explosión la estufa de gas o se había quedado sin petróleo o el gato había desaparecido. Era una desgracia que Freda hubiera alquilado una habitación frente a un edificio dedicado a los viejos e inválidos; siempre había alguna persona que necesitaba ayuda. Una vez Freda se había liado con una tal señorita Deansgate del segundo piso, que había sido sombrerera de la familia real, y a diario, durante tres semanas, le estuvo llevando platos de sopas y tazas de té, alimentándola gota a gota con una cuchara de latón de mango largo, que la señorita Deansgate aseguraba que había pertenecido al

mayordomo de la reina Victoria. Freda había llevado a Brenda a visitarla, pero no fue agradable; la vieja no llevaba medias y tenía los tobillos sucios y estaba sentada en el váter y tuvieron que ayudarla a meterse otra vez en la cama. La salita hacía un olor raro. Las sábanas estaban amarillentas y el volante de la funda de la almohada manchado, como si babeara mientras dormía. La señorita Deansgate le rogó a Freda que no permitiera que se la llevaran en la ambulancia; pero se estaba muriendo y al final la acostaron en la camilla, bajo una manta roja, de aspecto muy alegre y navideño, y se la llevaron deslizándola un poquito en su lecho de lona mientras la bajaban bastante inclinada por las escaleras. No volvió y Freda utilizaba la cuchara de mango largo del mayordomo para comer su *porridge* por las mañanas.

Brenda apartó decididamente la mirada de la mujer de la rosa en el sombrero. Contempló a Freda y María junto al fuego, inclinadas sobre la taza vacía como si el futuro se encontrara allí fotografiado. El murmullo de sus voces se fundía con el siseo de la estufa de gas. Un recuerdo acudió a su memoria. Caminaba por una avenida entre campos verdes, con la cabeza inclinada para contemplar sus propios pies avanzando sobre el camino gris, calzados en sus brillantes zapatos. Alguien que venía detrás la instó a darse prisa; notó la punta redondeada e insistente de un paraguas en la base de su espalda empujándola hacia delante. Tropezó en el camino desigual y al caer descubrió con el rabillo del ojo una solitaria amapola escarlata abierta en la zanja parda. Abrió rápidamente los ojos, pensando «¿Por qué no pueden dejarme tranquila?», y ella seguía allí en el balcón, la mujer que pedía atención. Brenda quiso golpear la ventana y decirle que se fuera. Detestaba la necesidad implícita, la intrusión en su vida privada. La vida era absurda, pensó, la hacía rebotar arriba y abajo como una pelota de goma. Ansiaba perder altura y rodar hasta un rincón y quedar olvidada. La angustia por su propio carácter conciliador se acumuló en su garganta y permaneció allí como una piedra. Brenda tragó e hizo un mohín con los labios.

Freda consideró satisfactoria la lectura del futuro, aunque la referencia a unos hombres de uniforme y caballos galopando era difícil de interpretar. Tenía un primo en la Marina, pero no entendía nada de caballos. Había mucho llanto y sollozos y gentes avanzando en procesión —eso era el funeral evidentemente. Haría un largo viaje por tierra y mar —eso sólo podía referirse a la Excursión; posiblemente habría un lago en los terrenos de la Mansión Señorial, y ella y Vittorio se deslizarían bajo las ramas de un sauce llorón, solos en un bote de remos. Dejaría correr su mano por el agua y ladearía la cabeza de forma que cualquier rayo de sol disponible atravesara sus dorados cabellos para deslumbrarle mientras remaba. Tenía ciertas dudas en cuanto al vestido blanco que veía María, un largo vestido ondulante con flores en la cintura. El blanco no era su color; prefería algo más definido. María visualizaba problemas, puesto que Freda no era católica, y Freda dijo que en realidad era muy aficionada a la liturgia y que iba a misa con frecuencia. Quedó un poco desconcertada ante las implicaciones de María; ella misma no abrigaba ideas tan ambiciosas.

—No me entusiasma el blanco, ¿verdad que no? —preguntó, mirando por encima del hombro en busca de ratificación, y vio a Brenda junto a la mesa, su cabeza recortada contra los cristales, la habitación ya a oscuras y el cielo amarillento suspendido sobre el lomo de los tejados como si amenazara nieve—. No puede nevar ahora —exclamó acercándose a grandes pasos a la ventana y asomándose a la calle—. No con la Excursión programada para la próxima semana.

Sacudió a Brenda por el hombro como pidiéndole una negativa y observó que había estado llorando.

Esa noche, en la cama, Freda quiso saber qué había ocurrido.

—Estuviste llorando. ¿Estabas preocupada por lo de Rossi?

—No estuve llorando. Fue el humo de tu cigarrillo.

—¿Quieres que le diga a Rossi lo que pienso? Podría decirle que tengo intención de comunicárselo al señor Paganotti.

Estaba entusiasmada con la perspectiva. Ya se veía enfrentándose con el capitalista extranjero en su despacho. De paso le diría que las condiciones en su fábrica estaban por debajo del límite establecido.

—No te atrevas —dijo Brenda—. No quiero ningún alboroto.

Oyó abajo en la calle el distante canturreo embriagado de los irlandeses que salían del «pub» de la esquina. Desde el terraplén llegaba el ronco lamento enloquecido del expreso que partía de Londres rumbo al Norte.

—¿No echas de menos el campo? —preguntó Freda—. ¿Las largas noches calladas?

—No eran calladas —dijo Brenda recordando los gritos de las ovejas, el crujir de ramas en el seto cuando las vacas se movían a tientas por el campo en sombras, el tenue arañar de las musarañas sobre el hule del estante de la cocina—. Su madre me encerró una vez en el corral con las ocas.

—¿Pero por qué?

—Sencillamente lo hizo. Me gritaba cosas desde fuera y tiraba piedras sobre el techo de hojalata. A las ocas no les gustó.

—¿Qué cosas?

—Esto y lo otro.

—¿Qué dijo él cuando se lo contaste?

—No se lo conté. No me gustaba decírselo.

—Sabes una cosa —exclamó Freda sentándose en la cama y desplazando el descolorido edredón rosa—, eres una víctima innata, eso eres. Te buscas dificultades. Un día irás demasiado lejos. —Se echó otra vez y se frotó los dedos de los pies unos contra otros para calentárselos—. Probablemente es causa de todo el tiempo que pasaste arrastrándote debajo de las mesas del comedor durante la guerra.

—Nunca hice eso. No he sido nunca una criatura de la guerra. —Brenda pensó

que ojalá dejara de atosigarla. Freda tenía la costumbre de hablar hasta entrada la noche; eso la relajaba y la sumergía en el sueño mientras Brenda se quedaba desvelada y ansiosa.

—Tenía sentido —dijo Freda—. El hombre alto y el viaje.

—Ese vestido... —dijo Brenda.

—No entiendo esa parte. No soy aficionada al blanco.

—Es un traje de boda —dijo Brenda.

Freda se pasó la noche suspirando y revolcándose por encima de la hilera de libros y el travesaño forrado de satén rojo. Extendió el brazo sobre la almohada y atrapó algunos mechones del pelo de Brenda. De su garganta brotaba un gorgoteo de palabras ininteligibles pronunciadas en sueños. Brenda se arrebujó en el extremo de la cama, agarrándose con ambos puños a su porción de las mantas, la mirada fija en la puerta pintada de color crema, reluciente bajo la luz de la farola. Recordó a su marido cuando regresaba a casa de la «Little Legion» y la levantaba de la cama para hacerle mirar la luna a través del telescopio. Detestaba caminar sobre la hierba húmeda, con el borde de su camión adhiriéndosele a los tobillos, mientras él eructaba como secuela de la ingestión de cerveza negra de Newcastle. Él acomodaba el telescopio sobre el muro de piedra y lo sujetaba mientras ella, tiritando, se ponía en cuclillas entre las ortigas como para jugar a la pídola, y cerraba un ojo para mirar el firmamento. La sorprendía el tamaño de la luna, ampliada y cercana; la sobrecogía su magnitud y su silencio, ahí suspendida como una gran pelota de golf proyectada hasta las nubes. Cerró los ojos al recuerdo y sin que nadie la evocara apareció la imagen de la granja gris que había abandonado, el destello de los abedules allá abajo, junto al arroyo, la amplia curva de los gastados y antiguos páramos que se extendían ondulantes más allá del patio. Cuando llegó allí de recién casada era primavera: había corderitos yaciendo mullidamente en el prado y él había repintado los marcos de las ventanas para ella y también el tonel que recogía el agua de lluvia y el portal con cinco travesaños que se abría sobre el páramo. Su traje de novia, escogido y pagado por su madre, era de encaje color crema con un sombrero de tela cubierto de lirios del valle haciendo juego. Ella quería llevar una sarta de sencillas margaritas en torno al cuello, pero su madre le dijo que no tenía necesidad de parecer necia aunque lo fuera. En la recepción, cuando estaba de pie junto a su nuevo esposo, Stanley, para saludar a los invitados, su madre se inclinó a besarla en la mejilla y le mordió la oreja.

Dormitó un rato y la despertó Freda al volverse violentamente derribando los libros sobre la curva del travesaño divisorio. Cada noche se repetía el desmoronamiento de los libros hacia la mitad de la cama que le correspondía a Brenda, quien permaneció acostada con los libros clavándosele en el hombro y en la cadera, sin hacer ningún esfuerzo por apartarlos con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo para calentarlas. A las cinco se estremeció la cama con el primer estruendo del metro bajo la calle que empezaba a despertar. En el otro extremo

del parque, los gibones del zoo brincaron hasta lo alto de sus jaulas de alambre y comenzaron a chillar.

### 3

Brenda cogió dos botellas de *brandy* y murmuró por lo bajo emitiendo sonidos de desaprobación.

—Cielos —exclamó—, estas dos están terriblemente pringosas.

Excepto por el viejo Luigi, que trabajaba sin parar como una cinta transportadora, estaba sola. Rossi había ido a la ciudad con el señor Paganotti, los hombres se habían reunido en el búnker de cemento del fondo del edificio y María estaba comiendo sus bocadillos de salame sobre un montón de sacos junto al galpón de carga y descarga. Brenda cogió las botellas entre sus brazos y se fue al lavabo chasqueando la lengua al andar. El carrito de la compra de Freda estaba apoyado contra la pared, cargado de ropa sucia. Brenda depositó las botellas en el suelo de piedra y comenzó a arrastrar el armario del señor Paganotti para apartarlo de la puerta del primer lavabo. Cuando consiguió dejar un espacio suficiente para deslizarse por él, agarró una botella de *brandy* por el cuello, arrió la espalda contra la puerta y empujó. Estaba atascada. Dio media vuelta en el reducido espacio, se apoyó contra el armario y dio un violento puntapié con el zapato. La puerta se abrió de golpe y fue a chocar contra la pared; el ruido retumbó en todo el lavabo. Brenda escondió el *brandy* detrás del váter, cerró la puerta y arrastró otra vez el armario hasta su sitio. Temblando, se llevó la otra botella hasta la pila y la restregó con la esponja.

—Nunca más, Dios mío —murmuró—. Nunca más.

Freda lo había planeado. Dijo que sería preferible que permaneciera algunos días en casa ya que estaba de luto. Lo contrario les parecería una insensibilidad, ahora que estaban enterados de su duelo. Apostaba cualquier cosa a que el viejo Piggynotty no le pagaría los días de baja. Era prudente coger una muestra de los productos de la empresa en sustitución del salario.

—No puedo hacerlo —dijo desesperadamente Brenda—. Tendré un ataque al corazón.

—Lo tendrás si no lo haces —le advirtió amenazadora Freda. Tal como estaba el coste de la vida y con la crisis del petróleo, sin duda se merecían algo que les hiciera más soportable la existencia.

—Fíjate en nosotras —le dijo brutalmente—, cuánto nos cuesta salir adelante. Nunca nos sobra ni un penique al final de la semana. No podemos permitirnos ni un respiro.

—Nunca hemos podido —dijo Brenda—. Nunca ha sido de otro modo.

Se agachó y acomodó una chaqueta que se había descolgado sobre las paredes del carrito. Estaba perfectamente limpia. Freda había metido simplemente cualquier cosa, sobre todo ropas del cajón de Brenda. La puerta se abrió a sus espaldas y entró el hombre del papel higiénico con los brazos cargados de periódicos. Teóricamente no debía acercarse a los lavabos hasta pasadas las cuatro, cuando todas las mujeres se habían marchado a sus casas. Era bajo y grueso con un fino bigotito, como una línea

trazada a lápiz sobre el labio.

—Vengo a colocar los rollos en los lavabos —dijo él mirándola con descaro y entreteniéndose en el abultado delantero de su abrigo de *tweed*—. No hay papel higiénico —siguió diciendo—. Hay escasez.

—Esta botella estaba terriblemente sucia —explicó Brenda mientras daba una última pasada con la esponja a la reluciente botella de *brandy* antes de dirigirse a la puerta.

Él extendió ambos brazos para atraparla, estrechándola contra su mono verde. Olía a vino y a ajo y a limpiador Jeyes.

—¿Quieres darme un besito?

—No, creo que no —dijo ella con una sonrisa y meneó la cabeza, con lo cual las cerdas de su barbilla le rascaron la mejilla.

Se desasió y salió del lavabo dando traspiés para volver corriendo a su caja de cervezas y sus etiquetas. Suponía que los vapores del vino eran lo que los mantenían en un estado de constante lujuria. No era que ella se propusiera resultar deseable.

María apareció por el lado del galpón de carga y descarga con una jarrita en la mano, caminando muy deprisa y a pasitos cortos como si todavía estuviera enfundada en su saca de correos.

—Vienes pronto —le dijo Brenda—. Todavía te quedan diez minutos hasta que suene la sirena.

—Voy a mirar en la caja —le dijo María, agitando el brazo en el aire y derramando el Beaujolais por el suelo—. Necesito unos zapatos.

En el rincón, debajo de la alarma antirrobo, había dos grandes cajas llenas de prendas de vestir de todo tipo. El señor Paganotti tenía un gran número de parientes de edad avanzada viviendo y muriendo en Inglaterra y prácticamente no transcurría un mes sin que pasara a ser principal beneficiario de aún otro testamento. Conservaba algunas piezas escogidas de mobiliario para su mansión cercana a Windsor. Enviaba algunas cosas a las casas de subastas; otras las almacenaba en el lavabo o arriba, en el primer piso. El resto, los despojos de toda una vida, lo depositaba en unas cajas en la nave de la fábrica, a disposición de sus trabajadores. Había numerosos pijamas y camisones, zapatos de golf bicolors, corsés amarillentos y pantalones de franela blanca y chalecos a rayas enmohecidos por la humedad. Un cartel colgado en la pared declaraba en italiano que el señor Paganotti estaría encantado si sus empleados podían aprovechar el contenido de las cajas... «Por favor dejen 2 peniques en la bandeja dispuesta para tal fin». Rossi vaciaba la bandeja cada dos días a fin de evitar que Patrick, el chófer de la camioneta, sintiera tentaciones de echar mano a la recaudación.

Brenda tenía sed. Intentó beber un sorbo del vino de María, pero le provocó una punzada de dolor en el fondo de la mandíbula.

—Oooh —gimoteó—, es horrible.

María, todavía hurgando en busca de los zapatos, cloqueaba de risa mientras iba

desparramando por el suelo lazos y prendas de increíbles dimensiones.

La máquina de bebidas calientes instalada por el señor Paganotti estaba estropeada. Cuando Brenda introdujo su ficha metálica y apretó el botón marcado «Chocolate», un fino chorro de sopa goteó en su vaso. Patrick, que había entrado de la calle para protegerse del viento, le sonrió con simpatía. Nunca sabía qué hacer durante la hora del almuerzo; los hombres con quienes trabajaba no entendían ni una palabra de lo que decía y Rossi le trataba con suspicacia por ser irlandés y le seguía por la fábrica, no fuera a deslizar una bomba bajo las cajas de cartón haciéndolos volar a todos en pedazos.

—Habrás visto —dijo Brenda—. Nunca sale chocolate.

—Esta máquina está escacharrada —dijo él y le dio una enorme sacudida con el puño. Tenía unas grandes manazas descoloridas, con pecas oscuras y las uñas terriblemente roídas. Presentaba una oreja ligeramente hinchada en el lugar donde se la había golpeado al caer por las escaleras del «Princesa Beatrice» la noche anterior, y tenía un corte en el labio.

—Todo se rompe —dijo Brenda—. Ahora todas las cosas se estropean. Las teteras eléctricas y las lavadoras y los teléfonos.

—En eso tiene razón —convino él haciendo sonar las monedas en el bolsillo de su mono e inclinando la cabeza con el pelo muy corto. Brenda pensó que le habría sentado bien el pelo largo. Habría disimulado sus orejas y le habría cubierto el cuello, que era ancho y estaba cubierto de señales de viejas cicatrices de la adolescencia.

—Hace tres semanas que no funciona el váter —le dijo—. No conseguimos encontrar un fontanero. La patrona lo ha intentado.

—¿En serio? ¿Está estropeado?

—Aquí ya no vive ningún fontanero —le explicó Brenda, repitiendo lo que le había dicho Freda—. Los alquileres son demasiado altos. Los fontaneros no pueden vivir. Lo mismo sucede con los limpiaventanas —añadió.

—Yo se lo arreglaré —dijo él. Y ella advirtió demasiado tarde lo que acababa de hacer.

—Oh no, francamente no vale la pena —protestó.

Pero él no se dejó disuadir.

—Será un placer. Se me da bien la fontanería. ¿Qué tal si me paso con las herramientas a la salida del trabajo?

—El lavabo no es mío —dijo Brenda—. No sé si la patrona...

—Iré a buscar todo lo necesario a mi casa y estaré allí en cuanto salga.

—Es muy amable —dijo débilmente Brenda y regresó a su banco con su vaso de sopa. Se quedó mirando la botella de Chateau Neuf du Pape y pensó con temor qué diría Freda. Casi podía oírla: «¿Qué dices que has hecho? ¿Le has pedido a ese patán de las marismas de Tipperary que nos arregle el retrete?». Consideró la posibilidad de hacerlo subir disimuladamente sin que se enterara Freda, ni tampoco la patrona, por cierto. Quizás podría persuadirle para que atara un trapo alrededor de la cabeza del

martillo.

Freda no estaba disfrutando su baja del trabajo. No tenía dinero para irse al centro y gozar de su ocio. Enceró los rebordes visibles del suelo y abrió la ventana utilizando la raqueta de tenis de Brenda como palanca. La habitación no tenía personalidad, pensó examinando con ojo crítico los amarillentos muebles utilitarios y las damiselas vestidas de crinolina que se paseaban de dos en dos por el papel de pared. Los colores no estaban combinados, nada hacía juego: faltaba una unidad de diseño. Cada vez que introducía una pequeña mejora, como colgar una cortina alrededor de la pica contigua a la puerta, sólo servía para destacar las baldosas resquebrajadas y los metros de anticuada tubería que ascendían por la pared en tortuosos meandros. En la repisa que había improvisado encima de la chimenea había algunos libros de bolsillo, dos ejemplares de la biblioteca y una botella de salsa H. P. que Brenda había dejado descuidadamente allí. Insatisfecha con todo lo que veía, Freda salió molesta al descansillo de la escalera y bajó las botellas de la leche. En la alfombrilla había un sobre dirigido a ella. Cuando lo abrió, creyó desmayarse. Fue como si hasta ese momento su vida hubiera transcurrido bajo tierra o bajo las aguas mansas de un río. Ahora, al leer las palabras que él había escrito, subió proyectada a la superficie, emergió a la cegadora luz del sol y el aire dulce:

Querida Freda,

Si me lo permite quisiera visitarla después del trabajo para ofrecerle mis respetos.

Su amigo,  
Vittorio.

Freda apretó la nota contra su pecho y subió velozmente las escaleras en sus plumosas zapatillas. Por qué no puede ser siempre así la vida, pensó, sonriendo y sonriendo a la preciosa habitación con su alegre papel de pared y la graciosa cortina que ocultaba el desagüe de la pila. Evolucionó lentamente en círculo delante de la ventana abierta y la calle dio vueltas con ella: los relucientes capós de los coches junto a la acera, las puntas de lanza de las rejas pintadas, los finos árboles negros que se agitaban bajo el viento. Sobre los jardines desprovistos de hojas, a excepción de las matas de laurel y los setos de aligustre, se elevaban y se zambullían y se elevaban otra vez para subir hasta la cima de los tejados las palomas. Una mujer con una larga falda escocesa avanzó por la acera empujada por el viento, como un barco de papel.

Freda no podía dejar de sonreír. Cerró la ventana e hirvió una tetera de agua al tiempo que cogía de la repisa más alta de la cocina un *necessaire* con su jabón especial y su toallita de franela personales. Tenía que esconder sus cosas de Brenda, que era menos que meticulosa —que era capaz de frotarse el cuello o los zapatos con el trapo de secar los platos o con su ropa interior, todo ello con absoluta imparcialidad como si no tuviera nada más a mano. Tendría que pedirle que pasara la tarde fuera.

Podía ir a cualquier parte: en el «Odeón» ponían una nueva película titulada *Super Polla*. Se llevó la palangana de plástico azul llena de agua caliente a la salita y se arrodilló delante de la chimenea de gas. Con la cara ahora solemne y un poquito demacrada, desaparecida de su boca la tierna sonrisa sensual, arqueó los dedos gordiflones de los pies sobre la gastada alfombra y empezó a lavarse. Sería simpático comprarle un bisté a Vittorio. No podía permitirse comprarse otro para ella, pero él comprendería que tuviera poco apetito el día después del funeral de su madre. Y le ofrecería una ensalada de lechuga y pimientos verdes, y prepararía un verdadero aliño de ajo y zumo de limón como los que él estaba acostumbrado a comer. En cuanto a Brenda, podía ir a cenar al «fish'n chips». Siempre estaba diciendo que no le interesaba la comida, que era una total afectación ponerles hierbas a las cosas. Decía que la gente que asaba las cosas al horno era boba; se podía freír todo en una sartén en la mitad de tiempo. A pesar de su educación privada y de sus ventajas, la habían criado a base de embutidos y patatas fritas y huevos triturados, y no era de extrañar que su marido Stanley se fuera a la «Little Legion» todas las noches. No comprendía por qué de pronto abrigaba tanto resentimiento contra Brenda; pensar en ella le estaba estropeando la expectación ante la noche que la aguardaba. Frunció el entrecejo y se palmeó los suaves contornos del brazo con la franela enjabonada. Es mi cuarto, se dijo. Yo lo encontré. Tengo todo el derecho a aprovechar mis oportunidades, a vivir mi vida. Se sentía purificada de toda existencia por la inmutabilidad y regularidad de cada día, el cepillado de sus ropas por la mañana y la limpieza de los dientes por la noche.

—Y hay algo más —murmuró moviendo los labios, con la mirada clavada en el dibujo mutilado de la alfombra—. Yo no soy Brenda; yo deseo algo.

Tenía la franela apretada entre las manos y la alfombra estaba casi empapada de agua. Retrocedió arrastrándose sobre las rodillas y se secó con una toalla. Habría preferido que Vittorio le hubiera dado más tiempo para prepararse para su visita; detestaba tener que ir corriendo al centro y volver a casa con los minutos contados, la cara toda enrojecida por el secador. ¿Cómo actuaría cuando él llegara? Ni pensar en una seducción directa; no con su luto tan reciente. Quizás podría estar callada y más bien pensativa —no exactamente lánguida, pero sí menos agresiva de lo que él la había conocido hasta entonces— a fin de despertar sus sentimientos protectores. Cuando llegara el día de la Excursión, podría apoyar su mano en la manga de él y agradecerle su comprensión. Abstraída acarició el canto del guardafuego de madera cubierto de polvo y echó atrás la cabeza para evitar el calor del fuego, que ya empezaba a manchar la suavidad de sus pálidas mejillas. Miró fijamente al techo y su boca se abrió para emitir un sonido a mitad de camino entre un suspiro y un gemido:

—Aaah —exclamó, arrodillada como en actitud de súplica—. ¡Aaah, Vittorio!

¿Estaba juzgando correctamente sus sentimientos hacia ella? Sin duda tenía que gustarle. ¿Por qué se pasaba sino cada tarde charlando con ella? Y Freda había observado cómo sus ojos se paseaban rápidamente arriba y abajo sobre su jersey

cuando creía que ella no lo miraba. Le atraía, ¿pero cómo podía animarlo? Sabe Dios qué habría dicho o hecho Brenda para poner a Rossi en un tal estado de cachonda expectación, pero fuera lo que fuese no funcionaría con Vittorio. Él era un hombre sensible y todo se confabulaba en contra de Freda: sus orígenes, su nacionalidad, la particular consideración en que tenía a las mujeres o a una categoría de mujeres a la que no pertenecía ella. Conseguiría atraerlo hasta sus brazos con la fuerza de sus hombros inclinados, la amplia curva de su garganta, la inmensidad jalonada de hoyuelos de sus muslos columnares. Seré una de esas mujeres desnudas pintadas en los techos, retozando entre nubes de color de rosa, pensó. Se incorporó y se quedó mirando una silla. Imaginó cómo le cautivaría con sus grandes ojos azules. Le abriría la puerta vestida con una bata transparente seleccionada de un catálogo de Littlewoods: «Lo siento, estaba descansando... la tensión, ya sabes. Le tenía especial cariño a mi madre...». Todos los italianos, todos los extranjeros estaban chochos por sus madres; él esperaría eso de ella. No tendría que hacer rechinar literalmente los dientes, sino sólo dar a entender que lo hacía, por dentro. Alborotándose el pelo recién lavado, la manga de *nylon* negro de la bata deslizándose para revelar un codo, se llevaría la mano a la frente y le diría que el médico le había recetado sedantes: «Siéntate, estamos completamente solos. Brenda ha decidido ir al cine». Sus pensamientos se detuvieron involuntariamente en una imagen de Brenda en la cama, el pelo entretejido de telarañas, y Rossi, temblorosas las manos, rasgando en jirones sus hojas de periódico. Te haré pedazos, pensó; y su mano se levantó para taparse velozmente la boca, como si hubiera hablado en voz alta. Más allá de los sueños románticos, de la niñita deseosa de mimos, lo que buscaba era un cierto tipo de poder. Más que desearlo, lo que me gustaría es que él me deseara a mí, pensó.

Se dejó caer chorreando agua sobre la alfombra, y posó la mirada en la reluciente repisa de la chimenea ensayando una sonrisita caprichosa.

Brenda aguardó largo rato en la escalera esperando a ver quién llegaría primero. Había leído la nota de Freda en la que le sugería que se fuera al cine; más que una sugerencia era una orden: incluso había cuarenta peniques sobre la repisa de la chimenea. Debía haber ido a retirar sus ahorros de la caja postal. En el rellano de la escalera había un bol de ensalada, y en un plato, bajo un paño de cocina limpio, un pedazo de carne curiosamente aplanada y con trocitos de ajo.

La patrona subió de su apartamento del sótano a las cuatro treinta, camino de su clase de cerámica en el Arts Centre. Abrió la puerta trasera y arrojó la gata embarazada al patio hormigonado.

—Maldito bicho —dijo y sonrió mirando a Brenda agazapada en la escalera.

La gata, el vientre caído, se levantó sobre las patas traseras y empezó a arañar frenéticamente el cristal con las garras extendidas. Freda decía que la patrona no sabía en qué ocupar el tiempo, por eso iba a modelar jarras; pero Brenda pensaba que

era un juicio desconsiderado: nunca habían visto qué producía en su torno, por lo que ellas sabían, podría ser muy bien otro Henry Moore.

—Calla —dijo Brenda cuando hubo salido la patrona. Se asomó entre los barrotes de la barandilla para observar a la gata que daba vueltas sobre sí misma, irritada por el ruido de sus garras sobre los cristales de la puerta.

Había llegado a casa agotada por el robo. Después de repetir la operación con el armario, había recogido la botella de *brandy* del lugar donde la había dejado, detrás de la taza del váter, y la había escondido bajo la carga de ropa para lavar. Mientras empujaba el carrito por el pasaje empezó a imaginar que la botella se rompía y el líquido comenzaba a gotear entre las tiras de paja tejida y que Rossi, como un perro de raza olfateando el rastro del alcohol, corría tras ella por la calle, la nariz temblorosa, los negros bucles levantados y agitados hacia atrás por el viento. Avisaría a la policía y la haría arrestar. Peor aún, quizá la cogería del brazo y le susurraría insidiosamente sus deseos sexuales en el oído, instándola a permanecer pasiva mientras él cometía una ofensa, a cambio de no denunciarla.

La agitación de la gata iba en aumento al otro lado de la puerta trasera. Brenda consideró la posibilidad de dejarla entrar, pero no se atrevió: podía devorar el bisté de Freda y mearse sobre el linóleo. Detrás de la puerta del sótano se oían los chillidos lastimeros de su última cría. La patrona la había conservado, preocupada por los sentimientos de la madre, pero últimamente la gata había cogido la costumbre de morderle ferozmente las orejas. Freda opinaba que deberían llevar a la gata al veterinario y hacerla abortar: producir más descendencia era un puro desenfreno; señaló que si los seres humanos tuvieran la misma tasa de fertilidad, una mujer podría tener trescientas criaturas en cinco años. Dijo que se necesitarían dos mil huevos a la semana para darles un buen desayuno a todos.

—Me pregunto qué piensa el gatito ahora que su mamá no lo quiere —se interrogó Brenda en voz alta.

Pensó que ojalá alguien intentara lastimarla cada vez que tenía un gesto amistoso. Cuando empezaba a imaginar cuán feliz podría ser su existencia si la dejaran absolutamente en paz, llamaron a la puerta de la calle. En el acto sintió deseos de esconderse, pero sabía que no serviría de nada. Por tanto bajó corriendo la escalera con una sonrisa extática en la cara, dispuesta a marcharse de inmediato si era Vittorio con su sedoso bigotito de Zapata aleteando sobre su boca, o Freda que regresaba de hacer las compras. No eran ni uno ni otra. Era Patrick, en un reluciente traje negro y con una camisa blanca limpia con el cuello muy gastado.

—Vaya, está francamente elegante —dijo ella y lo hizo pasar al oscuro vestíbulo.

Su aspecto la alarmó. Era tan obvio que se proponía impresionarla que Brenda no se habría sorprendido si él se hubiera sacado un jarrón de flores de la espalda y se las hubiera ofrecido con gesto de prestidigitador.

—Bueno —dijo él ofreciéndole una bolsa de lona para su inspección—, ¿acaso no salí temprano para ir a recoger mis herramientas?

Ella le condujo escaleras arriba haciendo muecas al andar para descargar sus sentimientos, sacándoles la lengua a las paredes pintadas de marrón, diciéndole calladamente que se cayera muerto y la dejara en paz. Cuando dieron la vuelta para subir al segundo tramo de escaleras y pasaron frente a la cocina y el intenso olor del trozo de carne bajo el paño, Brenda se sintió obligada a sonreírle y a decir hipócritamente:

—Es muy amable al dedicarnos su tiempo, Patrick.

En el baño había un calentador atornillado a la pared encima de una gran bañera con manchas de orín.

—Es antigua —dijo Patrick, observando las cuatro patas curvas desplegadas sobre el linóleo agrietado y el polvo que se extendía como una alfombra bajo el vientre de la bañera.

Al otro lado de la ventana abierta para atenuar el olor a orina rancia, se extendía el patio como un rompecabezas, dividido por la cuerda de tender la ropa y las piedras del enlosado. En el muro trasero, sobre el negro tallo estéril del rosal trepador, se alzaba una hilera de latas y botellas rotas colocadas allí para ahuyentar a los críos pequeños.

—Ahí está —dijo Brenda y le indicó la cisterna culpable en su lecho de cemento.

Patrick se encaramó en el asiento del váter con sus botas relucientes y manipuló la cadena.

—El agua no corre —anunció. Varias motas de yeso y una mancha de orín salpicaron su manga.

—Sus ropas... —empezó a decir Brenda.

Pero él ya se estaba quitando la chaqueta y entregándosela para preservarla. Levantó la pesada tapa de la cisterna lo suficiente para poder introducir un brazo hasta el codo y empezó a chapotear el agua con los hombros levantados, de modo que ella alcanzó a verle la banda elástica de los calzoncillos que le mantenía sujeta la camisa.

—Es la boya —le comunicó él.

—¿Eso es grave? —preguntó Brenda, rogando que así fuera y que él desistiera y se marchara pronto a su casa.

—No tema. Puedo arreglarlo —le aseguró él—. Nada más sencillo.

Saltó al suelo y buscó una llave inglesa y un ovillo de cordel en su bolsa de herramientas. Brenda vio el puño mojado de su camisa adhiriéndose al contorno de su muñeca.

—Mire —le dijo—. Se está estropeando la camisa.

—Estaba pensando —preguntó él, agachando la cabeza untada de brillantina— si le importaría que me quitase la camisa.

—No me importa —exclamó Brenda, aunque en el fondo le importaba, y sus ojos se empañaron cuando lo dijo.

Sin la camisa, sus manos y su cabeza parecían pertenecer a otra persona, tan rojas

y llenas de sangre junto a la blanca flaccidez de su torso. Tenía un pecho bonito, sin ninguna espinilla, sólo una lluvia de pecas entre los hombros. Cuando tiró de una manga con el brazo levantado para despojarse de la camisa, Brenda vislumbró el luminoso sobaco color jengibre debajo del brazo. Él se encaramó otra vez en el asiento del váter para hurgar entre las tuberías y el enyesado, y ella colgó su camisa de un clavo, detrás de la puerta, y detectó un tenue olor a moho, como si él no ventilara nunca sus ropas y las guardara medio húmedas en el cajón.

—Jesús, hace frío —exclamó Patrick bajo el contacto del aire fresco que entraba por la ventana.

—Podría prestarle mi bata —le ofreció Brenda, y él protestó que no era necesario, la pequeña prominencia de su barriga de bebedor de cerveza asomando por encima de la cintura de los pantalones cuando se volvió para agradecerse.

—Pero tiene que ponérsela —insistió ella, mientras se decía que era muy necesario; no podía soportar verlo semidesnudo allí delante. Cerró con cuidado la puerta a sus espaldas y bajó la escalera. Se detuvo un instante en el descansillo por si había regresado Freda, pero no se oía nada, y Brenda se deslizó en su cuarto como una ladrona y se acercó al ropero para coger su bata, arrancándola del lugar que ocupaba entre los vestidos de Freda, colgados en bolsas de polietileno. La botella de *brandy*, encajada entre los pliegues de una capa morada, se volteó y rodó hasta el borde de la puerta. Brenda la empujó hacia las profundidades del ropero y corrió escaleras arriba con la bata todavía en la percha.

—Es muy amable —le agradeció él, mientras ella le ayudaba a ponérsela.

Sus dedos le rozaron la parte superior del brazo, rasposa con la piel de gallina, y Brenda retrocedió pues no tenía intención de tocarlo. Las mangas le llegaban sólo hasta los codos, y cuando volvió a encaramarse en el váter, los pliegues de la bata azul brillante le quedaron colgando como una falda por encima de los pantalones y de la resplandeciente superficie de sus botas color cereza.

Al principio Vittorio permaneció sentado en la silla junto a la chimenea de gas, donde lo había instalado Freda, pero ella necesitó la ayuda de un hombre para abrir la botella de vino que había traído él y los dos se acercaron a la mesa, ella jugueteando con dos copas y él con la botella entre las rodillas para tirar del corcho. Llevaba un jersey negro estilo polo y una chaqueta de cuero auténtico con dos cortes en la espalda, muy a la moda.

—Es curioso —dijo ella saboreando el vino—. La quería, pero no teníamos demasiada intimidad.

—Sí —respondió él, apartando la mirada de su *negligée* de *nylon* negro para fijarla en los baratos muebles utilitarios y los barrotes curvados del balcón que reflejaban la luz de la farola.

—¿Tú tienes mucha intimidad con tu madre? —le preguntó Freda, que no

acababa de sentirse cómoda, y casi deseaba que él no hubiera venido. Vittorio respondió que no, que ella vivía en Italia.

—En el corazón —insistió ella, tocándose el pecho y mirándolo gravemente. Tenía un hambre espantosa. La peluquera la había hecho esperar largo rato y no había comido nada.

—Brenda se ha ido al cine a ver *Super Polla* —le dijo mientras pensaba que era un título provocativo. Se puso a pasear arriba y abajo entre la mesa y la ventana.

—Yo habría dicho... —empezó a decir Vittorio, pero Freda bajó la cabeza y él se calló.

—Brenda es distinta a mí —murmuró Freda—. Cuando la encontré en Finchley Road creí... —Y también ella se deslizó en el mutismo y dejó la frase inacabada.

Él le había traído un melocotón envuelto en papel de seda y Freda jugueteaba con la fruta entre las palmas de sus manos.

—Has sido muy amable —le dijo y cogió su bonita chaqueta de la cama para guardarla en el armario, no fuera a salpicarse de vino. Al abrir la puerta, una botella de *brandy* salió rodando bajo el borde de su capa y fue a caerle encima de la uña del dedo gordo del pie descalzo.

—Cristo —exclamó y se llevó la mano a la boca al tiempo que encogía el pie de dolor.

—Brenda —le dijo a Vittorio, la voz ronca de violencia contenida— no guarda nunca nada.

Escondió la botella detrás de los vestidos colgados y rogó que él no lo hubiera notado. No sabía cómo sacar a colación el tema de la comida: si mencionaba el bisté podría parecer que intentaba obligarlo a quedarse, como si todo estuviera planeado. Se sirvió otra copa de vino y se la bebió de un sorbo. Él no era demasiado locuaz; la estaba obligando a hacer ella todo el esfuerzo. Si se marchaba pronto, podría comerse el bisté y la ensalada. No había tenido tiempo de preparar el aliño de ajo y cómo podía salir ahora al descansillo para ponerse a exprimir los limones. El dolor de su pie aplastado y los quedos gruñidos de su estómago vacío la hacían sudar. Incapaz de contenerse, empezó a mordisquear una galleta de chocolate que Brenda había dejado abandonada en la repisa de la chimenea, mientras escuchaba el ruido de martillazos en el piso de arriba.

—No me vendría mal un poco de té —dijo Patrick, y Brenda tuvo que asentir con la cabeza, como si no hubiera ningún problema, y bajar otra vez de puntillas la escalera.

Siempre la sorprendía constatar que las personas tímidas en apariencia, continuamente pedían cosas sin el menor rastro de inhibición. ¿Cómo haría hervir una tetera con Vittorio y Freda a escasas pulgadas de distancia? El gas emitía un curioso quejido hasta que empezaba a calentarse el agua y sin duda Freda saldría al

descansillo y montaría una escena. Sin respirar apenas, Brenda cogió la tetera de la cocina y comprobó con satisfacción que ya estaba llena de agua hasta la mitad. Restregó una cerilla para encender el gas; la ignición y el destello del azufre le parecieron el lanzamiento de un cohete. Se estremeció y dejó caer la cerilla sobre el linóleo. De pronto Freda empezó a cantar al otro lado de la puerta cerrada. Pese a su estado de tensión, Brenda no pudo evitar una sonrisa. Freda debía haber encontrado la botella de *brandy*. Sabía exactamente qué aspecto debía tener en ese momento, pues la había visto en el mismo estado cada viernes por la noche después de su visita al «*pub*» teatral. Estaría de pie como una estatua griega, con la cabeza caída de manera que el pelo se le derramara alrededor de la cara, un brazo muy levantado en el aire, una rodilla ligeramente flexionada. Haciendo chasquear el índice y el pulgar, empezaría a deslizarse en un pequeño círculo, girando y girando:

*MacArthur's Park is lying in the rain...  
I don't think that I can take it,  
For it took so long to bake it,  
And I'll never find the recipe again.*

La tetera inició su extraño suspiro.

—Oh-o-no-ohohoh —bramaba Freda al otro lado de la puerta—. Ohoho-oh-no-ohoh...

Siempre está pensando en la comida, pensó injustamente Brenda. Se sintió obligada a explicarle a Patrick por qué estaba tibio el té.

—Verá, Freda tiene visita y yo no debería estar aquí.

Él la miró por encima del borde de la taza, sin comprender.

—Un hombre. Un caballero ha venido a verla y ella me dijo que saliera.

—Es tu habitación —dijo él—. Tienes todo el derecho a ocupar tu propia habitación.

—Bueno, es difícil. Sé perfectamente que estorbo.

Se sintió un poco ridícula. Era consciente de que se estaba tragando el final de las palabras e imitando su manera de hablar, como si también ella procediera de las marismas de Tipperary.

—¿Entonces ella pretende que dejes tu habitación cuando la visita un tipo?

—Es razonable, pienso yo —replicó Brenda y se ruborizó.

—Te aprecio mucho, sabes —dijo Patrick—. No, lo juro por Dios. No me gusta pensar que ella te toma el pelo. Vamos, si creyera que es así, la estrangularía... de verdad lo haría.

Tenía pequeñas pecas sobre el borde del labio superior que le desdibujaban el contorno de la boca. Depositó la taza sobre el borde de la bañera y retorció estrechamente un trozo de cordel entre los dedos apretados.

Ahora Vittorio estaba sentado en el borde de la cama, pues Freda, ondulando sus caderas de Amazona y apuntándolo con un pie, había empezado a evolucionar de manera cada vez más desenfrenada por la habitación. Vittorio se sentía amenazado por su talla y por el volumen de su voz, y una línea de sangre seca le orlaba la cutícula del dedo gordo del pie. Agitó inquieto las botas de ante bajo la armazón metálica de la cama de matrimonio y con el pie lanzó un libro al otro extremo de la alfombra.

—Leo mucho —dijo Freda, acercándose a descansar a su lado, la aureola de su pelo lavado aleteando sobre sus sonrosadas mejillas—. Poesía, pensamiento, política. Las tres pes. Y emitió una sonora risita húmeda.

—Tantos libros —dijo él moviendo los pies y sacando a relucir más volúmenes, y ella se encontró hablándole de Brenda y de cómo no podía soportar que sus cuerpos se tocaran por la noche.

—Los pone justo en medio de la cama. Es terriblemente molesto.

—¿Los libros en la cama...?

—Bueno, verás... no quiere correr ningún riesgo.

—¿Riesgo? —Vittorio tenía los ojos desorbitados de asombro.

—Oh, vamos... ya sabes. —Y le dio un codazo bastante doloroso en las costillas—. Voy a decirte lo que sucede —dijo hablando muy despacio, recordando cómo le hablaba Brenda a Rossi—. Brenda tiene miedo de la vida. No quiere comunicar. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Su manera de quedarse ahí sentado, tan obviamente sin comprender qué quería decir ella, su apuesta cara mirándola con solemnidad, la llenó de irritación.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Por qué no te relajas?

Cuando él le sonrió, advirtió que tenía un hueco entre los dientes delanteros. Eso le daba un aire de pilluelo y minimizaba el sensible moldeado de su cara.

—Tienes los dientes separados —exclamó Freda y se dejó caer pesadamente contra él.

Entonces él la besó. La rodeó con el brazo y se revolcaron sobre la cama de matrimonio. Freda se aferró a él y apretó los dientes sobre el hombro de su jersey con cuello polo.

—Tengo que ir al baño —dijo él incorporándose con esfuerzo y dirigiéndose a la puerta. Freda se quedó con un trozo de lana adherido en el labio, sola en la cama arrugada. Otro traguito, se dijo, y se dejó rodar hasta el suelo para acercarse al ropero en busca de la botella de *brandy*. No quería estar borracha. No le gustaba cómo se estaban desarrollando las cosas; pero al menos había movimiento. Desenroscó el tapón de la botella, se bebió un trago de licor y se secó la boca con la mano. El melocotón que él le había regalado yacía en el suelo como una víctima de un accidente de carretera, aplastado sobre la alfombra.

Cuando volvió Vittorio, Freda notó que estaba incómodo. Intentó hacerle el amor

pero la cosa no marchaba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó agresivamente, tirándole del pelo con bastante mala intención, cuando se quedó espachurrado encima de ella.

—El baño —dijo él—. Hay gente en el baño. No pude entrar.

Estaba sin zapatos, pero todavía tenía puestos los pantalones y el jersey, un poco mordisqueado en el cuello.

Brenda oyó unos golpes insistentes en la puerta de la calle, cada vez más y más fuertes. Observó a Patrick que estaba enroscando un gancho en el techo, encima de la cisterna.

—Es un poco chapucero, ¿no cree? —sugirió mientras él tendía un trozo de cordel desde la boya hasta el gancho suspendido de la plancha de yeso y lo hacía descender otra vez hasta el arete metálico de la cadena del váter.

Abrió el cerrojo de la puerta del baño y se paró a escuchar. Freda había dejado de cantar y las enfermeras de la planta baja habían hecho pasar a una persona al vestíbulo. Se escuchó un murmullo de voces, luego silencio, hasta que oyó marcar un número en el teléfono. Brenda no alcanzaba a distinguir la conversación, pero muy pronto depositaron otra vez el auricular en su sitio y alguien empezó a subir las escaleras. Quienquiera que fuera se detuvo frente a la habitación de Freda y golpeó varias veces el panel de la puerta. Esto no le gustará, pensó Brenda, y entonces oyó la voz de su suegra.

—He venido a ver a Brenda.

—Lo siento pero no está en casa.

—Entonces la esperaré.

Se produjo una pausa hasta que Freda le respondió con voz cargada de hostilidad:

—No puede esperarla. No es oportuno.

—La esperaré de todos modos.

Al doblar la curva de la escalera Brenda vio a la señora Haddon en el descansillo y a Freda, con el pelo alborotado, cubriendo el umbral de la puerta.

—No os preocupéis —anunció Brenda—. Estoy aquí.

—Quiero mis fotos —dijo la señora Haddon volviéndose hacia ella—. Quiero esas fotos de mi Stanley cuando niño.

Brenda no las tenía. Sabía que todavía estaban en el cajón de la cocina de la granja, donde habían estado siempre, debajo de las muestras de punto de antes de la guerra, pero de nada serviría decírselo. La señora Haddon sonreía con firmeza, moviendo afirmativamente la cabeza, las puntas de su pañuelo floreado anudadas bajo la empecinada prominencia del mentón.

—Espere abajo —le ordenó Brenda—. Voy a buscarlas.

Frunció significativamente el entrecejo en dirección a Freda, quien se apartó abrumada por su aire de autoridad y la dejó entrar en el cuarto. Vittorio estaba

inmóvil al pie de la cama, sofocado y desaliñado. Vestía un jersey que se estaba deshaciendo por el cuello y mantenía los zapatos apretados contra su pecho. Brenda le ignoró. Se agachó para coger al azar un libro del suelo y volvió a salir al descansillo. La señora Haddon, con un gran bolso de plástico a sus pies, se había retirado obedientemente escaleras abajo y se agarraba al pasamanos de la barandilla para mantener el equilibrio. Mira que hacer todo el trayecto desde Ramsbottom, pensó Brenda, completamente sola en el coche de línea en su bonito abrigo de pelo de camello.

—Tenga —le dijo ofreciéndole el libro—. Están todas ahí dentro.

Se miraron. Por un instante podría haber sido Stanley rogando comprensión; los mismos ojos abiertos llenos de perplejidad detrás de la montura de las gafas marrón claro, la misma boca ancha fruncida en las comisuras. No puedo decir nada, pensó... nada que sea veraz.

La señora Haddon bajó los ojos y se agachó para coger el bolso. Su apariencia cogió por sorpresa a Freda cuando miró hacia abajo; una mujer tan guapa, con carmín en las mejillas y una naricita respingona. Estaba sacando algo del bolso y mostrándoselo a su nuera con una expresión de ansiosa anticipación que conmovía bastante al verla. Tal como había hablado de ella Brenda en el pasado, Freda se la imaginaba con las botas de goma cubiertas de estiércol de vaca y el pelo lleno de paja.

—¿Por qué? —le oyó decir a Brenda sin entonación en la voz, en absoluto agradecida... y entonces sonó un grito. El sonido vibró en lo alto del hueco de la escalera e hizo temblar de pies a cabeza a Freda. Vio a Brenda golpeando a la señora Haddon en algún punto del pecho. Las gafas suspendidas sobre el puente de la nariz torcida cayeron bruscamente hacia delante. Una mano con una pistola empuñada se levantó rápidamente para rescatarlas. Brenda gritó:

—No... —y— ¿Por qué?

Esta repetición de una pregunta anterior fue pronunciada en tono plañidero. Brenda se encogió en su abrigo de *tweed*, su pelo rojo colgando lacio sobre el cuello a cuadros.

Está empeñada en destruirse, pensó Freda, y en ese momento se oyó un pequeño «plo» apagado mientras la señora Haddon apretaba el gatillo.

Ver a Vittorio bajando las escaleras a toda prisa, sus zapatos golpeando la alfombra como en una persecución, despertó otra vez toda la admiración de Freda. En ese momento se necesitaba un hombre y ahí estaba él para acudir en su ayuda; esto le causó una sensación de consuelo y orgullo, pues todavía estaba temblando. Entonces Patrick, el conductor de la camioneta, que vestía una prenda de manga corta de un tejido azul pálido, dobló velozmente la curva de la escalera y en dos brincos saltó al lado de Vittorio y se unió a su forcejeo. Qué oportuno, pensó Freda, demasiado desconcertada para hacerse más preguntas. Entre los dos sujetaron a la señora Haddon por los brazos y le rodearon amorosamente la cintura. Patrick acercó la mano

a la pistola levantada y entrelazó los dedos con los suyos. Sus cuerpos oscilaron, los brazos subiendo y bajando como en un enérgico baile. Brenda, que se mantenía apartada al fondo del mal iluminado descansillo, se metió la mano en la boca y se mordió las puntas de los dedos. Estaba flaca como un palo y sus ojos se dibujaban tras los párpados cerrados, redondos como canicas.

—Pequeña —gritó Freda lanzándose por fin escaleras abajo—. Mi pobre pequeña.

Los hombres trasladaron a la señora Haddon a la salita y la instalaron en la mejor silla junto al fuego, con tal fuerza que perdió el equilibrio. Su cuerpo cayó hacia atrás, sus pies en sus pulcros zapatos de fiesta se alzaron en el aire y la mujer emitió un gritito de indignación. Vittorio, más cauto después de lo sucedido, depositó la pistola encima del ropero, donde no pudiera hacer daño.

—Eso es de mi propiedad —dijo la señora Haddon—. Le agradeceré que me lo devuelva.

Vittorio se atusó el bigote caído y miró a Freda aguardando instrucciones. Ésta estaba de pie junto a la ventana con Brenda entre los brazos, observando el coche de la policía abajo en la calle, su luz azul centelleante mientras se deslizaba pegado al bordillo.

—Fijaos —exclamó—. Ha llegado la policía.

—Yo les telefoneé antes de subir —anunció la señora Haddon—. Por si los necesitábamos. —Hizo ademán de incorporarse y los dos hombres la obligaron a sentarse otra vez. No querían correr ningún riesgo.

—Abrid la puerta —ordenó Freda, y Patrick hizo lo que le decían y salió corriendo de la habitación con las solapas de su bata entreabiertas y su pecho blanco como el papel al descubierto.

—Tendríamos que preparar una taza de té —dijo Brenda mirando a la madre de Stanley—. Ha sufrido un *shock*.

La señora Haddon le devolvió la mirada sin compasión.

—Sólo había apuntado a tus cuerdas vocales. Siempre has hablado demasiado.

—Asesina —le gritó Freda temblando de indignación, con Brenda apretada contra su pecho—. Deberían encerrarla.

Aun así, no podía evitar sentirse impresionada ante la elegante mujercita instalada en su silla, que había hecho el largo viaje desde el Norte en tren o coche de línea, su bolso en el regazo con su polvera, su monedero y su pequeña pistolita negra.

Dos hombres de paisano y dos de uniforme se acercaron ruidosamente por el pasillo. Hicieron un montón de preguntas sobre el parentesco de la vieja señora con Brenda y cómo había conseguido hacerse con la pistola. La señora Haddon dijo que sólo quería asustar a Brenda para castigarla por haber abandonado a Stanley, y que había estado ahorrando su pensión durante tres semanas para comprar el arma. Le había dicho a la señora de la tienda que era para su nieto y la señora había estado muy servicial. Le había dado una tarjeta junto con la pistola. Y extrajo de su bolso una

diana de papel roja y negra para mostrársela.

Todos la observaron en silencio.

Pasado un rato, los policías uniformados se la llevaron al coche, y el inspector-jefe y un sargento les hicieron reproducir el drama en la escalera. Brenda se sentía ridícula ofreciéndole el libro al inspector que fingía ser la madre de Stanley. Tuvo que golpearle con bastante fuerza en el pecho y morderse el labio, no fuera a escapársele una sonrisa. Los policías quisieron saber cómo podían ponerse en contacto con Stanley y dónde estaría en ese momento.

—En la «Little Legion» —dijo ella—. Pero será mejor que no le llamen allí. No le gustará.

Freda se entrometió gritando:

—Dios santo, tienen que comunicárselo. Ella llevaba una pistola, no un ramo de flores, sabes.

—No era una pistola de verdad —murmuró Brenda—, era de aire comprimido —aunque no sabía si eso cambiaba las cosas.

Freda le contó al sargento que Brenda estaba separada de su marido.

—Él la trataba muy mal, en mi opinión.

—Sin duda —dijo el sargento mirando a Freda y a Patrick todavía vestido con la bata azul.

Golpearon a la puerta. Las dos jóvenes enfermeras de la planta baja, las pequeñas cofias blancas sujetas con horquillas sobre los nidos encrespados de su pelo, querían saber si podían ayudarles en algo.

—No sucede nada —les dijo Freda con aspereza—. Es sólo una pequeña fiesta familiar. —Y las dos muchachas volvieron a bajar ruidosamente con sus crujientes delantales y cómodos zapatos, desesperadas de verse excluidas del jolgorio.

Finalmente, el inspector de policía le preguntó a Brenda si quería poner una denuncia.

—Claro que queremos —afirmó Freda, y Brenda meneó la cabeza y dijo que no, que no quería hacerlo, gracias. ¿Qué diría su madre si lo hacía y aparecía todo en los periódicos?

Freda ni siquiera se molestó en acompañar a Vittorio hasta la puerta de la calle. Ahora se sentía cansada y de mal humor.

—Métete en la cama —le ordenó a Brenda y se deslizó entre las sábanas, todavía en su *negligée*.

Brenda permaneció acostada en la oscuridad sin la protección del travesaño y la hilera de libros. Había intentado reconstruir la barrera, pero Freda la maldijo y le dijo que más le valdría dejar de armar jaleo.

—No pudo hacerlo —dijo Freda con la boca aplastada contra la almohada—. No pudo entrar en el baño.

—Ah, bueno... —dijo Brenda, y luego lo pensó mejor.

—¿Me pregunto si éstos eran los hombres de uniforme de María? —musitó Freda.

—¿Qué hombres?

—Ya sabes. Los hombres de María... en mi taza.

—No iban montados a caballo.

—No —dijo Freda—. Tienes razón. ¿Qué demonios hacía ese Patrick correteando por la casa vestido de ese modo?

—Sólo pasó por aquí y no quise decirle que iba a salir.

—Estás chiflada. Desde luego no sé qué le ves.

—No le veo nada —protestó Brenda—. Sólo estaba arreglando el váter.

—¿Medio desnudo? —dijo Freda—. Debes estar loca.

Cuando cerró los ojos la cama empezó a girar y girar. Tuvo que hacer un esfuerzo y concentrarse en el contorno del cristal de la ventana. Brenda dijo:

—No creo que ella lo haya hecho con mala intención. Sólo estaba probando qué efecto causaba.

—Necesitas ayuda —murmuró Freda—. Eres una víctima. Ya te lo he dicho otras veces.

La habitación parecía hechizada, bañada en plata bajo la luz de la farola. El pie de madera de la cama relucía como auténtica caoba.

—¿No es bonito? —dijo Freda.

—La madre de Stanley debe estar furiosa por no haberme dado. Siempre detestó no salirse con la suya.

Brenda exhibió una pequeña sonrisa satisfecha. Comprendía perfectamente por qué había querido hacerle daño la señora Haddon. Mentalmente ella también había cometido en numerosas ocasiones actos de brutalidad contra amigos y enemigos por igual.

—Tendrían que encerrarla —declaró Freda que empezaba a dormirse—. Tendrían que encerraros a todos.

Freda estuvo rara durante varios días. Sufría estallidos de ira seguidos de largos períodos de silencio. Los momentos de ira, que eran habituales, no preocupaban tanto a Brenda como los momentos de pensativa reflexión; no soportaba ver a su amiga desplomada sobre su caja de cerveza o en el sillón junto a la estufa de gas, sorda a toda palabra de simpatía. Era enervante vivir con ella de ese modo. Freda era tan aficionada a manifestar sus emociones. Nunca cavilaba. El dolor sufrido, o los insultos soportados, la hacían todavía más locuaz. Veía el lado divertido de la adversidad. Escupía las palabras describiendo con exactitud de detalles cuán terriblemente afectada estaba, hasta que sus hombros empezaban a estremecerse con el gorgoteo de una enorme carcajada sofocante que al fin brotaba de ella.

Cogió la costumbre de pasarse las noches despierta en la cama contando los barrotes de celda de la reja del balcón que se reflejaban en la curva del techo. Observaba con atención el pájaro lanzado en picado de la lámpara colgante, el manojo de hojas secas en el jarrón de la repisa de la chimenea, dibujados sobre la brillante pintura de la puerta. Cuando miraba hacia la calle la veía tan clara como si fuera de día. Los hierros forjados de las ventanas, las tapas de los cubos de basura, las planchas metálicas de los coches aparcados, centelleaban bajo la luz de la luna y la deslumbraban. Brenda yacía en la oscuridad, con la mitad inferior de su cara desaparecida... la luz sólo rozaba el borde de sus párpados.

—¿Qué sucede, bonita? —le preguntaba una y otra vez Brenda. Pero Freda, con los ojos relucientes de cansancio, se negaba a decírselo.

Fue a ver a Rossi. Le dijo que si volvía a tontear con Brenda en la cava, se quejaría al señor Paganotti y haría que le despidieran.

—Sólo porque sea el gerente —le dijo con rencor—, eso no significa que pueda imponer su sucia voluntad a Brenda.

—No comprendo —dijo Rossi, encogiéndose tras su mesa cubierta de tubos de ensayo y hojas de papel tornasol—. ¿Qué es sucio? Sólo nos divertimos un poco.

—Se divierten —tronó ella—. Bueno, no creo que el señor Paganotti piense lo mismo.

Rossi sintió que la detestaba. Apretó los puños regordetes y arañó la mesa con su anillo de bodas mientras tartajeaba sus negativas. Cometió el error de intentar adularla.

—Usted es una mujer de mundo —le dijo. Pero ella le frenó con una mirada.

—Cuidado —le advirtió con los brazos cruzados, la nariz temblorosa, la sedosa cara alerta y con colores de ángel sobre el robusto puntal de su cuerpo.

Él bajó los ojos, y ella volvió a su banco y a su cupo de Nuits St. Georges dando grandes zancadas.

María tenía curiosidad por saber qué sucedía, pero Freda meneó la cabeza con aire de mártir, como si nadie pudiera comprender sus problemas. Suponía que

Vittorio no querría volver a hablarle nunca más después de esa deplorable noche en que había bebido más de la cuenta, pero sorprendentemente él le había preguntado varias veces si se sentía mejor, si empezaba a recuperarse, como si le hubieran disparado a ella, pues Freda ya había olvidado que estaba de luto por su madre. Incluso quiso invitarla a cenar, pero ella rehusó. «Más adelante», le dijo sin querer cerrar del todo la puerta. La idea de una visita al restaurante, el ruido de los cuchillos y tenedores, el resplandor de las luces sobre los espejos dorados mientras bebían en el bar, la llenaban de pavor. El esfuerzo de mantener los codos fuera de la mesa, las rodillas juntas, la voz baja y delicadamente modulada, era superior a sus fuerzas. La escena de la escalera le había quedado grabada en la imaginación; resonaba en sus oídos la pregunta del inspector que quería conocer el parentesco concreto entre la vieja señora y Brenda. Su amiga estaba rodeada de gente que reivindicaba sus derechos sobre ella. Su padre le mandaba giros postales, su madre ejercía su poder a través de los encabezamientos de sus cartas: «Cariño» significaba que Brenda estaba en gracia; «Mi querida Brenda» expresaba desaprobación, al igual que la ausencia de esos besos dibujados al final de la página. El pasamontañas de Stanley colgaba de un gancho detrás de la puerta. Debajo de la cama, boca abajo entre el polvo, yacía una foto de bodas de Stanley del brazo de Brenda, su vestido cubierto de flores. Su madre había atravesado el país con una pistola para demostrar que estaban emparentadas por matrimonio. Y Freda no tenía nadie a quien considerar suyo excepto una tía lejana en Newcastle.

—Debo estar enferma para preocuparme por estas nimiedades —pensó.

Fue al «*pub*» teatral para encontrarse entre gentes que la comprendieran y llegó a cometer la insensatez de ofrecerles su versión de la señora Haddon en las escaleras. Expuso su relato con modestia y seriedad, mientras jugueteaba nerviosamente con un cigarrillo entre el índice y el pulgar, y la apesadumbraron los incontrolados aullidos de hilaridad que interrumpieron su narración. Se unió a las risas —exprimiendo algunas lágrimas de los arrugados extremos de los ojos— pero se sentía vacía por dentro.

Brenda intentó expiar el malestar que había causado. Dijo que Freda estaba guapísima y que Patrick tenía un aspecto absolutamente repulsivo en su mono: ese pelo, esas uñas terriblemente roídas...

—Tú tampoco eres una pintura al óleo —replicó Freda cortándola en seco. Le estaba agradecida a Patrick. A fin de cuentas, el váter estaba arreglado aunque cada vez que una tiraba de la cadena el gancho arrancaba yeso del techo. Brenda le llevaba cafés al banco de trabajo y cogía las botellas del suelo siempre que hacía falta.

—Déjame —le espetó bruscamente Freda—. No soy una inválida.

Hacia finales de la semana telefoneó Stanley. Rossi hizo subir a Brenda a su despacho, seguida de Freda con una esbelta botella de Spumanti todavía en la mano, y él huyó de su mesa como un conejo y se puso a trabajar afanosamente en las repisas del *brandy*.

—No puedo bajar, Brenda —dijo Stanley—. No puedo dejar las gallinas.

—No quiero verte —musitaron casi inaudiblemente los labios de Freda.

—No te preocupes —dijo Brenda—. No creo que sea necesario. —Ya había empezado a cerrar las vocales para amoldarse a él.

—¿Qué estás diciendo, Brenda? —gritó él en el otro extremo de la línea.

—No es necesario que vengas.

—No puedo ir, Brenda... no con mi madre en el hospital. La mandarán a casa dentro de un par de días, Brenda. —Repetía una y otra vez su nombre como si tuviera una cierta confusión mental sobre quién era ella.

—¿Qué dice? —preguntó Freda y le dio un fuerte pellizco en el brazo.

—Han llevado a su madre al hospital —respondió Brenda.

—¿Quién está ahí, Brenda? —preguntó él—. ¿Quién está ahí contigo, Brenda?

—Nadie. ¿Qué tiempo hace por ahí?

—¿Que qué, Brenda?

—Nada —dijo ella—. Tengo que dejarte.

Colgó rápidamente el auricular e intentó no pensar en él. Sabía que Stanley permanecería varios segundos de pie junto a la ventana, gritando su nombre por la línea desconectada y rascándose la cabeza cuando por fin comprendiera que ella ya no estaba allí. Saldría al patio, donde las palomas con sus cuellos hinchados dormían sobre el canalón del techo del establo, y se detendría con el impermeable recogido en torno a la cintura y orinaría sobre las ortigas junto a la basura allí amontonada. Al oír el chapoteo del agua sobre las hojas, elevarían el vuelo con agitado aleteo las palomas, que dispersarían a las gallinas Bantam que picoteaban entre el fango.

—No le tratas con suficiente firmeza —la reprendió Freda—. Eres demasiado blanda con él.

—Siempre estaba esperando que llegara o esperando que se fuera —dijo Brenda como para disculparse. Tenía curiosidad por saber por qué había defendido Freda a Patrick horas antes—. Nunca solías decir nada bueno de él —le recordó.

—No veo ningún motivo para denigrar a nadie por su aspecto —le informó Freda—. Sin duda él no es de tu clase; eso es una cosa. Pero el estado de sus uñas nada tiene que ver con ello.

Miró a Brenda con tanto desdén, los ojos fijos en la descuidada mata de pelo y la textura apergaminada de su piel, que Brenda se llevó la mano a la boca para ocultar el diente delantero que tenía desportillado desde la infancia.

Sin embargo, Freda fue en busca de Patrick antes de salir de la fábrica y le ordenó que dejara tranquila a Brenda.

—Hay cosas —le dijo cuando le encontró en el galpón de carga y descarga, su cara enrojecida por el aire helado— que no puedes saber. No me propongo intentar decirle a nadie cómo debe vivir su vida, pero... —y agitó un dedo rígido ante él— deberías buscarte una persona de tu edad.

—Ella me gusta —replicó él testarudo, ignorando a sus compañeros de trabajo

que cargaban cajas de vino en una camioneta—. Me dejaría colgar por ella, eso haría.

—Confío que no será necesario —respondió Freda desconcertada por su obstinada declaración. Y dio media vuelta y se fue a buscar a Brenda, que estaba en el lavabo enjuagando las esponjas para la mañana siguiente.

—No lo entiendo —le dijo—. ¿Qué le hiciste a Patrick?

—Sólo le dejé arreglar el váter —exclamó Brenda.

Se veía tan poco atractiva y desaliñada en su abrigo raído y gastados zapatos, que Freda sonrió. Era absurdo pensar en ella como una *femme fatale*. Y tampoco Rossi ni Patrick podían describirse como la conquista del año; a diferencia de Vittorio, con su noble cuna, su hermoso bigote y sus expresivos ojos oscuros. Dentro de sólo dos días, el domingo —pues el señor Paganotti era demasiado tacaño para concederles un día libre—, harían la Excursión y comerían juntos bajo los árboles mientras comentaban dónde podría invitarla a cenar. Le contaría cuán deprimida había estado, cuán sola se sentía. Al contemplar su imagen en el espejo, su cara se veía frágil y con un tinte plateado. Empezó a sentir el inicio del restablecimiento.

Freda durmió más reposadamente esa noche. Al amanecer la despertó el sonido de la lluvia golpeteando densa sobre el tejado. El ruido aumentó de volumen y Freda se incorporó a mirar por la ventana, haciendo resbalar la bastilla de la blanca sábana hasta los pliegues de su vientre, y vio una tropa de soldados de caballería que se deslizaban a lo largo de la calle. Adormilada admiró, como en un sueño, a los elegantes jinetes vestidos de caqui, las abultadas pantorrillas de sus piernas envueltas en polainas, las hileras de sombreros color mostaza que se bamboleaban arriba y abajo mientras avanzaban a paso largo hasta el cruce. Freda no se movió, no pestañeó —después pensó que podría haber gritado «Hurra» o haberles lanzado una rosa desde el balcón— y enseguida desaparecieron, los elegantes jinetes y los caballos marrón tafetán, tatuando con sus cascos la cresta de la calle.

Todo se haría realidad, ahora lo sabía: el viaje por tierra y mar, los hombres uniformados, el vestido blanco con flores en la cintura. Quizás vivirían en un piso en Hampstead y tendrían bebidas en el mueble-bar y carne en la nevera e invitarían al señor Paganotti a cenar una vez al mes. Después de casarse, ella y Vittorio visitarían a la hacendosa tía de Newcastle e inundarían el vestíbulo con su equipaje de piel de cerdo. Ella dejaría caer su anillo de compromiso en el cuenco de cristal del tocador, temerosa de desgarrarle la piel de la espalda cuando lo estrechara en sus brazos. Fumaría en la cama y derramaría polvos de talco sobre la alfombra. ¡Qué desorden podría llegar a crear con sus pañuelos de papel, los envoltorios de celofán de sus cajetillas de cigarrillos, los puntillistas trocitos de confeti todavía aprisionados entre sus ropas! La tía tendría que aguantarse. En verano, cuando se instalaran en el castillo de sus padres en las afueras de Bolonia, abriría los postigos por la mañana para dejar entrar el sol y se protegería los ojos de la azul ondulación del mar centelleante tras el polvoriento horizonte de los olivares propiedad de su padre. Brenda también podría acompañarles, si la madre de Vittorio no se oponía; ¿y por qué iba a oponerse,

rodeada de sus nietos, sus adorables *bambinos* saltarines gorgoteando bajo los limoneros?

—Tienes buen aspecto —dijo Brenda, recostada en las almohadas, balanceando un plato de *porridge* sobre su vientre.

—Me siento bien —exclamó Freda, ya vestida y revoloteando por la habitación con el transistor pegado al oído.

Estaba ansiosa por contarle a María que había visto los soldados a caballo.

—Tenías razón —dijo y le estrechó las manos haciéndola bailar en torno a las cajas de cartón.

El cielo estaba tan encapotado que casi estaban a oscuras. Las pequeñas bombillas desnudas que colgaban del techo brillaban cual diminutas estrellas rojas. La lluvia caía con fuerza al otro lado de la hilera de ventanas y empezó a manchar la pared de cemento de la freiduría.

Brenda suponía que Freda debía haberlo soñado. Ella no había oído nada y ¿qué haría una tropa de soldados de caballería a esas horas de la madrugada en el centro de la ciudad?

—Ejercitar a los animales —explicó alborozada Freda—, antes de que empezara el tráfico.

—Pero nunca los habíamos visto hasta hoy.

—Nunca habíamos estado despiertas a esa hora.

—Yo sí —dijo tristemente Brenda, recordando todas las veces que había contemplado la aparición de las primeras pinceladas de la aurora sobre los tejados de las casas grises.

Ahora que el domingo ya estaba tan próximo, María había empezado a cavilar qué se pondría para la Excursión. Había encontrado un vestido de fiesta en las cajas del señor Paganotti. Lo extrajo de debajo del banco de trabajo y se cubrió la corpulenta figura con él, aguardando la opinión de Freda. El vestido era de seda, con un dibujo de margaritas en miniatura formando un festón en torno al orillo de la falda.

—¿No tienes nada tuyo? —preguntó Freda dubitativa, observando el pronunciado escote y la ausencia de mangas—. Es invierno, ¿sabes?

—Claro que no tengo nada —replicó María y se dio una vuelta con el festón de margaritas revoloteando sobre los pliegues de sus grises calcetines de futbolista, desternillándose de risa y con la cara ruborizada por su exhibicionismo.

—Yo lo encuentro muy bonito —dijo Brenda.

—No dejes de ponértelo —exclamó Freda, demasiado contenta para desilusionar a María. Y miró a su alrededor en busca de Vittorio, deseosa de hacerle saber que su período de luto había concluido. Después de todo, ahora sabía que el futuro tenía algo reservado para ellos dos. La premonición se intensificaba por momentos. Sentía

vértigos al pensar en el futuro y anhelaba experimentar ese estremecimiento de excitación que posiblemente le provocaría la presencia de Vittorio. Se precipitó escaleras abajo hasta el sótano, sus amplias nalgas temblorosas en los pantalones marrones que ella misma se había hecho, buscando entre los toneles y depósitos amarillos y gritando su nombre por el placer de oírlo. Vittorio no estaba allí.

—Está en el despacho —dijo Brenda cuando Freda regresó desconcertada a su banco de trabajo—. Con Rossi.

Al entrar, encontró unas clientas catando el vino. Una mujer madura vestida de negro y una jovencita en un abrigo gris con el cuello de terciopelo.

—Oh —dijo Freda—, lo siento. Creí que Vittorio estaba solo. —Le miró con ternura, transmitiéndole mensajes con los ojos y él dejó caer la cabeza como si de pronto se hubiera vuelto tímido en su presencia—. Quisiera usar el teléfono, si me permiten... para confirmar la reserva de la camioneta para la Excursión.

Estuvo toda dulzura y fulgor, sus gestos teatrales y encantadores, sus ojos azules dilatados de candor. La joven del abrigo gris agachó la cabeza y examinó los guantes de cabritilla que tenía en la falda.

—Luego —dijo Rossi—. Ahora estoy ocupado.

Extendió expresivamente los dedos y se dirigió en italiano a la mujer madura, que observaba a Freda con una cortés mirada fría.

—Naturalmente —convino Freda—, qué tonta soy. Le ruego que me perdone.

Fue una suerte para Rossi que ella estuviera de tan buen humor. Freda no pareció notar cuán ansioso estaba por librarse de ella. Se entretuvo haciendo poses, apoyada en los anaqueles llenos de etiquetas de lindos colores. Finalmente le preguntó a Vittorio si podía hablarle un momento en privado. Él se dirigió con reticencia hasta el umbral abierto de la puerta y Freda le puso la mano en la manga y le dijo que podía cenar con él, esa misma noche si lo deseaba. Y le sonrió.

—Ah, no —replicó rápidamente él, intentando ocultar con sus anchos hombros el sonido de la voz de Freda—. Tengo otros compromisos.

Y, a pesar suyo, lanzó una breve mirada nerviosa por encima del hombro en dirección al grupo de personas sentadas en torno a la mesa de despacho de Rossi, que saboreaban su vino en silencio.

Freda hizo ademán de tocarle la mejilla y él dio un paso atrás.

—Muy bien —dijo ella—, hasta el domingo, entonces. Mañana prepararé la comida para el pícnic y me lavaré el pelo. Quiero estar bien guapa.

Tan alta como él, Freda le acarició la cara con su aliento y le alborotó los finos pelos del bigote caído. Hizo un esfuerzo para mantenerse serena ante ese inesperado contratiempo. Le dolía que él no compartiera su estado de ánimo. Pero la reconfortó oír el sonido de su corazón palpitando en su pecho, absolutamente al mismo compás que las pisadas de los cascos de los caballos.

—Es la señora Rossi —le informó María cuando le contó que había unas mujeres en el despacho—, y su sobrina de Casalecchio di Reno.

—¿En serio? —murmuró Freda y fijó la mirada en la ventana del despacho, aguardando la partida de las visitantes.

Pasado un rato, una hilera de caras apareció junto al cristal y contempló la planta baja de la fábrica, observando a los obreros en su trabajo. Freda se tocó deliberadamente los labios con las yemas de los dedos y le lanzó un beso a Vittorio.

—Eres terrible —se quejó Brenda—. Rossi debe estarse meando con su mujer viéndolo todo.

—Bobadas —dijo Freda—. Todos deberían saber que Vittorio y yo somos íntimos.

Un ambiente festivo reinaba en la fábrica. Los hombres bebieron copiosamente del barril de vino y tontearon con las mujeres. Nunca habían visto a Freda tan animada.

A las dos, Salvatore, espléndido en unos zapatos de golf y una bufanda de seda verde, abrazó a María sobre su caja de cerveza y recibió una bofetada en la mejilla.

—Ay, ay —gimoteó ella, taconeando sobre el entarimado—. Están locos pensando en la Excursión.

Se frotó violentamente la cara con el puño para librarse de la húmeda huella de su boca. Salvatore, que había entendido a medias sus palabras, asintió con entusiasmo mirando a Freda e hizo girar los ojos en un remedo de excitación.

Freda esperó en vano que Vittorio se acercara a hablarle. Se aferró a la convicción de que no debía soltarlo, que él estaba predestinado a ser su verdadero amor, que él también lo sabía, sólo que aún no había empezado a aceptarlo. Y sin embargo, al recordar cómo había retrocedido con disgusto ante ella junto a la puerta del despacho, no podía evitar hacerse algunas preguntas. ¿Sentía lo mismo que ella? Freda se estremeció de frío y se inclinó sobre el banco de trabajo. En vez de pensar con claridad se puso a soñar. Estuvo paseando entre los matorrales de retama y los olivos, y por las frías habitaciones blancas del piso de Hampstead. Se elevó en un *jet* gigantesco sobre los edificios de juguete del aeropuerto e inició su largo viaje sobre la tierra y el mar. De vez en cuando tenía conciencia de la deprimente fábrica, el zumbido de la maquinaria en sus oídos, el tierno rostro sonriente de la Virgen María en lo alto de la pared pintada de verde. De haber estado sola, habría balanceado la cabeza canturreando su amor a viva voz.

Por fin se quedó vacía de imágenes, agotados los cuadros en su cabeza. Sólo subsistía una insaciable sed de toda la alegría y la gloria de los buenos tiempos que la aguardaban, de la vida que pronto conocería.

Afortunadamente no llovía. Incluso lucía un tenue destello de invernal luz solar. Brenda llevaba un vestido de lana negra, medias negras y zapatos de baile verdes. Freda le había escondido el abrigo de *tweed* la noche anterior; insistió en prestarle su capa morada. Brenda no quería ponerse la capa, pero tampoco quería molestar a Freda. Protestando que era demasiado larga, se la envolvió en torno a los hombros y al bajar la mirada vislumbró los zapatos verdes y una pulgada de media. Freda, en un traje pantalón color malva, un abrigo de piel de cordero alegremente bordado de azul a lo largo del delantero y un pañuelo lila anudado descuidadamente al cuello, envolvió en papel de plata dos pollos ya cocidos y los metió en la cesta. También había un mantel con pétalos rosas bordados en una esquina, una lechuga en una bolsa de politeno, un poco de pan francés y un kilo de manzanas. En un frasquito de vidrio que antes había contenido cebollitas para cóctel, llevaba una mezcla de aceite y limón y ajo machacado.

Cuando lo tuvo todo preparado, Freda examinó su bolso y se quedó desazonada al comprobar que sólo le quedaban cinco cigarrillos. Le pidió a Brenda que le prestara un poco de dinero.

—No me queda nada —mintió Brenda—. Me hiciste pagar un pollo y yo compré el champú.

No es que fuera mezquina, pero quería estar preparada para un posible desastre; los cuarenta peniques que guardaba en el bolso eran para regresar a casa si se quedaba abandonada en la Mansión Señorial.

Freda estaba lívida. Le dio un brusco puntapié a la cesta y se dejó caer en la cama.

—¿Cómo voy a resistir un condenado día como éste con cinco pitillos? —gritó.

—Pero si fue idea tuya. Tú nos metiste en esto. Yo preferiría mil veces dormir todo el día.

—Cállate —la interrumpió Freda.

Consultó su reloj de pulsera y tomó nota de la hora. Había encargado la camioneta para las siete y media, pero no tenía intención de llegar a la fábrica antes de las ocho. Recuperó su buen humor prolongando la agonía de Brenda, manteniéndola en suspenso; probablemente se estaba muriendo de vergüenza por dentro.

—No deberías haberte gastado el dinero en esto —dijo Brenda desesperada, lanzando una mirada a la mesa puesta para dos con el manojo de hojas secas de la repisa de la chimenea dispuesto en el centro del mantel.

También había copas de vino y un platillo de auténtica mantequilla y aceitunas rellenas en un plato. Sabe Dios de dónde habrían salido, pero junto a los platos ribeteados de azul había dos servilletas, almidonadas y dobladas. Brenda se acercó a la ventana y miró hacia los pisos y los balcones abandonados. Un gato se desperezó al pie de un árbol y se afiló las garras contra la corteza. No debería hacer eso, pensó

Brenda, y oyó a Freda diciéndole que no se entretuviera.

—No queremos que tu Patrick muera con el corazón destrozado.

Eran las ocho menos cinco cuando salieron a la calle. El cesto se volteó en la escalera y una barra de pan salió proyectada hacia el suelo. Cuando Brenda cerró cuidadosamente la puerta de la calle, una ráfaga de viento agitó la capa morada y la sepultó bajo sus pliegues.

—Cristo —exclamó Freda, llevándose la mano al pelo que revoloteaba en todas direcciones y recogiendo la larga y delgada barra de pan de donde había ido a parar junto a los cubos de la basura.

En la esquina de la calle vacía Brenda declaró:

—Francamente, Freda, yo no quiero ir. Será espantoso. ¿No puedo estar enferma o algo?

—No te alteres —replicó tajante Freda, empujando el carrito de la compra, la cabeza inclinada contra el vendaval.

A cien metros de la fábrica amainó el viento y salió un sol bastante fuerte. María corrió a su encuentro con las manos extendidas, una bolsa de papel marrón arrastrada por el viento enredada en torno a sus hinchados tobillos.

—Ha habido un retraso. No tenemos camioneta. Amelio no ha venido.

Bajo el dobladillo de su abrigo de trabajo, le colgaba sus buenas dos pulgadas el traje de fiesta del señor Paganotti, ribeteado de margaritas.

—Dios mío —exclamó Freda—. Debí saberlo.

Pasó de largo rozando a María y miró a su alrededor en busca de Vittorio. No se lo veía por ninguna parte. Los hombres esperaban en fila, apoyados contra la pared, con maletines y bolsas en la mano. Inclinaron la cabeza y sonrieron, levantando sus sombreros de ala ancha en señal de saludo. Parecía un encuentro de la Mafia: la calle desierta a excepción de la hilera de hombres todos vestidos de negro, encorvados los hombros, de pie junto a las grandes puertas de la fábrica, y la muchacha rubia más alta que todos ellos, paseando arriba y abajo con cara de trueno y una barrita de pan francés, empuñada como una ametralladora, bajo el brazo.

Brenda intentó fingir que no estaba allí, que estaba sola en la cima de una montaña. Justo entonces Rossi, que estaba plantado en medio de la calle mirando hacia High Street, se volvió y la descubrió. Corrió hacia ella lleno de exuberancia, olvidada su hostilidad hacia Freda en medio del regocijo de la ocasión. Cuánto había anhelado ese momento, el comienzo de ese día, la salida al campo sin la compañía de su mujer, como si fuera un inglés.

—*Bongiorno*, señoras —gritó—, *bongiorno*. —Y se puso a brincar literalmente de un lado a otro sobre la acera frotándose las manos.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó oficiosamente Freda, cruzándose de brazos y mirándolo con profunda suspicacia—. Pedí la camioneta para las siete y media. Amelio debería haber llegado hace un cuarto de hora.

Tenía que preocuparse de los detalles —la llegada de la camioneta que había

contratado— a pesar de sentir náuseas en el estómago al ver que Vittorio no estaba allí.

Rossi se encogió de hombros.

—El tráfico, quizá. Sólo es un pequeño retraso.

—¿El tráfico, necio? ¿A esta hora?

Freda se apoyó con alevosía en el guardabarros de su Ford Cortina y el coche se balanceó ligeramente.

—Lo sabía —le dijo a Brenda como si los demás no existieran—. Sabía que sería un absoluto desastre.

—Sólo es un pequeño contratiempo —dijo razonablemente Brenda y dirigió una sonrisa a la hilera de trabajadores con las caras cenicientas de frío.

Por la esquina aparecieron primero Vittorio y luego Patrick.

—Ni rastro de ella por ninguna parte —anunció Patrick avanzando a grandes pasos en un chubasquero con cinturón y una gorra de tela sobre sus orejas salientes.

A Brenda le sorprendió constatar cuánto se parecía a Stanley, en su impermeable y con su corbata azul oscuro estrangulándole el cuello.

Vittorio le dijo algo en italiano a Rossi, quien se encogió otra vez de hombros y consultó su reloj. Los hombres murmuraron y hundieron todavía más las manos en los bolsillos. Junto al bordillo estaban alineados los cuatro barrilitos de vino, donativo del señor Paganotti. Qué viejas y cansadas se ven las caras de los hombres a la luz del día, pensó Brenda. Las bombillas encendidas, los constantes sorbos de vino, teñían de rosa sus mejillas cuando estaban dentro.

—Buenos días —le dijo Vittorio a Freda—. ¿Cómo van los ánimos en esta maravillosa mañana inglesa?

Se estaba burlando de ella. Le estaba haciendo responsable del mal tiempo. Le estaba diciendo cuán absurdo había sido proyectar esa Excursión.

—Estamos muy bien —se apresuró a contestar Brenda, sonriendo con tanta fuerza que le dolió la mandíbula. Si eso duraba mucho, la tensión le reavivaría el dolor de muelas.

Vittorio se veía tan guapo en su opinión, con su immaculado tabardo cerrado con presillas blancas, gruesas botas atadas con cordones de un rojo vivo, que Freda se sintió obligada a tratarle con indiferencia.

—Oh, hola —dijo como si apenas le conociera y le volvió la espalda. Le molestaba su aparente seguridad en sí mismo. Era consciente de que, por algún motivo, había perdido terreno desde la visita de la señora Rossi al despacho.

—¿No estás contenta? —preguntó él. Freda fingió no oírle.

—Estás muy guapa —le dijo Rossi a Brenda, contemplando la capa morada y entreviendo brevemente sus negros tobillos sobre el verde brillante de los zapatos.

—Puff —exclamó Freda y se alejó contoneándose.

—¿La gran directora se ha levantado con el pie izquierdo? —Tuvo la imprudencia de preguntar Rossi. Él mismo se sentía tan contento que no podía creer que Freda

estuviera enfadada.

—Por favor, Freda —le rogó Brenda que la había seguido—. Repórtate por favor. Freda la rechazó y regresó junto a Vittorio.

—Oye —le gritó—. Espero que no creerás que yo soy la culpable de que no haya llegado esa maldita camioneta.

Él levantó la mirada ante su estallido y los hombres alineados junto a la pared desplazaron un poco los pies y dirigieron educadamente la mirada al cielo. Qué vibrante era ella, siempre discutiendo y gesticulando, agitando su barra de pan en el aire como una bandera de batalla.

—Debería hacerse mirar —dijo Patrick observándola con desagrado y admiración a la vez.

El sonido de la voz de Freda quedó ahogado bruscamente por un gran alarido de rabia procedente de la esquina, por la cual compareció el desaparecido Amelio, a pie, blandiendo los puños y presa de una enorme irritación. Los hombres rompieron filas y se abalanzaron a su encuentro. Se alzó un murmullo de voces inquisidoras. ¿Qué había fallado? ¿Dónde estaba la camioneta?

Amelio se había levantado de su cama caliente a las seis para trasladarse en coche desde su casa de los suburbios hasta Hope Street. Había aparcado su cochecito negro delante de la fábrica y se había ido andando hasta el garaje, en las cercanías de Edgware Road, para recoger la camioneta. Allí le habían dicho que no tenían comprometido ningún vehículo de esas características para la fecha. Había insistido. Había suplicado. Había mencionado el nombre del señor Paganotti. Pero no había camioneta.

—No hay camioneta —exclamó Rossi volviéndose hacia Freda.

—No hay camioneta —repitió ella.

—No, no, no —gimoteó Amelio y se abrió paso entre el círculo de trabajadores y forcejeó con la puerta de su cochecito negro. Rossi intentó razonar con él. Rodeó los hombros de Amelio con el brazo. Le estrechó como a un hermano. Le sacudió hasta que sus propias mejillas regordetas temblaron de pasión y súplica.

—¿Qué pasa? —preguntó Brenda, agarrándose a María, que tenía la cara enrojecida de emoción.

—Amelio tiene un coche. Salvatore y Rossi tienen coche. Nadie más. Quiere que Amelio nos lleve al pícnic en el coche.

—Oh Dios —gruñó Freda desmigajando el pan francés en la alcantarilla.

Pasado un rato Amelio se zafó de Rossi y se sentó al volante. Agitó las manos detrás de la ventanilla en un gesto de rechazo. Rossi retrocedió hasta la acera y todos contemplaron el coche negro, que giró en redondo hasta situarse en el centro de la calzada y se dirigió hacia la esquina. Allí se detuvo y luego se adentró con cautela por High Street y se perdió de vista.

—Pobre tipo —dijo Patrick.

Los hombres permanecieron inmóviles unos instantes sin saber qué hacer. Un

cartel rasgado, con un anuncio de un acontecimiento largo tiempo concluido, se elevó en un torbellino y se alejó dando tumbos por la calle en pos del desaparecido Amelio.

—¿Por qué no podemos usar una de las camionetas de la empresa? —preguntó Freda.

—No podemos ir de excursión en uno de los vehículos comerciales del señor Paganotti —la censuró Rossi.

Freda se sentía desprestigiada. Permaneció inmóvil y temblorosa, las puntas de su pañuelo y sus cabellos rubio ceniza entremezclados bajo el viento.

—Dame eso —le susurró a Brenda, que terriblemente trastornada ya había empezado a hurgarse entre los dientes con un fósforo.

Tras un intervalo de indecisión, Rossi que veía amenazada su excursión, empezó a dar voces de mando. Ordenó a Salvatore que se sentara al volante del Mini rojo. Levantó la mano derecha e indicó con los dedos que había sitio para tres. Los hombres se miraron y agarraron sus maletines con más fuerza. Rossi empujó a Brenda hacia el asiento delantero de su Ford Cortina.

—Sube, sube, sube —la apremió; y Brenda se encontró instalada en el interior del coche y se encontró a Vittorio en el asiento trasero, donde había montado antes para protegerse del frío. No se hablaron. Brenda contemplaba a Freda con la barra de pan mutilada apretada contra el corazón a través de la ventanilla. Rossi, que corría frenéticamente de un lado a otro actuando como si la calle estuviera en llamas y debiera ser evacuada en el acto, condujo a Freda hacia el coche. Le abrió la portezuela posterior y ella agachó la cabeza. Cuando se disponía a entrar, Vittorio abandonó su asiento y saltó a la calle.

—Maldita sea —exclamó Freda, pálida y totalmente desmoralizada, mientras se las arreglaba para acomodar su persona y el carrito de la compra en el estrecho espacio interior. El coche se hundió sobre su eje.

«Quisiera morirme», pensó Brenda, y luego: «Quisiera estar muerta».

En la calle había un gran griterío. Un muchachito, ensimismado en su reparto de periódicos, se detuvo a observarles desde el otro lado de la calle. Una cara se acercó a la ventanilla del Ford Cortina. Brenda bajó el cristal y Anselmo, con un sombrero de ala flexible, bajó su cara triste hasta situarla al mismo nivel que la suya y procedió a besarla, primero en una mejilla, luego en la otra. Se alejó y su lugar fue ocupado por Stefano, quien se contentó con estrecharle la mano.

—Coja mi sitio —le instó Brenda contemplando su mano abandonada como un frío trocito de tela dentro de la suya—. De verdad que no me importa en absoluto.

—Ah, no —dijo él—, usted es joven. —Y retrocedió agarrando con fuerza su bolsa de la compra llena de pan y salame, con lágrimas en los ojos.

Vittorio estaba discutiendo con Rossi y Aldo Gamberini, el encargado del galpón de carga y descarga. Ellos le cogieron por el brazo, uno por cada lado, e intentaron apartarlo de la acera. Se resistió enérgicamente. Rossi gesticulaba y hacía muecas señalando el coche aparcado. Le palmeó juguetonamente la mejilla como diciéndole:

«No seas ridículo, muchacho», y Vittorio, cediendo al fin y seguido por Aldo Gamberini, montó malhumorado en el Ford Cortina. El vehículo se balanceó mientras él y Freda intentaban acomodar sus piernas entre las ruedas del carrito de la compra.

Afuera se desarrollaba una orgía de apretones de manos y despedidas. Los hombres se aglomeraban en torno al capó del Mini rojo como cansadas moscas negras. Brenda divisó a María que se retiraba contoneándose calle arriba, el dobladillo del traje de seda revoloteando contra sus pantorrillas. Apretó los dientes llena de sufrimiento y miró fijamente la estampa de la Virgen adherida al tablero de mandos del coche.

Por fin Rossi se instaló en el asiento del conductor.

—Todo en orden —les aseguró una y otra vez, aferrándose con fuerza al volante forrado de piel negra.

Al mirar en el espejo para cerciorarse de que tenía libre el acceso a la calzada, observó que los barriles de vino estaban siendo transportados hasta el Mini rojo. Bajó de un salto, agitando los brazos en gesto de censura, y los barriles, los cuatro, fueron trasladados al portaequipajes del Ford Cortina.

—Ahora, en marcha —anunció a los callados pasajeros y accionó el motor de arranque.

La pequeña cara encogida de Patrick apareció en la ventanilla trasera. Aplastó su nariz de pugilista contra el cristal y pidió ser admitido gesticulando frenético. En el exterior, las despedidas de los trabajadores al dispersarse se elevaban en un continuo murmullo como el mar.

—Vete —le ordenó Freda en voz baja.

Él tironeó de la manija de la puerta, la cara salpicada de pecas distorsionada de angustia bajo la visera de su gorra de tela. La puerta se abrió de par en par y él intentó hacerse sitio. Freda le golpeó repetidamente la cara con la barra de pan y lo hizo caer de espaldas sobre la acera en medio de una lluvia de migajas de pan. Brenda se encogió, todo lo que pudo en su asiento. No tuvo valor de saludarles con la mano. Posó la mirada en la llave de arranque plateada, suspendida de la cerradura, y en la humilde sonrisa de la Virgen que contemplaba su reluciente y sonrosado niño.

El motor entró en acción con un rugido. El coche se apartó bruscamente del bordillo y empezó a ganar velocidad, dejando atrás a los hombres que se dirigían de dos en dos y de tres en tres hasta la estación del metro camino de regreso a casa, los hombros caídos bajo sus mejores trajes negros, vestidos para una ocasión especial.

Rossi conducía como si temiera que le dieran alcance y le mandaran a casa en cualquier momento. Encorvaba los hombros bajo su jersey informal y pisaba con fuerza el acelerador. Avanzó como si se dirigiera al Parque y de pronto giró a la izquierda por Monmouth Street, cruzando a gran velocidad las ventanas enrejadas del acuartelamiento militar y las hileras de casas aún dormidas.

—Bueno —dijo como si hablara consigo mismo—, sólo ha sido un pequeño contratiempo.

Había poca gente levantada a esa hora: un viejo que se apoyaba en un bastón, una muchacha vestida con un caftán, un caballero oriental que llevaba botas plateadas con altos tacones. Rossi desvió brevemente la atención de la calle para observar a la muchacha y tuvo que frenar bruscamente cuando las luces cambiaron de verde a rojo. Freda salió proyectada hacia delante en su asiento y se incrustó contra la barra del carrito de la compra. No dijo nada, pero se la oía suspirar tomando aliento.

—¿Estás bien? —preguntó Brenda volviéndose hacia atrás; pero Freda, voluminosa en su abrigo de piel de cordero, había cerrado los ojos.

A lo lejos, por la ventanilla trasera apareció el Mini rojo rebosante de pasajeros. Brenda dijo:

—Deben haber quedado tan decepcionados... los demás... al tener que volver otra vez a casa.

La atormentaba la imagen de María en su vestido de seda, la comida preparada abandonada en los maletines negros, las grandes esperanzas del alba y la desilusión de la mañana.

—Están acostumbrados a los desengaños —le dijo filosóficamente Rossi—. Ya han vivido su vida.

Miró en el espejo retrovisor y examinó a Vittorio y Freda apretados uno contra otro. Le habló en italiano a Vittorio, pero no recibió respuesta. Tras una pausa, Aldo Gamberini le dijo algo a Rossi, quien respondió ampliamente con mucho golpear de manos sobre el volante. Brenda se alegró de llevar la capa; cada vez que cambiaba la marcha, Rossi le rozaba el muslo con el dedo meñique enroscado como un caracol.

Se quedó sorprendida al reconocer la esquina de Marble Arch frente a ellos. Tal como se desarrollaba su existencia, entre el cuarto amueblado del primer piso y la fábrica de botellas situada al final de la calle, casi imaginaba que seguía viviendo en algún lugar próximo a Ramsbottom. «¿Qué estoy haciendo en un coche cargado de extranjeros y barriles de vino?», pensó. A pesar suyo empezó a estremecerse de inminentes carcajadas; sonidos contenidos se le escapaban en breves chillidos estrangulados. Freda le hundió el dedo medio en el cuello.

—¿Qué te pasa ahora?

—Sólo pensaba en mis cosas.

—No hay motivo para reír. —Pero se rió de todos modos, con un gran aullido que envolvió el coche e hizo creer a Rossi que todo marchaba a la perfección.

—¿Lo estamos pasando bien, verdad? ¿Todo arreglado ya?

—Oh sí, lo estamos pasando muy bien, ya lo creo. —Y Freda se abandonó nuevamente a un estallido de burlonas carcajadas que inquietó a Brenda.

—Me pregunto cuántos habrán podido meterse en el Mini —dijo rápidamente para distraerla y Freda se revolvió en su asiento y miró por la ventanilla trasera.

—No lo veo —anunció.

—Rossi —gritó Brenda—, el coche no nos sigue.

—No tiene importancia. Sólo se han entretenido un poco. Ya nos alcanzarán.

—Esos pobres tipos —exclamó Freda—, volviéndose otra vez a casa.

—Mi familia —dijo Vittorio rompiendo su silencio mientras contemplaba lánguidamente las grandes mansiones blancas de Park Lane y la fachada acristalada del Hotel Hilton— hace una excursión a la costa todos los domingos.

—Oh sí —le cortó despectivamente Freda—, todos hemos oído hablar de vuestras excursiones. Supongo que las criadas se adelantan con los embutidos de ajo.

Él sonrió tolerante y extendió el brazo sobre el respaldo del asiento para tocarle un mechón de su pelo.

—No me toques —le advirtió ella y agitó la cabeza en un gesto de fingido desagrado, aunque se sentía conmovida. Se sacudió el abrigo con los dedos, acicalándose, y esparció una lluvia de migas de pan sobre el suelo.

—Tú y Patrick —dijo Brenda— con ese pan...

—Se lo ha merecido. Maldito necio.

Las tiendas relucientes, cerradas ese día, desfilaban velozmente por la ventanilla. La cúpula azul de una iglesia católica, coronada con una cruz dorada, se recostaba contra el blanco cielo repleto de nubes. Una fila de mujeres bien vestidas, con abrigos de piel y mantillas, se cogieron del brazo y descendieron las escaleras en grupo con gran alarde.

—¿Dónde demonios estamos? —preguntó Freda, ultrajada por sus rojos labios y las delgadas piernas que se levantaban muy alto en el aire—. ¿A dónde vamos?

Rossi se encogió de hombros.

—Es una pequeña sorpresa.

Tampoco él tenía idea de adónde se dirigía, evaporado junto con la camioneta alquilada el plan original de visitar una Mansión Señorial. Simplemente conducía el coche lejos de la ciudad dejándose guiar por su instinto. Sólo sabía que el señor Paganotti vivía en algún lugar próximo a Windsor, junto al río y en el campo.

—No me gusta que me sorprendan —dijo Freda—. Mataré a ese Amelio cuando lo vea.

—Amelio es un buen hombre —lo defendió Rossi—, buen trabajador y buen padre...

—El maldito idiota se equivocó de garaje. Es evidente...

Vittorio y Aldo intentaron explicárselo.

—No ha sido culpa de Amelio...

—Él me ha dicho que ha ido al garaje que usted le dijo...

—A lo mejor te equivocaste de fecha —sugirió Vittorio.

—Has estado un poco alterada últimamente —dijo Brenda y hubiera querido morderse la lengua.

—Me pones enferma, en serio. —Freda la golpeó varias veces entre las paletillas—. Siempre eres tan condenadamente razonable. ¿Estoy un poco alterada, eh? ¿Y qué

me dices de tu suegra? ¿No crees que eso es suficiente para alterar a cualquiera?

—Me refería a tu madre —lloriqueó Brenda, intentando desplazarse hacia delante en el asiento para ponerse fuera de su alcance—. El funeral...

Se llevó las manos a la boca y la risa se derramó entre sus dedos extendidos.

—No le reprocho a tu suegra que quisiera liquidarte. Nunca dices ni una palabra fuera de lugar. —Levantó la voz imitando a Brenda—. Me encerró en el establo pero no quise decirle nada. ¡Vi que se disponía a matar los gatitos pero no quise entrometerme! —Le dio un golpecito en la cabeza—. Te habría hecho un favor, si he de serte sincera. Tú no estás bien.

—Vamos, vamos —dijo Vittorio sujetándola por las muñecas en un intento de apaciguarla.

Ambos forcejearon en el asiento trasero, Freda con su pañuelo lila aplastado bajo una oreja y Vittorio con su tabardo salpicado de migas de pan. Brenda compadeció a Aldo, que tenía la cara ruborizada de malestar y desconcierto. Le hizo un guiño para indicarle que no estaba molesta, que sólo había sido una broma.

—Bueno —dijo Rossi—, pondremos un poco de música.

Hizo girar el botón de la radio del coche y en el acto Tom Jones empezó a cantar un tema sobre la Guerra Civil. «Recuerdooo... una casitaaa...». Brenda volvió a ver la granja y desapareció toda su histeria. Recordó a la señora Haddon, agachada detrás del seto frente a la ventana de la cocina, con una camada de gatitos en el delantal, camino del arroyo para ahogarlos. La gata salió corriendo de debajo del tonel del agua de lluvia, la cola arqueada sobre el lomo, indignada por tener que pisar la hierba mojada, sacudiéndose melindrosamente las zarpas y maullando desesperada. Al agacharse al pie de la tapia, a la señora Haddon se le cayó un gatito al suelo, un negro bulto ratonil, y la gata dio un brinco y lo atrapó entre sus fauces y se alejó velozmente campo a través.

—Es tan condenadamente responsable —le oyó decir a Freda—. Es imposible sonsacarle la verdad.

—Rossi —preguntó Brenda—, ¿cómo va a alcanzarnos el Mini si usted mismo no sabe a dónde vamos?

El Mini rojo les encontró por fin milagrosamente en un garaje próximo al acceso a la autopista M4. Salvatore abandonó el volante y abordó a Rossi junto al surtidor de gasolina. Le señaló el portaequipajes del Cortina y la carretera a sus espaldas y agitó mucho los brazos. Brenda no pudo distinguir quienes eran sus pasajeros. Los cristales estaban empañados. Sólo consiguió vislumbrar una mano, aplastada contra el cristal, y el ala de un sombrero. Deseó que María pudiera estar con ellos; todos esos hombres y sólo dos mujeres camino del vasto campo abierto. Freda, exhausta tras su estallido, dormitaba con la cabeza recostada en el hombro de Vittorio. Brenda estaba sorprendida. No comprendía por qué él no le había dado un tortazo y la había lanzado

fuera del coche. Freda le había llamado maldito latino; había insinuado que su madre no se había casado jamás. Conmovido pero civilizado, él le apartó los mechones del desordenado cabello adheridos a sus labios húmedos y le acarició las inflamadas mejillas. A lo mejor le gustaba, pensó Brenda. Quizás si ella hubiera vilipendiado más a Stanley, él se habría quedado en casa para escucharla.

Rossi le estaba diciendo a Salvatore que su punto de destino era Windsor. Aire fresco... un paseíto al aire libre... un partidito de fútbol. Le dio una palmada en la espalda y examinó su rostro con ternura en busca de alguna señal de perdón. Salvatore dejó caer la cabeza y hundió la punta del pie en la gravilla.

Una vaca solitaria mordisqueaba la hierba al otro lado del seto pardusco que flanqueaba la carretera. Salvatore lucía un gran sombrero de fieltro sobre la menuda cabeza. El ala se proyectaba por encima de las hombreras de su abrigo, subrayando la elegancia de su ajustada cintura. Se le dibujaba el bulto de la mano en el bolsillo.

Le está haciendo una oferta que el otro no puede rechazar, pensó Brenda.

Cuando volvió al coche, Rossi dijo:

—Están molestos porque tienen que pagar la gasolina. Dicen que no les corresponde hacerlo.

—Bueno, ya pagaron cincuenta peniques por cabeza para financiar el alquiler de la camioneta —razonó Brenda y rogó que Freda no la hubiera oído. Contuvo el aliento mientras el coche se incorporaba al débil flujo de tráfico.

Les llevó un tiempo localizar la carretera del Parque de Windsor. Cuando abandonaron la M4, se divisaba el castillo *beige* y gris, rodeado de un lago de césped verde pálido, junto al cual quedaban empequeñecidas las blancas casas de la ciudad.

—Tenemos que estar cerca —dijo alentadoramente Brenda cuando cruzaron un puente con un cisne negro flotando en el agua. El Mini rojo había desaparecido nuevamente de la carretera. Llegaron a una plazuela cuyo centro estaba cubierto de dalias y describieron varias vueltas intentando descifrar hacia dónde apuntaba la señal indicadora.

—Hacia allí... —dijo Vittorio.

—No —le contradijo Freda. Y circundaron una vez más la pequeña isla de flores hasta que Rossi tomó una decisión por su cuenta y continuó en línea recta. No encontraron una verja con puertas ornamentales como él esperaba. Se terminaron las casas revocadas de rosa y la carretera gris empezó a surcar un verde paisaje salpicado de robles. Rossi aminoró la marcha casi en el acto y se acercó al borde del prado. Se precipitó hacia el aire fresco y dejó la portezuela oscilando sobre sus goznes.

—Hace frío —se quejó Freda mientras Brenda bajaba del coche muy envarada para reunirse con Rossi sobre la hierba cuajada de dientes de león.

—Es el lugar perfecto para dar un paseíto —exclamó él, señalando ansiosamente los bosques en lontananza y la lisa copa inclinada de un roble abatido a algunos metros del capó del coche.

—Dios mío —dijo Freda—. No es partidario de alejarse demasiado de la carretera

principal, ¿verdad?

Depositó el cochecito de la compra al borde del prado y se envolvió el cuerpo con los brazos cubiertos de piel de cordero para calentarse, manteniéndose desdeñosamente a la vera del coche. No era como ella había imaginado. No había frondosos valles ni ondulantes colinas cubiertas de aulagas amarillas. El terreno se extendía llano y monótono hasta el borde del horizonte. A la derecha se alzaba un grupo de matas de rododendro, un roble ennegrecido manchado de nidos de cuervo y una valla de madera que cerraba un bosque de hayas y sicómoros. Un avión, la proa en forma de bala, volaba bajo sobre sus cabezas. Cruzó en cámara lenta un claro entre las nubes, las alas guarnecidas de encarnado. En el distante confín se divisaba la bruma azulada de una plantación de abetos, desdibujada contra el blanco cielo revuelto por la borrasca. Mientras tanto, los camiones, los coches particulares, las cisternas de petróleo, zumbaban continuamente por la carretera, sacudiendo el Cortina aparcado en la hierba e inundando el aire de ruido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Freda—. Ahora que ya nos tiene aquí.

Aldo Gamberini, el sombrero arrancado de su cabeza por una ráfaga de viento, correteaba a través del Parque en su persecución. El negro sombrero de ala ancha rodó hasta el pie de un roble y se aplastó contra el tronco.

—¿Les ha dicho que veníamos al Parque a los demás? —le preguntó ansiosa Brenda—. Debe haber un montón de entradas.

—He dicho aquí, o quizás he dicho Windsor —respondió Rossi y sacó del coche una gran pelota blanca y la hizo botar sobre el terreno húmedo.

Vittorio la atrapó con la punta de la bota y la lanzó muy alto en el aire de un puntapié. Con las manos hundidas en los bolsillos, corrió tras el balón que planeaba rumbo al grupo de arbustos.

—Espera, espera —gritó Rossi, la boca temblando de irritación, mientras intentaba dar alcance al alto hombre joven que había empezado a driblar acaparadoramente con la pelota, alejándose de él.

Trotando en pos de Vittorio, echando pestes, se esforzó en vano por recuperar la pelota. Ambos hombres describieron un amplio círculo corriendo tras la pelota fangosa que botaba y rodaba sobre la brillante hierba barrida por el viento.

—Alto —exclamó Freda al cabo de diez minutos de esta actividad—. Yo quiero ver el castillo.

Había estado hurgando en el envoltorio plateado de los pollos, hincando las uñas en la carne y chupándose los dedos después. Eran las once menos cuarto y no tenía sentido empezar a comer. Con ello sólo conseguía despertar más el apetito.

—¿Quieres irte? —preguntó Rossi. Paró de correr y la miró fijamente, sorprendido, sus mejillas sonrosadas tras el ejercicio con la pelota, sus zapatos de ante manchados de barro. Abrió expresivamente las manos—. Acabamos de llegar.

—Mi querido buen hombre —le informó Freda—, el castillo está saturado de Historia.

Quería que Vittorio supiera cuán instruida era, para compensar la escena del coche. Y también sentía necesidad de estar cerca de un puesto de cigarrillos, por si conseguía reunir el valor necesario para pedirle prestado algún dinero.

—Además —añadió señalando a Brenda que examinaba obsesivamente el flujo del tráfico al otro lado de la carretera—. La señora no estará tranquila hasta que localicemos a los demás.

—Tenemos mucho tiempo —protestó Rossi—. Si no llegan dentro de un ratito, nos iremos.

Freda contuvo su malhumor con dificultad. Les hizo notar que, para empezar, su intención no era dirigirse a ese lugar. Su plan era ir a Hertfordshire. Sin embargo, ya que estaban allí, pensaba ver el castillo.

Rossi alegó con un cierto brío que él no era responsable de que los planes hubieran salido mal.

—Corremos nuestros riesgos —dijo en tono misterioso.

Vittorio decidió ponerse de parte de Freda. Se dirigió al coche y le lanzó la pelota de fútbol a Rossi.

—Vámonos —dijo.

Qué americano es, pensó Freda, con sus vistosos bigotes y sus botas estilo béisbol. Los cordones rojos se arrastraban como cintas sobre la hierba.

Freda se introdujo en el asiento trasero y dejó que Vittorio manipulara el carrito hasta conseguir meterlo por la puerta.

—¿Nos vamos? —preguntó Aldo Gamberini, el sombrero firmemente asegurado sobre la cabeza por medio de una bufanda a rayas atada bajo la barbilla—. ¿Tan pronto?

Rossi apretaba la pelota de fútbol contra su pecho. Le temblaba la boca.

—Quiero jugar —protestó enfurruñado.

—Brenda —gritó Freda—. Date prisa.

Se instalaron en el coche.

—Hay cervatillos —murmuró acongojado Rossi—. Creo que te gustan los cervatillos.

—Luego —le aseguró Brenda—. De verdad, Rossi, en serio que quiero ver los cervatillos.

Salieron del Parque y retrocedieron por la carretera hasta la plazoleta florida.

El castillo le pareció magnífico a Freda. Descollaba sobre la calle principal, sus paredes *beige* curvadas hacia fuera, el verde césped tachonado de reflectores. Le hizo recordar una obra sobre una familia española de noble cuna en la que había actuado años atrás. Le hubiera gustado mencionarla, pero sólo había intervenido como suplente en un papel bastante secundario.

—¿No es magnífico? —suspiró—. Es tan antiguo.

No podía esperar el momento de bajar del coche y visitar los calabozos. Ya que no podía pasear por los jardines perfumados con Vittorio, quizás el lugar donde

Enrique VIII había bailado con Ana Bolena le proporcionaría un marco igualmente lírico para el inicio de su romance. Tenía que haber rincones oscuros y rejas de hierro, escaleras gastadas que conducirían a estrechas torres de piedra desde las que se divisaría el campo. Allí, sobre el valle del Támesis y la curva azul de las colinas de Chiltern, contemplando los pequeños campos de cultivo divididos en rectángulos y la cinta de los setos a sus pies, él captaría en perspectiva la insignificancia del mundo y la grandeza de su mutuo amor. En consecuencia, Freda se apresuró a bajar del Cortina y sólo se entretuvo brevemente frente a la puerta de un quiosco con aromas de tabaco. Brenda insistió en dejar una nota por si los ocupantes del Mini encontraban el coche desocupado y los buscaban.

—Después de todo —dijo— nosotros tenemos el vino. Seré incapaz de volverles a mirar a la cara si no nos encuentran.

—Nunca miras a nadie a la cara de todos modos —replicó Freda y tamborileó con los dedos sobre el capó del coche mientras Brenda dibujaba una flecha en el reverso de un sobre, apuntando hacia el castillo, y escribía: «Por aquí. Acabamos de irnos». Y firmó «Srta. Brenda».

—Estás loca —dijo Freda—. Tienes una letra espantosa.

De todos modos, Brenda se sintió más tranquila después de haber dejado algún tipo de indicación. Se situó en diversas posiciones respecto al parachoques del Cortina para asegurarse de que su flecha señalaba en la dirección correcta.

Freda emprendió la inclinada subida adoquinada hasta la puerta principal empujada por detrás por Aldo y Vittorio.

—¿Contenta, verdad? —dijo Rossi, e intentó rodear la cintura de Brenda con el brazo. En ese momento Aldo decidió volverse para comprobar si les seguían y Rossi se apartó de un salto, ansioso de no demostrar demasiada intimidad.

—Es mi primo.

—Es un hombre simpático —dijo Brenda.

—Es muy observador.

—¿Sufre dolor de oído? —preguntó ella contemplando a Aldo con la bufanda atada a la cabeza.

—Es una lástima que haya cabido en mi coche —dijo Rossi, jadeante por la subida. Después se animó y le dio un codazo en las costillas—. Más tarde —prometió con un guiño alentador y ella hizo lo posible por manifestar entusiasmo. Si su felicidad dependía de ella, ¿quién era *ella* para ofenderlo? Él quería su Excursión, su día de evasión. Si el Mini desaparecido les daba alcance y regurgitaba su contingente de compatriotas, entonces ella no sería responsable si él veía frustrados sus propósitos. «No es culpa mía», pensó Brenda. «Nadie puede esperar que me sienta responsable».

—Ya te lo he dicho otras veces —le recordó Freda, volviéndose a mirarla—. No debes hablar sola. Pareces boba.

Sobre sus cabezas, esculpida en el dintel de la puerta, entrelazada con las armas

de Enrique VIII, florecía la rosa de los Tudor grabada en piedra.

—Oh —exclamó Freda—, ojalá tuviéramos una cámara.

Se adelantó bailoteando en sus pantalones morados y contempló cautivada el soldado de juguete en su casaca roja y rizado casco de piel, inmóvil frente al puesto de guardia.

Al mediodía, Salvatore avistó el Cortina con el sobre adherido al parabrisas. Celebraron un conciliábulo para determinar el significado de la flecha. A Salvatore y sus tres pasajeros les pareció raro que Rossi y las mujeres inglesas hubieran entrado en la fortaleza, pero el quinto ocupante del Mini, que no era italiano, dijo que lo comprendía. Pidió prestado un lápiz al guardia de tráfico y escribió en inglés: «Nosotros también hemos ido hacia allí» y firmó «Patrick».

Los cuatro trabajadores le siguieron colina arriba, murmurando, y se detuvieron desconcertados en la plaza de armas. En el fondo del patio había una caseta y una estrecha cola de visitantes comprando entradas. Una bandera amarilla se adhería al cielo, tensa y rígida como un tablero en lo alto de un mástil, sobre las Dependencias del Estado. Los hombres sobriamente vestidos recorrieron bóvedas y bajaron escaleras en busca de los remanentes perdidos de su grupo. El viento se alzó enfurecido y los empujó, aleteando las chaquetas, a lo largo de una terraza de piedra suspendida sobre un jardín. Cansados bajaron otra vez a la plaza de armas y, acicateados por Patrick, se incorporaron a la cola formada delante de la caseta y cada uno pagó quince peniques al empleado. Antes de cruzar la puerta de la Capilla se quitaron los sombreros y fueron desfilando junto a la pila de alabastro arrastrando los pies. Contemplaron admirados los sitiales tallados del coro y el techo abovedado, ornado de banderas con extraños animales y símbolos bordados, cargadas de borlas de oro. No había cirios encendidos, ni crucifijo, ni santos sangrantes y cubiertos de joyas en los nichos sombríos de los muros.

Agachando la cabeza, observaron furtivamente los pies de Patrick sobre el suelo embaldosado.

Freda había preguntado y le habían dicho que todas las mazmorras estaban clausuradas.

—¿Clausuradas? —repitió ofendida—. ¿Por qué?

Rossi se la llevó aparte, coincidiendo con ella en que era absurdo.

—Estas cosas —dijo—, ¿cómo se entiende esto? ¿Qué sentido tiene?

Y abrió las manos y la miró con una intensidad de sentimientos que la dejó muy impresionada.

Rossi temía que se enfrentara físicamente con el guardián del castillo y provocara su expulsión. En algún lugar, pasada la parte central de la ciudad, se encontraba la

mansión familiar del señor Paganotti, en medio de jardines olorosos de hojas caídas y rosas marchitas. Rossi se asomaba a cada parapeto y escudriñaba el paisaje en busca de alguna señal de la existencia del señor Paganotti. Una vez le habían prometido que le invitarían a la mansión —había acudido al trabajo en su mejor traje—, pero algo ocurrió y la visita quedó aplazada. Había esperado la llegada del señor Paganotti en la antesala del despacho, hasta que apareció la secretaria, encogiéndose los brazos bajo su abrigo a la moda, y le dijo que el señor Paganotti ya se había marchado. No se permitió pensar que el señor Paganotti lo había olvidado; no era posible. Simplemente tenía tantas responsabilidades, tantas preocupaciones; había tenido que salir sin darle tiempo a explicarse. Rossi había ensayado cuál sería su reacción cuando el señor Paganotti le buscara para disculparse el día siguiente. Levantaría la mano como un puente levadizo y le diría que no tenía que darle ninguna explicación. Entre hombres de negocios, eran innecesarias las excusas. Aguardó largo rato junto a su mesa de trabajo, la mano apoyada contra el pecho, pero el señor Paganotti no le dijo nada, ni siquiera el viernes cuando fue a cobrar su salario.

Freda estaba irritada al ver que Vittorio rectificaba cada porción de información sobre la historia del castillo que ella le ofrecía. Lo comprendía, pero le detestaba por hacerlo. Él tenía el mismo temperamento que ella, era consciente de su mortalidad y estaba decidido a decir la última palabra. Freda enmudeció y se quedó auténticamente decepcionada cuando resultó que las Dependencias del Estado estaban cerradas.

—Es evidente —dijo Brenda—. Cuando ondea la bandera, es que ella está aquí.

Un grupo de americanos, los sombreros en forma de pastel de cerdo hundidos sobre sus rapadas cabezas, extrajeron cámaras idénticas de sus estuches de cuero y las enfocaron como un solo hombre sobre la estatua del Rey Carlos a caballo.

—Está en Londres —dijo Freda.

—No, aquí —replicó firmemente Vittorio, avanzando a grandes pasos frente a ella como un monje de épocas pasadas, con la capucha de su tabardo cubriéndole la cabeza.

—Si no estuviera aquí —insistió Brenda—, podríamos ver sus habitaciones y sus cosas. Por eso está cerrado.

—Cállate —le espetó Freda. No le parecía que tuviera ninguna importancia que la Reina estuviera allí o no. En realidad nadie veía sus habitaciones. Era obvio que las Dependencias del Estado estaban separadas. No era como si fueran a sorprenderla ocupada en quitar el polvo.

La Galería también estaba cerrada y la Casa de Muñecas.

—Todo está condenadamente cerrado —pensó Freda—. Más me valdría desistir.

La antigüedad del ambiente empezaba a ejercer un efecto deprimente sobre ella. ¿Qué importaba que Enrique VIII se hubiera enamorado tantas veces y hubiera gozado y comido enormes banquetes? Ahora estaba muerto y podrido. También la molestaba haber tenido que dejar que Vittorio pagara los quince peniques de su entrada a la Capilla. Era degradante y le haría más difícil pedirle que le pagara los

pitillos. Freda contempló tristemente las gárgolas esculpidas sobre la puerta, el cisne y el ciervo y el dragón, y le siguió al interior.

Los turistas de mirada embobada, las barras anaranjadas de los fuegos eléctricos situados en rincones estratégicos, quitaban toda solemnidad al lugar. Sobre sus cabezas, rodeados de motas de polvo, ángeles de piedra extendían sus alas y juntaban piadosamente las manos.

—Quiero regresar a casa —dijo Freda, repitiendo lo que había dicho Brenda varias horas antes.

—Es estupendo, ¿no? —respondió Brenda, temerosa de que Rossi lo hubiera oído. Buscó la mano de Freda y se la cogió intentando consolarla.

—Esto es italiano, ¿verdad Rossi? —preguntó Freda. Le señaló una inscripción en la pared—. ¿Qué dice?

Él la examinó detenidamente.

—Ah, ya veo —dijo—, es latín.

Ave lumen oculorum  
Liberator languidorum  
Dentium angustia

—Salud ojos luminosos —dijo inesperadamente Brenda—. Liberador dormido... dentada angustia.

—¿Qué significa? —preguntó Freda.

—Se refiere a los que sufren dolor de muelas —explicó Vittorio; y Brenda lo consideró un presagio. Allí, lejos de la granja y del ausente Stanley, alguien se preocupaba de sus dientes. ¿Será verdad?, se preguntó mientras paseaba por la Capilla, la mano de Freda en la suya. Sólo de pensar en ello bajó un tramo de escaleras con una punzada de dolor en la base de la mandíbula. Se estremeció y miró fijamente la cálida piedra rosa que tenía delante. Habían llegado a los claustros, un paseo cubierto dedicado a la meditación sobre una superficie de césped extendida como un mantel. Estaban solos, los cinco, sus pasos resonando sobre las antiguas losas alisadas por el desgaste del tiempo.

—Esto es bonito —dijo Brenda.

—Suéltame —siseó Freda—. Por el amor de Dios, esfúmate.

Al ver el paseo desierto flanqueado de bancos de piedras sintió un deseo imperioso de que Rossi y Aldo y Brenda desaparecieran y la dejaran a solas con Vittorio.

Brenda no sabía qué hacer. Se adelantó tímidamente de puntillas por el claustro con la esperanza de que Rossi la siguiera.

—Precioso —murmuró en poco más que un susurro—. Qué antiguo es todo esto.

Se alejó a un paso ligeramente más rápido por el lado sur del claustro, aliviada al escuchar las pisadas a sus espaldas. Dobló a la izquierda, temerosa de volver junto a

Freda, y se encontró en el ala occidental de la Capilla. En lo alto del muro había un fresco de un rey con una barba blanca y ojos corroídos por la humedad. Se detuvo y Rossi se le unió, con rostro pretenciosamente solemne y la mirada levantada hacia la descolorida pintura.

—¿Dónde está Aldo? —susurró ella.

—En alguna parte.

Rossi hizo gesto de volver sobre sus pasos y ella le cogió por el brazo. Tenía que idear algo. Freda jamás la perdonaría si reaparecían. Después de todo ya le había estropeado su cita con Vittorio la noche que había recibido la visita de la señora Haddon con su pistola.

—Me siento mareada, Rossi —dijo. Y le arrastró por un pasillo oscuro jalonado de puertecitas de madera y, casi corriendo, salió con él al aire libre y al antepatio empedrado. Echó a andar hacia una puerta distante, tomándole del brazo, y se encontró en una terraza que se abría sobre un jardín más bajo.

—Estoy cansada —anunció Freda y se dejó caer sobre el oportuno banco de piedra. Vittorio extendió sus largas piernas y se aflojó la capucha del tabardo. Pequeños copos de caspa aterrizaron sobre sus hombros. Aldo Gamberini se detuvo inquieto bajo un arco, la mirada fija en el paño de billar del césped. Carraspeó. Deseó estar trabajando en su jardín o ayudándole a su hijo mayor a engrasar la motocicleta. Pasado un instante se alejó de mal grado hacia la Capilla.

—Nos perderemos todos —dijo Vittorio.

—Ah no —dijo ella— tú y yo no. —Y recostó la rubia cabeza sobre su hombro.

—Tú y yo —dijo él— somos pájaros de un mismo árbol. No me dejas hacer el papel de hombre.

Ahora que estaban a solas no le importaba hablar francamente con ella. Su inminente compromiso con la muchacha de Casalecchio di Reno era asunto suyo. A esa distancia, y con Rossi tan obviamente entregado a la persecución de la señorita Brenda, estaba dispuesto a desnudar gustoso su corazón ante la voluminosa muchacha inglesa que le trataba con tanta familiaridad.

—¿Que no te dejo qué?

—Siempre estás gritando. Dando órdenes.

—No es cierto.

—Nunca estás calmada.

—Oh, lo estoy —replicó Freda—. ¿No te sientes como un hombre? —Y posó deshonestamente su pálida mano sobre la pernera de su pantalón y le acarició el muslo—. Tú y yo —le advirtió— podríamos hacer algo. Te conozco.

—¿Qué sabes de mí?

Ella acercó más la cara a la suya, hasta que los pelos de su bigote le hicieron cosquillas en las comisuras de la boca.

—Mira —le confesó—, no soy lo que parezco. Ya sé que soy agresiva, pero no en todo. Me encuentro constantemente rodeada de imbéciles. Si me dieran la oportunidad, sabría seguir. Si encontrara una persona fuerte y capaz de tomar la iniciativa.

Le estaba mirando la boca, sus ojos velados por la dorada caída de sus pestañas.

—Ah, bueno... —dijo él y le temblaron los labios.

—Necesito una cosa seria. Algo en lo cual poder hincar los dientes.

Él se llevó protectoramente la mano al cuello del jersey rojo.

—No es broma. Lo digo en serio. Cuando quiero una cosa la busco. —Lo miró con descaro. Él estaba cautivado por sus ojos azules, la textura cremosa de sus mejillas, sus uñas pintadas que se movían suavemente sobre su pierna—. Haría cualquier cosa por ti.

—Mereces que te trate con sinceridad —dijo él—. Tengo otros compromisos.

Freda no escuchó las palabras finales de su frase. Le había oído decir que merecía su sinceridad y todo lo demás quedó ahogado y apagado bajo la oleada de felicidad que inundó su corazón y le cubrió la cara de color. Él la quería. Le ofrecía su sinceridad.

—Nunca te dejaré escapar —suspiró.

Se aferró a él y levantó los labios para que la besara. Un viejo salió de un recodo del muro y pasó por su lado. Vestido con una larga túnica negra recogida con un trozo de cuerda atado a la cintura, se alejó de Freda y contempló con curiosidad la puerta abierta.

—¿Ésta es su casa? —preguntó.

—No te preocupes —dijo ella. Y le acarició el cuello y entrelazó sus dedos con los zarcillos de su suave pelo color castaño.

Ahora le resultaba fácil estar calmada y contenta y mostrarse cariñosa. La angustiaba su dureza con Brenda; deseaba que todo fuera cariño y protección, como el cálido apretón del abrazo de Vittorio. Sintió una repentina necesidad de mostrarle el lugar donde había nacido, donde había ido a la escuela, una panorámica desde la cima de una colina, la superficie de un lago próximo a su casa, marrón arcilloso y con la fachada picada bajo la lluvia. Deseó que le dijera que también él había visto años atrás una película que sólo ella recordaba, que también él era capaz de escuchar con los ojos cerrados determinada melodía. Esas pocas y fragmentarias razones para creer que el amor existía y podía ser único, palpitaron vivas y dulces en sus pensamientos quizás durante treinta segundos, pero se desvanecieron cuando miró por encima de su hombro, más allá del pálido contorno de su oreja, y descubrió una hilera de hombres en trajes negros avanzando en fila india por el lado opuesto del claustro. Patrick, su gorra de paño y su agradable cara vistas de perfil, caminaba en la retaguardia. Freda apretó la cabeza de Vittorio, hundiéndola contra su pecho, y cerró los ojos. En ese momento, Patrick miró casualmente hacia el otro lado del rectángulo de suave césped y los descubrió. Echó a correr bajo los rosados arcos como un lebre y se encaró con

Freda.

—Tú —exclamó ella, adelantándosele—. ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

—¿Dónde está ella? —preguntó Patrick, las mejillas relucientes como manzanas por la indignación y el penetrante viento.

Vittorio se agachó a atarse el cordón del zapato. Íntimamente se sentía preocupado; intuía que algo no había quedado claro. Evocó brevemente el curvo perfil oscuro de la sobrina política de Rossi y se interrogó sobre el formidable instinto de Freda. ¿Era posible que le conociera mejor de lo que él mismo se conocía? ¿Creía que podría adueñarse de él por la fuerza?

—¿Qué le habéis hecho? —estaba preguntando Patrick.

Vittorio no comprendía exactamente cuál era el problema. El chófer irlandés constituía una incógnita para él. Nadie le había explicado qué estaba haciendo en el baño la noche que había ido a visitar a Freda. Quizás ella le había permitido tomarse libertades con su cuerpo rubensesco. El recuerdo de sus carnes ondulantes y de sus manitas cerradas tirándole del pelo le causó vértigo. Se alejó del banco con andar despreocupado y fingió examinar la hierba.

Freda, al ver que la había abandonado, se sintió inundada de odio hacia Patrick. Deseó que la barra de pan hubiera sido una botella rota. Se encararon siseantes y él la cogió por los hombros.

—Socorro —gritó y se volvió para pedirle ayuda a Vittorio, pero él ya no estaba.

—Cerdo —chilló—, maltratador de mujeres. —Y forcejeó con el irlandés, hundiéndole una rodilla en la entrepierna y aplastándolo contra la superficie de la pared.

Vittorio aguardó varios minutos en la Capilla central. Hubiera querido huir corriendo, pero Rossi había desaparecido y él le seguía en el escalafón de antigüedad. El señor Paganotti esperaba que supiera cumplir con su deber. Pasado un rato apareció Freda por la esquina, temblando de indignación.

—¿Qué clase de hombre eres? —bramó.

—Ssst —dijo él temeroso ante la presencia de los reverentes turistas y del sacerdote vestido de negro que subía a arrodillarse en actitud de oración.

—Me ha pegado —anunció ella—. ¿Dónde estabas? —Sus ojos fulguraron llenos de reproche.

—No quiero una escena.

Dio media vuelta y enfiló hacia la salida, consciente de ser un cobarde, pero aterrorizado por la voz sonora y la fuerza del brazo de Freda.

Salvatore y su grupo se alejaban veloces y cabizbajos colina abajo en dirección al coche. De no ser por el vino guardado en el portaequipajes del Cortina, tan generosamente ofrecido por el señor Paganotti, y el dinero que ya habían aportado

para la Excursión, quizás se hubieran vuelto a sus casas. Cabía la posibilidad de que el señor Paganotti les preguntara si se habían divertido, ¿y cómo iban a decepcionarle? No lograban entender qué le había ocurrido a Patrick. Les estaba acicateando a avanzar y luego, en un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido entre las sombras. Les había abandonado. Le llamaron quedamente por su nombre, pero ninguna voz respondió. Gino, un hombre ya mayor que una vez había ido a América a visitar a su hijo y nunca había olvidado la experiencia, dijo que era un síntoma de la época.

—Tienen tanta prisa.

Velocidad y violencia y falta de consideración. Meneó la cabeza canosa y levantó la mirada hacia la torre del Norte, como si esperara descubrir a Patrick escalando desconsideradamente las almenas.

Los hombres trotaron colina abajo y se acurrucaron en el interior del Mini para observar desde allí a las mujeres afuera en la calle.

—No, por favor —suplicaba Brenda, castañeteándole los dientes, de espaldas contra el muro.

A sus pies se extendía el jardín hundido, cubierto de matorrales en tardía floración, agitados por un espasmo de viento. Rossi, las manos hundidas bajo su capa, sus rizos negros desparramados sobre la frente de Brenda, no le hizo caso.

—Te estoy calentando —dijo y le pellizcó la piel entre los dedos y le restregó la punta de la nariz enrojecida. Ella le miraba tontamente y le sonreía mostrando los dientes. Rossi no comprendía por qué estaba tan amable con él, y tan reticente. Era una tortura para él. Respetaba a su esposa. No quería quebrantar la santidad de sus votos matrimoniales ni perder puntos en la estima del señor Paganotti, ¿pero qué debía pensar ante esa chica inglesa que le permitía tantas libertades? Ella le tomaría por un afeminado si no se aprovechaba. Tal vez la verdadera mujer, abierta a las insinuaciones, era en realidad la señora Freda, con su aparente desdén por los hombres.

A sus pies, los voluminosos rododendros se inclinaban bajo las nubes que avanzaban rápidamente impulsadas por el viento. Un frío rayo de sol, rosa salmón, se derramó sobre la piedra gris. Al otro lado del valle, las hayas con los troncos desnudos palidecieron hasta teñirse de plata.

—Mira —dijo Rossi— qué bonito es.

Brenda huyó de él, se aferró al muro y escaló lo más que le fue posible, su fino cabello colgando en torno a sus mejillas, y deseó encontrarse allí abajo entre las rollizas matas de tejo, caminando por los senderos cubiertos de hojas caídas y de rojas bayas de serbo. Pensó en el viajante de comercio que se había ofrecido a llevarla en su coche cuando se dirigía a Ramsbottom a comprar provisiones. En vano le dijo que estaba casada, que su marido era grande como un buey. Él la embaucó para que bajara del coche y se la llevó bajo el puente, rompiendo con su enorme pie los tallos de las dedaleras, y jadeó encima suyo. Brenda deseó que la señora Haddon

hubiera hecho debidamente su trabajo, que hubiera puesto fin a esa inútil tarea de sobrevivir hasta el final de cada día. Apretó los párpados, pero no brotó ni una lágrima. Rossi ahora estaba detrás suyo, revolviéndole el pelo con la cara.

—¿El señor Paganotti vive en una casa muy grande?

—Oh sí. Es un hombre de negocios muy importante.

—¿Qué clase de casa?

Pero él no se dejó distraer. Le clavó los dientes de hurón en el cuello y redobló sus esfuerzos.

Quizá Freda tenía razón. Era una víctima que buscaba su propia destrucción. Con un poco de suerte, Rossi la acorralaría de tal forma que se caería de la pared y quedaría estrellada en mil pedazos. Si consigo salir de ésta, prometió, juro que nunca volveré a ser amable, con nadie. Por favor Dios mío, envíame alguna persona.

En ese momento oyó una voz rasgada por el viento y vio a Aldo Gamberini que avanzaba por la terraza como un ángel negro, con sus brazos agitándose como alas y la tela de sus pantalones formando pliegues en torno a sus piernas saltarinas.

Rossi le habló acaloradamente. Apretó los puños y reprendió al obrero de la bodega. Aldo Gamberini agachó la cabeza y parecía al borde de las lágrimas.

—Déjalo —protestó Brenda—. Pobre hombre. —Y Rossi se alejó majestuoso sin atreverse a decir nada más y luego volvió bruscamente, la cara enfurruñada y la voz hiriente.

Severamente increpado, Aldo les siguió a través de un arco hasta la plaza de armas y se escurrió por el adoquinado, colina abajo. Una vez abajo intentó meterse en el Mini rojo, pero Rossi no se lo permitió. Abrumado de emoción, Aldo se dejó caer en el asiento trasero del Cortina y se quitó la bufanda de la cabeza. El sombrero, flácido sobre el cuello de su abrigo, le colgaba como las orejas de un perro apaleado.

No hubo ningún contacto entre ambos coches; ningún tocar de claxon ni gritos festivos. Salvatore vacilaba en enfrentarse con Rossi; tenía un aire tan atronador y fuera de sí.

Por fin, por la puerta de la cima de la colina, aparecieron primero Freda y luego Vittorio. Caminaban separados, envueltos en un velo de emoción, hasta que Freda se detuvo y le pidió algo. Él hurgó en su bolsillo y le dejó caer unas monedas en la mano. Luego subió al coche y Brenda, fiel a su promesa de media hora antes, sufrió una agonía al tener que guardar silencio. Vio entrar a Freda en el quiosco de cigarrillos y reaparecer luego apretando el cierre de su bolso.

## 6

Freda extendió en el suelo su mantel bordado, que en el acto aleteó y amenazó con alejarse volando hasta las ramas de un roble. Ella se arrodilló con los codos en el suelo, el trasero levantado al aire, y pidió a Brenda que la ayudara. Entre las dos sujetaron el mantel por las cuatro esquinas con el carrito de la compra, los pollos asados, la bolsa de manzanas y una oportuna piedra. Los hombres no se atrevieron a depositar sus provisiones sobre el mantel. Se aferraron a sus maletines y bolsas, y se sentaron cohibidos en la hierba. A hurtadillas —pues las horas de mutua persecución por el castillo les habían hecho entrar apetito— comenzaron a partir trocitos de pan y a mordisquear salame.

—Por el amor de Dios —imploró Freda—, poned toda la comida junta.

Era como una matrona, almidonada y encapsulada en su rígido abrigo de piel de cordero, ordenándoles que se tomaran su medicina. Ellos hicieron lo que les decían: amontonaron frente a ella las barras de pan y gruesos pedazos de salchichón y masticaron en silencio.

Algunos niños se acercaron corriendo sobre la hierba y se detuvieron a cierta distancia observando los barriles de vino apoyados en el roble derribado.

Freda le sirvió primero a Vittorio.

—Sírvelo la mejor parte del pollo —le invitó—. Vamos, sírvete la pechuga.

Brenda miró al suelo. Freda le ofreció una reducida porción de ala y un pedazo de pellejo. Con este tiempo, comería patatas fritas, pensó Brenda.

—Venid, venid —invitó Rossi sonriente a los niños indicándoles la comida.

Freda puso mala cara y los niños se dispersaron y huyeron hacia los coches aparcados.

A Brenda se le atragantó el bocado de pollo. Deseaba ansiosamente una taza de té caliente.

—Se está bien aquí —dijo y se zampó una rebanada de pan mientras escudriñaba la carretera en busca de alguna señal de Patrick. Freda dijo que se había ido a casa. No parecía posible; no se había despedido.

Freda recordó que allí cerca había un «safari-park». Dijo que sería bonito visitarlo luego, por la tarde.

—Es un parque de animales salvajes —dijo impaciente.

—Animales salvajes —repitió Rossi—. Se refiere a los cervatillos.

—No, no me refiero a ellos. Me refiero a los leoncillos y los tigrecillos... paseando en libertad, no enjaulados.

Los obreros miraron primero a Rossi y luego a Freda, paseando esperanzadamente la mirada de uno a otro en un esfuerzo por comprender.

—Pero es peligroso —dijo Rossi—. Todos tendremos que echar a correr.

—En el coche, bobo. Iremos en el coche y ellos estarán paseando afuera.

Una vez le pareció que no había peligro, a Rossi le gustó la idea. Se la tradujo

rápidamente a los hombres, que murmuraron y se miraron asombrados. Contemplaron la extensión de prado y el Mini aparcado, como midiendo la distancia que quizá tendrían que correr.

Gino, cuyo hijo se había ido a América, se negó a comer en comunidad. Había depositado su bolsa en un reclinatorio de la Capilla y había olvidado recogerla.

—Por el amor de Dios —le azuzó Freda—. Coma, no sea necio. —Y le puso un trozo de carne amarilla en la mano.

Él meneó la cabeza en un gesto de educada negativa y se volvió de cara al viento con la comida rechazada en la palma de la mano.

Vittorio comió copiosamente. Le gustó la ensalada de Freda y el aliño de la botella. Puso su rebanada de pan en un plato de papel y la impregnó de aceite. Ella observaba el jugo que le corría por la barbilla y sus dedos untuosos de grasa. Le repelía su desvergonzada vulgaridad, el gesto ordinario con que se secó las manos en la hierba.

Lentamente amainó el viento, se aclaró el cielo y brilló el sol. Una docena de coches aminoraron la marcha hasta detenerse y se alinearon al borde del prado. Los hombres se sentían reconfortados y reanimados. Llenaron de vino sus vasos de plástico y se echaron en el suelo. Demasiado educados para hablar en su lengua nativa delante de las muchachas inglesas, permanecieron monosilábicos.

—Ya estoy harta —declaró por fin Freda, después de comer hasta hartarse, y se levantó y echó a andar en dirección al bosque de abedules. Confiaba que Vittorio la seguiría. Se hallaba en un estado de *suspense* en cuanto a sus intenciones. Su declaración de sincero amor, su traición instantes más tarde, la habían confundido. Sin embargo, no estaba demasiado acongojada. La gradual transición de ese día de octubre desde el frío y la tormenta a un tiempo suave y balsámico la embargaba de optimismo.

Rossi quería organizar un juego, intentó explicarlo. Se dirigió en inglés a Brenda y en italiano a los hombres que le escucharon con deferencia.

—En el bosque... correremos un poco... uno contará y los demás nos esconderemos.

Los demás le miraron sin entusiasmo. Rossi señaló los bosques y a Freda que paseaba lentamente, muy digna, en tomo al perímetro del espacio vallado, y se tapó coquetamente los ojos con las manos.

—Nosotros nos esconderemos y vosotros nos buscaréis.

Se levantó de un salto e instó a Brenda a incorporarse.

—No —le rechazó ella—. Quiero descansar.

—Ah no, eso nunca. Hemos venido a corretear un poco, ¿no es así? —Y la hizo levantarse tirando de ella con bastante brusquedad.

—No —protestó ella—, no, luego —y se dejó caer otra vez entre los dientes de león.

Los hombres apartaron las caras. Ya estaban hartos de jugar al escondite. Sabían

muy bien quién sería descubierto y quién se esfumaría.

Rechazado, Rossi se dirigió lentamente a su coche y regresó con la pelota de fútbol manchada. La lanzó muy alto en el aire de un puntapié y los hombres se incorporaron pesadamente y se sacudieron las ropas y se pusieron a correr con los ojos dilatados y las piernas rígidas por la falta de ejercicio. Vittorio no siguió a Freda al otro lado del parque. Al contrario, se despojó del abrigo y se unió al juego, luminoso con su jersey rojo y pantalones de terciopelo negro. A diferencia de Rossi, que se precipitaba furiosamente por el campo de juego con las ropas flameando al viento, Vittorio corría elegantemente con los brazos extendidos, posando con precisión el talón de un pie frente a la punta del otro, como si avanzara sobre una cuerda floja. Instantes más tarde varios jugadores se detuvieron en medio del campo y se inclinaron dejando colgar las cabezas en un intento de recuperar el aliento. Si pensaban que a la jornada le faltaba verdadero esplendor, eran demasiado educados para declararlo. Poco importaba que el cielo suspendido sobre sus cabezas tuviera ahora un color azul niño; no había mozas con quienes bailar, ni sudorosos miembros de la banda soplando trompetas doradas centelleantes bajo el sol; barriles de plástico marrón contenían el vino apoyado en precario equilibrio sobre el muñón de un árbol. Golpeándose con los puños en el estómago, los hombres forcejearon y retozaron sobre el prado. Cuando uno u otro de ellos perdía el equilibrio al lanzarse con demasiada energía sobre la pelota que se acercaba rodando por el aire y caía de cuatro patas sobre la verde hierba, los demás prorrumpían en tímidos estallidos de histérica risa. Con manchas de humedad en sus rodillas y con barro adherido a las suelas de sus zapatos puntiagudos, se movían de un lado a otro entre los robles como una lanzadera.

Freda se detuvo junto a la valla de troncos y contempló a Vittorio con su vistoso jersey, centelleante bajo las hojas de otoño. Circundó muy despacio la curva de la valla y se adentró en el bosque de hayas. Canturreando con voz ligeramente áspera una canción que le había enseñado su tía de Newcastle cuando era niña, empezó a avanzar a paso rápido por el sendero balanceando los brazos. Cuando hubo completado una estrofa, los helechos crujiendo bajo sus botas, se detuvo bruscamente y escuchó. Desde el otro lado del parque, ahora fuera de su vista, le llegaban débilmente los gritos esporádicos de los hombres retozando, oyó también el rugido de un avión sobre su cabeza y en alguna parte, en las profundidades de los árboles, el nítido ruido de una persona al moverse. Tuvo la sensación de que la observaban. Intentó avanzar algunos pasos más por el sendero a título experimental y tuvo la certeza de que una persona invisible y situada a su misma altura la seguía, paso a paso, oculta tras las cortezas picadas y las hojas moribundas de las hayas. Se detuvo y todo quedó callado. Probablemente eran niños jugando a indios, persiguiéndose, ignorantes de su presencia. La estela vaporosa del avión ya desaparecido se ensanchó

y se mezcló con las nubes sobre su cabeza. Freda siguió avanzando intranquila por el sendero y procuró no sentir miedo. No estaban cerca del «safari» ni mucho menos; no podía ser un lobo ni un león escapado. Habría carteles por todos lados si se hubiera adentrado en la reserva de leones. Se detuvo y fingió examinar la curva de una hoja. Esta vez divisó una figura, de forma humana, que se escabullía detrás del tronco de un árbol. Es un viejo verde, pensó aliviada, pero dio media vuelta de todos modos y regresó hacia el parque. Sería gracioso que fuera el señor Paganotti vigilándolos, observándolos para comprobar que no se desarrollara ninguna actividad dudosa en el bosque. Freda le creía capaz de hacerlo. Actuaba como si sus empleados le pertenecieran en cuerpo y alma, ofreciéndoles sus ropas desechadas como si fuera el Señor Todopoderoso.

Un guijarro salió proyectado de los matorrales y le rebotó en la mejilla. En el acto la inundó una gran indignación.

—¿Quién diablos ha sido? —gritó sintiéndose valiente, ahora que ya estaba cerca de la valla.

Otro guijarro, de mayor tamaño, fue a caer en el sendero a pocas pulgadas de su pie. Freda avanzó furtivamente entre la maraña de arbustos como un gato, las botas cubiertas de baba de cuclillo, y se agachó para recoger una piedra grande entre la maleza. Asomando la cabeza entre los árboles, la lanzó con todas sus fuerzas hacia las sombras. Se oyó un murmullo de hojas desgarradas, un golpe seco y una audible inhalación.

—Te está bien empleado —dijo Freda y dobló la curva del sendero, medio corriendo por miedo a las represalias, y se adentró en el parque.

Agradecida, avanzó con paso cansino hacia los hombres que correteaban y los barriles inclinados suspendidos sobre la plataforma del roble. Pensó que Brenda se veía ridícula intentando dar puntapiés a la pelota sin mostrar las piernas, todavía envuelta en la capa morada. Freda no dijo nada, pero le lanzó una de sus sonrisas burlonas.

—Ven a jugar con nosotros —la llamó Brenda—. Es divertido.

Tenía el pelo revuelto y los tobillos rodeados de briznas de hierba.

—No seas ridícula —replicó irritada Freda y se acomodó en el suelo con la espalda apoyada contra el tocón del roble.

Se frotó la mejilla con una ramita, intentando arañársela pero sin el propósito de hacerse sangre. Vittorio, pavoneándose en el centro del campo, encorvó los hombros como un jugador de béisbol y corrió hacia ella.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

Freda se apretó la mejilla y meneó la cabeza. Él se agachó en cuclillas frente a ella. Con el labio perlado de transpiración, su cara floreció como una rosa.

—Ah, te has hecho daño —y le tocó la suave mejilla con un dedo explorador—. ¿Qué ha sucedido?

—Había un maníaco en el bosque —dijo ella—; me ha estado tirando piedras. No

me extrañaría que fuera Patrick intentando desquitarse.

Él tenía dificultades para entenderla. Sus ojos se dilataron y esperó algunas palabras más, pero Freda agachó la cabeza y guardó silencio. No había pensado en el irlandés hasta ese instante. ¿Seguro que no se atrevería a tirarle piedrecitas? Quizás habían sido unos niños. Tal vez pronto aparecería un padre airado en el prado, conduciendo a un niño ensangrentado de la mano.

—Ven —le dijo acariciante Vittorio—. Ponte a mi lado. Jugarás a pelota conmigo.

La estaba desafiando, pensó Freda, pidiéndole que demostrara su lealtad delante de los trabajadores.

—No me entusiasma —alegó ella y él la indujo a incorporarse, cogiéndole las manos entre las suyas. Los hombres titubearon y lanzaron algunos gritos de aliento mientras la pelota surcaba veloz el campo de juego.

—¿Por qué no has venido a dar un paseo? —preguntó Freda.

—Pero no puedo abandonar a los hombres —replicó él—. No es posible.

Con los dedos todavía entrelazados con los suyos, la arrastró algunos metros a través del prado y luego la soltó. Ella empezó a moverse torpemente como vadeando en aguas profundas entre el mar de hombres, dando puntapiés, primero en una dirección y luego en la otra, en un jadeante esfuerzo por interceptar la pelota pateada de un lado a otro.

—Eso es —la animó Brenda—. Dale, guapa.

Estaba en calcetines, con un dedo del pie asomando por un agujero, brincando arriba y abajo de excitación. No había una meta a la cual tirar; Freda ni siquiera estaba segura de cuál era su bando. Divisó una hilera de sombreros negros tirados en el suelo y dio un feroz puntapié con su bota. Falló y se cayó pesadamente sobre el trasero. Un débil murmullo empezó a formarse y se apagó en el acto. Vittorio y Brenda, sin prestarle atención, echaron a correr juntos, tropezando y gritando en pos de la pelota botadora.

Freda se incorporó trabajosamente, la oleada de jugadores alejándose velozmente de ella; regresó junto al tronco del árbol con la cara encarnada y abrió la espita del barril de vino.

Vittorio se le acercó en seguida para comprobar si estaba bien. Le examinó la cara desaliñada y el pelo revuelto.

—¿Quieres descansar un poco? —le preguntó.

—Mi espalda —dijo abstraídamente ella, como si se tratara de una antigua carga que estuviera habituada a soportar sola. Se negó a mirarle a los ojos, se estremeció valerosamente y se mordió el labio.

—¿Te has hecho daño en la espalda otra vez? —preguntó Brenda, dejando el juego y mirándola con ansiedad. Freda tenía la impresión de que dondequiera que fuera Vittorio, Brenda le seguía. Se mantenía muy próxima a él, como si a ambos les uniera su interés por ella.

—Seguid jugando —dijo noblemente Freda, señalando desinteresadamente el

improvisado campo de fútbol, aunque habría deseado darle a Brenda un hiriente bofetón en la cara. Se dejó caer en la hierba con sumo cuidado y cerró los ojos.

—Tiene problemas en la espalda —explicó Brenda—. De vez en cuando le causa molestias. Por eso tiene que estar sentada en una caja de cerveza para pegar las etiquetas.

—Quizá le vendrá bien dormir un poco —dijo Vittorio como si hablara de su abuela; y se alejaron los dos juntos.

Cuando Freda abrió los ojos, la cabeza decididamente de espaldas al alegre grupo de compañeros de trabajo, descubrió con asombro una hilera de caballos en el extremo del campo, desfilando a lo largo de la línea azul de los abetos. Se incorporó, protegiéndose los ojos del sol, absorta en la visión, sintiendo que algo afloraba a su memoria, y les vio pasar del malva al marrón castaño a medida que viraban, de dos en dos, alejándose de los árboles para adentrarse a paso largo por el parque. A esa distancia le recordaron una ilustración color sepia del avance de la caballería que había visto en un libro sobre la guerra. Se acercaron más, el golpeteo de los cascos ahogado por la hierba, y Freda vio que había tres jinetes, cada uno con un caballo desensillado sujeto por una larga rienda, y ya no eran pardos sino negro azabache de la cabeza a la cola, con aderezos de cuero oscuro bruñido por el sol. Ahora sabía quiénes eran. Distinguía con toda claridad los sombreros de pico de los hombres montados, las chaquetas color mostaza abotonadas en el cuello. El partido de fútbol se interrumpió. Los trabajadores se congregaron en torno al tronco cortado para refrescarse con el vino. Todos contemplaban con respeto y alegría los animales y los ufanos hombres uniformados que avanzaban majestuosamente hacia ellos.

—Son ellos —exclamó Freda levantándose y tirando a Brenda del brazo—. La otra mañana en la calle... había centenares de ellos.

Se quedó mirando a los jinetes con expresión de reconocimiento, encarnadas las mejillas y relucientes los ojos, como si acabaran de resucitar de un campo de Flandes los jóvenes muertos y retornaran para cabalgar otra vez.

—No pueden ser los mismos —dijo Brenda—. Estamos a muchas millas de distancia.

Rossi, su cara de querubín radiante de hospitalidad, corrió al encuentro de los caballos. Los hombres tiraron de las riendas y redujeron la marcha de sus cabalgaduras al paso. Dieron la vuelta al roble, con Rossi pegado a sus ancas, los animales bufando, las fosas nasales aleteantes forradas de púrpura.

Los soldados contemplaron desde lo alto el mal combinado grupo, la muchacha rubia en su abrigo de piel de cordero, los obreros trajeados de negro con las ropas desordenadas, los vasos de papel tirados por el suelo. Brenda, con su formidable nariz levantada y una expresión de altivez totalmente engañosa en sus ojos algo entornados, bailoteaba sobre la hierba como un pájaro atrapado en una red. La aterraban los corcoveantes animales.

—¿Tomarán un poco de vino? —les invitó Rossi y se acercó rápidamente al barril

y abrió la espita y enjuagó las briznas de hierba de los vasos, derramando el vino tinto en el suelo y llenándolos luego hasta los bordes. Sonrió coquetamente y extendió los brazos como una mujer ofreciendo refrescos a las tropas liberadoras. Los tres jóvenes soldados desmontaron. Los caballos escarbaron la hierba y agacharon los pescuezos, las melenas recortadas erizadas como una tira de piel a lo largo de la curva de sus cuellos, las colas, densas como hollín, espantando las moscas de sus oscuras y humeantes ancas.

Los jinetes estaban realizando un cursillo de adiestramiento en Aldershot. Habían sacado a hacer ejercido los caballos funerarios de la reina.

—¿Caballos funerarios? —preguntó Freda, contemplando los costados satinados de los animales de perversa apariencia.

En las grandes ocasiones, explicaron los soldados, cuando moría algún jefe militar, cuando se trasladaban a su última morada los restos de duques y príncipes, los caballos de la reina, negros y relucientes, tiraban de la carroza mortuoria con el ataúd.

—Claro —dijo Brenda recordando la muerte de Churchill. Examinó discretamente los vientres redondeados intentando establecer su sexo.

—¿Son damas o caballeros? —le susurró a Freda—. No puedo verlo.

—Caponos —dictaminó Freda, aunque eso no le dijo nada a Brenda—. No pueden usarse sementales en un funeral oficial...

—¿Por qué no? —preguntó Brenda.

—Son demasiado briosos, es evidente. Podrían desbocarse y huir de estampida por The Mall arrastrando el ataúd a velocidad de vértigo.

—Qué espanto —exclamó Brenda.

—Los adiestran con mucho cuidado. En Viena su adiestramiento era todo un arte.

Freda hablaba como si lo supiera todo sobre el tema, aunque en realidad sólo había montado una vez y a lomo de un burro en Whitby Bay cuando tenía seis años.

Los soldados, muchachos jóvenes de distritos rurales con suaves acentos guturales al pronunciar las erres, comieron rodajas de salame y trozos de pan acompañándolas con vino. A cambio, sin que nadie se lo pidiera, ofrecieron a las dos mujeres y a uno de los hombres un paseo en los caballos.

—Oh, no —dijo Brenda en el acto—, no podría de ningún modo... en serio. Muchísimas gracias de todos modos.

Dio un paso atrás como si temiera que la izaran en el aire por la fuerza y la ataran a la silla como un sacrificio a los dioses de la guerra. Los trabajadores, que ya habían sido seleccionados una vez en su vida por el señor Paganotti, se mantuvieron un poco apartados, sin esperanza de ser escogidos de nuevo. Vittorio hizo un gesto simbólico de cederle el lugar a Salvatore, pero no iba en serio, y él y Rossi montaron. Freda, sin acordarse de su espalda delicada, se despojó del abrigo de piel de cordero y dos soldados la izaron sobre el gran garañón, las curvas llenas de sus pantorrillas moradas como una réplica de las redondeadas formas de los caballos. Los hombres contemplaron llenos de admiración su balanceo bajo el cielo, su cara de melocotón,

reluciente entre los dorados mechones de su pelo agitado por el viento. Vittorio, cuyo jersey rojo le prestaba un aire militar, cabalgaba a su lado. Los soldados montaron sus propios animales, las largas riendas flotando a sus espaldas, y se alejaron lentamente a paso largo del terreno de juego. Rossi iba en último lugar, el pelo apelmazado en húmedos ricitos sobre su frente, rebotando como un colegial contra el pescuezo de su caballo. Cabalgaron a través de los aires, a la misma altura que las colinas distantes y los negros dedos de los árboles espinosos, y Freda blandió un látigo imaginario en la mano y levantó imperiosamente el mentón hacia el sol. Era Catalina de Rusia al frente de su regimiento; era Lady Barbara cabalgando junto al joven hacendado. Vittorio no podía quitarle los ojos de encima; se la veía tan majestuosa, tan espléndidamente plantada sobre el caballo negro. Freda sabía que él la estaba mirando. Entreabrió los labios y en su mejilla izquierda se formó un hoyuelo y ella pensó: en este preciso momento somos una sola persona, tú y yo, sólo un poquito por debajo de los ángeles. Describieron una amplia curva alrededor del parque, el aroma de los abetos entremezclándose con el sudor de los caballos, y doblaron junto a la curva de la valla de troncos, agachándose para esquivar las ramas inclinadas sobre su camino.

Cuando pasaron rápidamente junto al borde del bosque de hayas, Vittorio creyó ver a alguien con una gorra con visera y un impermeable corriendo por la avenida entre los árboles. Por un instante imaginó que era el chófer irlandés, pero recordó que Freda le había dicho que hacía rato que se había vuelto a casa.

—Muchas gracias —dijo amablemente Freda cuando los caballos se detuvieron otra vez junto al roble cortado—. Ha sido tan bonito. —Y se deslizó, ligera como una pluma, eso pareció, hasta la verde hierba y se detuvo a acariciar el hocico de su caballo.

Empezaron a temblarle las rodillas, le dolían los muslos; no había advertido con cuánta fuerza se había aferrado al vientre del animal desensillado. Alborozada y temblorosa, esbozó una sonrisa a Vittorio y le dijo alegremente a Brenda:

—Oh, tendrías que haber venido. Ha sido precioso. Ha sido tan bonito.

Se sentaron en el suelo y se echaron bajo el sol. Bebieron sedientos de los barriles de vino. Los soldados, de pie sobre los estribos como jinetes de carreras, describieron un círculo en torno al árbol cortado y enfilaron hacia el borde del prado. Pisando delicadamente la gravilla, los caballos negros se alejaron cimbreándose a paso pausado en dirección a la ciudad, los cascos repicando sobre el asfalto de la carretera.

—¿Qué te ha parecido realmente? —preguntó Brenda.

—Ha sido un poco como mecerse en un columpio —le dijo Freda—. Como deslizarse y surcar velozmente el aire. Ha sido...

—No parecía que te deslizaras. Ibas dando botes y sacudidas como un saco de patatas.

—Qué disparate. Yo...

—¿Habías montado alguna vez antes? —preguntó Rossi.

Lo dijo en un tono que sonó acusatorio. Era consciente de que él mismo no había quedado muy airoso delante de los trabajadores de la bodega y daba las gracias de que el señor Paganotti no estuviera presente.

—Varias veces —mintió Freda y se tendió sobre su abrigo de piel de cordero, la lana enroscándose en pequeños nudos vellosos en torno a sus piernas moradas, convencida de haber mantenido un porte asombroso, pese a lo que había dicho Brenda. Ya no tenía necesidad de hablar con Vittorio. De momento estaba segura de su admiración; podía permitirse un reposo. Empezó a soñar tendida de espaldas, experimentando aún el movimiento del caballo, los músculos de sus piernas temblorosos de fatiga. Se abandonó a sus fantasías tras los párpados cerrados: con un látigo en la mano, saltaba vallas de imposible altura y llegaba hasta Vittorio, inmóvil en un prado circundado de álamos.

Los hombres empezaron a hacer pequeñas excursiones hasta los arbustos o permanecieron sentados a la sombra de varios robles, dormitando. Los coches aparcados se habían marchado hacía rato. Los niños que lloriqueaban pidiendo dulces, habían abandonado la hierba. Brenda, a quien no le atraía la idea de acostarse por si eso inflamaba a Rossi, se reclinó sobre un costado, de espaldas a él, y acercándose tanto como se atrevió a Freda en busca de protección, empezó a excavar pequeños agujeros en el suelo con las puntas de sus sucios dedos.

Al cabo de un rato, Rossi se incorporó y se alejó en dirección a la valla. Brenda observó el deambular de su cuerpo piernicorto a través del parque. Él se volvió y la saludó con la mano, y ella bajó los ojos fingiendo no verle. Su mera presencia en el paisaje irritaba su sensibilidad incluso a esa distancia. Era como un insecto insistentemente acosante, zumbando en sus oídos. Deseó aplastarlo y acabar de una vez. Tendría que saber expresar mis pensamientos, se dijo con severidad, no puedo pasarme todo el año próximo, o incluso más tiempo, huyendo de él. La idea del tiempo vivido tal como hasta entonces extendiéndose ante ella —una larga procesión de días en la fábrica y noches con Freda— la llenó de melancolía. Consideró la posibilidad de alquilar una habitación por su cuenta; se pasaría el día sentada junto a la ventana sin que nadie la molestara, sin tener que dar explicaciones. Se le ocurrió pensar que había huido de Stanley sólo para acabar dominada por Freda. ¿Por qué hago esto?, pensó y levantó la mirada abstraída. Y allí estaba Rossi junto a la valla, agitando todavía los dedos en un absurdo gesto de invitadora cordialidad. Tendría que ponerle en su sitio de una vez por todas. Brenda se levantó de un salto y echó a andar decididamente campo a través. Si él hubiera estado más cerca habría sido más sencillo. Tuvo que recorrer un buen trecho y cuando llegó a su lado ya se había visto obligada a sonreír un par de veces y a devolverle el saludo con la mano. Pisó un caracol y lo recogió con una hoja y se lo llevó hasta donde él la esperaba, entre los matorrales y los florecientes hierbajos rojos y morados.

—Pobrecito —dijo mirando horrorizada la estela de baba que supuraba de su caparazón.

—Es la naturaleza —le aseguró él.

Le cogió la mano impaciente y la hojita cayó entre la maleza.

Reavivada su indignación, Brenda le preguntó cortante:

—¿Qué quiere?

—¿Vamos a dar un paseíto, no?

—No, no lo haremos.

—Sí, ahora... vamos. —Y se puso en marcha a la carrera como un perro esperando que le arrojaran un palo, para regresar de inmediato—. ¿Vienes a dar un paseíto?

—No me entusiasma la idea de un paseo.

—Pasear un poco es bueno. Veremos los cervatillos.

—No. —Brenda empezó a ruborizarse—. No quiero.

Él se la quedó mirando como si estuviera enferma, sus ojos redondos de preocupación.

—A Freda no le gustaría.

—Ah —exclamó expresivamente él, aliviado al comprobar que el problema era tan sencillo—. Pero no nos está mirando.

—Quizá parezca que no, pero nos mira.

Él observó el montículo que formaba la mujer rubia tendida sobre su abrigo de lana como una ciruela madura.

—Está echando una siestecita.

Brenda se sintió amenazada. Hasta entonces había mantenido la mirada fija en sus ojos con la esperanza de subyugar a la bestia salvaje que anidaba en él. Ahora, al ver que seguía avanzando, flaqueó. Su mirada se desplazó hacia los árboles lejanos. Pensó en el agujero oscuro donde la conduciría él, los bichos en la hierba, las arañas caminando entre su pelo.

—No —le dijo—. No debe intimidarme.

Casi nada más pronunciar las palabras lamentó haberlas dicho. No quería que nadie pensara que era desagradable.

—No es culpa mía —dijo—. También pienso en usted. Ya sabe que Freda dijo que se lo contaría al señor Paganotti si usted intentaba importunarme otra vez. ¿Eso no le gustaría, verdad?

Rossi no pudo negarlo. Expresiones de malestar y de duda arrugaron su cara sonrojada.

—¿Irá a contarle cosas al señor Paganotti?

—Sí, eso hará... quiero decir, si ve que nos alejamos, se lo dirá.

—No se atreverá...

—¿Freda? Ella se atrevería a hacer cualquier cosa. El señor Paganotti le importa un higo.

Le había apuñalado dos veces, había hundido el cuchillo y lo había retorcido. El color abandonó sus mejillas.

—Es imposible —dijo.

Pero ella no esperó a oír nada más. Cuanto más rato permaneciera a su lado, más probable era que acabara encontrándose en una situación incómoda. Le volvió la espalda y le gritó por encima del hombro:

—Deberíamos reunirnos con los demás. Freda creerá que está pasando algo raro.

Los hombres habían reanudado el partido de fútbol capitaneados por Vittorio. Sus bonitos pantalones de terciopelo estaban arrugados ahora, la parte posterior gris de polvo a resultas de la cabalgata. Brenda se abrió paso zigzagueando entre los deportivos jugadores y se desplomó en la hierba al lado de Freda. Estaba sonriente.

—Lo he hecho —dijo.

—¿El qué?

—Le he dicho las cosas claras a Rossi.

Los ojos de Freda se abrieron de golpe.

—Mejor para ti. ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que tú hablarías con el señor Paganotti.

—¿Por qué le has dicho eso? ¿Por qué me has metido a mí en el asunto, tonta?

—Pero tú dijiste que hablarías con el señor Paganotti. Dijiste que si jamás...

—No tenías que decirle a él que yo lo haría. Deberías haberle dicho que *tú* hablarías con él, maldita sea.

Toda la alegría del triunfo de Brenda se desvaneció. Se abrazó las rodillas y perdió toda esperanza de acertar alguna vez en lo que hacía.

—Creí que estarías contenta.

—¿Por qué demonios iba a estar contenta? Lo que tú te llesves entre manos con Rossi nada tiene que ver conmigo.

—Nunca lo habías dicho hasta ahora —protestó Brenda—. Si no hubieras estado tan desagradable con Patrick, él me habría protegido.

—¿Yo... desagradable con Patrick? Ese tipejo intentó pegarme.

Freda se sintió ultrajada al recordarlo. Se sentó muy erguida y se peinó el pelo con dedos agitados.

—Nunca hizo eso. Tú le atizaste con la barra de pan.

—Cristo —bramó Freda. Se incorporó de un salto, agarrando su abrigo y agitándolo frenéticamente en el aire. Una lluvia de hierba y un hueso de pollo roído fueron a caer al suelo—. Me atacó, eso hizo... en la Capilla, intentó darme un puñetazo en la barbilla.

—No lo creo —susurró Brenda, aunque si lo creía. No lograba imaginar qué habría hecho Freda para hacer reaccionar con tal violencia al irlandés—. ¿Qué te dijo?

Freda tenía la mirada fija en el otro extremo del prado. Rossi y Vittorio parecían estar discutiendo más allá de la ondulante línea de trabajadores. Como perros a punto de entrar en gruñente combate se movían lentamente, pisando con tiento, en un pequeño círculo, uno alrededor del otro. La voz de Vittorio, ronca de ira, llegó hasta

ellas a través del aire calmado.

—¿Qué dijo cuando intentó pegarte? —insistió Brenda.

—Déjame —dijo Freda—. ¿Qué ocurre? ¿Qué están diciendo?

—Es extranjero —respondió malhumorada Brenda.

Rossi había tenido la audacia de pedirle a Vittorio que se llevara a la señora Freda al bosque. Aunque era el sobrino de su querido señor Paganotti, Vittorio sin duda lo entendería. La sugerencia dejó pasmado a Vittorio. Su inminente compromiso con la sobrina de Rossi hacía totalmente imposible una cosa semejante; él no era un chiquillo encendido de lujuria, era un hombre de honor. Rossi explicó nerviosamente que tenía un grave problema con la señora Freda y que si conseguía que también ella quedara deshonrada, entonces no podría acudir al señor Paganotti y denunciarlo por su conducta con la señora Brenda. Vittorio replicó que si Rossi se había portado indiscretamente con la señora Brenda, debía afrontar su castigo. Había deshonrado a su familia con su conducta. No podía esperar que los demás se rebajaran para protegerlo. Además, le hizo notar, las mujeres inglesas eran distintas. Por muchas veces que se llevara a la señora Freda al bosque, ella no se sentiría deshonrada sino halagada. Se alejaría corriendo de los árboles sin ningún pudor y proclamaría ante todo el Parque de Windsor cuán bellamente acababan de deshonrarla.

Aunque Vittorio era sobrino del señor Paganotti, Rossi tuvo la osadía de perder los estribos y decir lo que pensaba, gritando y blandiendo los puños en el aire.

Los trabajadores volvieron la mirada al cielo, al suelo, a la pelota volante, y no se perdieron palabra. Gino, el hermano del viejo Luigi, se palmeó la frente y murmuró su desaprobación.

—Pero ¿qué está pasando? —exclamó irritada Freda. Le temblaban las regordetas mejillas, infantiles con sus hoyuelos y zarcillos de pelo en desorden, mientras intentaba entender qué se estaban gritando los dos hombres.

—¿Patrick te hizo esto? —preguntó Brenda mirando el rasguño en la cara de Freda.

Pero ella se negó a contestarle. Estaba jugueteando con las mangas de su abrigo, ansiando incorporarse a la batalla.

—Probablemente es algo relacionado con nosotras —tuvo la imprudencia de decir Brenda—. Quizá le está diciendo a Vittorio que tú piensas hablar con el señor Paganotti.

—Eres una pesada —musitó Freda convencida de que Brenda tenía razón—. ¿Por qué no puedes arreglártelas tú sola sin tener que liarme a mí?

—Pero si tú te entrometes continuamente. No dejaste que le prestara nuestro cuarto a esa señora para tocar la trompeta... No querías dejarme hablar por teléfono con Stanley.

—¿Qué señora? —preguntó desconcertada Freda.

—Si no te hubieras deshecho de Patrick, él habría impedido que Rossi se metiera conmigo y no habría tenido que hablarle del señor Paganotti.

—Tienes los dientes horriblemente amarillos —dijo Freda—. Deberías procurar limpiártelos de vez en cuando.

Los trabajadores, atrapados entre los dos protagonistas, siguieron jugando aún más ruidosamente. Se agotaron pateando y gritando y corriendo hasta los límites del campo.

Brenda vio que Vittorio le cogía la mano a Rossi. Están haciendo las paces, pensó, y observó con curiosidad a Rossi que se había cogido la muñeca. Parecía estar quitándose algo del brazo.

Poco después Vittorio se alejó de Rossi y le dejó solo junto a la valla.

—¿Qué pasa? —le gritó Freda—. ¿Qué ha ocurrido?

Él la ignoró por completo y corrió como un toro hacia el balón que pasaba de un jugador a otro y lo lanzó al aire con un tremendo puntapié. La pelota se alejó volando hasta chocar contra las ramas de un roble y cayó al suelo en medio de una lluvia de hojas.

—No conseguirás nada si le hablas así —dijo Brenda—. No puede soportar a las mujeres dominantes. Lo espantas.

—¿Y cómo demonios puedes saberlo tú? —Sonrosada de desdén, Freda se llevó las manos a las caderas y estalló en burlonas carcajadas—. No reconocerías a un verdadero hombre aunque lo vieras. Rossi y ese maldito camionero irlandés...

—Stanley era un verdadero hombre. Stanley no era...

—¿Stanley? —Freda pronunció su nombre de una forma que evocaba visiones de un monstruo con dos cabezas—. ¿No pretenderás decir que era un verdadero hombre? Borracho perdido todo el tiempo y...

—Sólo parte del tiempo —la corrigió Brenda a pesar suyo.

—¡Dios santo! Un hombre que permite que su madre se pasee enloquecida con una ametralladora...

—Por favor —le rogó Brenda—, no grites.

No quería que eso continuara ni un segundo más. La asustaba el odio que sentía; intentó contenerlo por todos los medios. De niña su madre la aterrorizaba con sus estallidos de violencia, despotricaba y chillaba desbarrando y lanzaba las tazas contra el suelo embaldosado de la cocina. «Ven con mamá», decía luego cuando los restos de loza ya estaban barridos y tirados en la basura, alargando los brazos hacia la encogida Brenda como si nada hubiera pasado. Los abismos de sufrimiento que experimentaba Brenda y las cimas de exaltación cuando mamá volvía, con el pelo teñido bien peinado y la nariz empolvada, la habían hecho sentirse confusa durante años.

—¿Conque no te gusta que hable de tu Stanley, eh? —dijo Freda—. ¿Acaso no se puede hablar de tu Stanley?

Brenda dijo:

—Si no dejas de gritarme voy a decir algo que no te gustará.

—¿Qué? —Freda sentía curiosidad. Miró fijamente a Brenda y le preguntó casi con ternura—: ¿Qué quieres decirme? Adelante, desembucha.

Brenda hubiera querido decirle que parecía un camionero de largos recorridos con ese abrigo de piel de cordero, que era una enorme vaca gorda, que temblaba como gelatina sobre el lomo del caballo funerario. Quería hacerle daño, observar como se descomponía su lisa cara redonda. Pero cuando llegó el momento sólo pudo murmurar:

—A veces resulta muy difícil vivir contigo.

—Tiene gracia —replicó Freda en represalia—. Cuando pienso en lo que tengo que aguantarte a ti... tú y tu maldito travesaño.

—Bueno, por la noche cuando estás dormida haces cosas.

—¿Qué cosas? —Freda estaba asombrada.

—Pues, das vueltas y te abrazas...

—¿Qué?

—Sí. Te coges los... los pechos con las manos y los sacudes.

—No te creo.

—Lo haces... lo haces...

—Bueno, ¿y qué hay de malo en eso? Sólo estoy soñando. Qué tiene de malo que me coja... los... los... —Pero no pudo continuar. Eran cosas demasiado íntimas para comentarlas. Por qué haré eso, pensó. ¿Será cáncer, o lascivia, o qué? Ensimismada, echó a andar en dirección a las matas de rododendro.

—¿A dónde vas? —le gritó débilmente Brenda. No era justo que Freda se marchara. Su reacción la hacía sentirse perversa y llena de remordimientos.

—Tan lejos de ti como pueda. Y no te atrevas a seguirme.

La voz de Freda sonó derrotada. Había bajado la cabeza pensativa y arrastraba el abrigo sobre la hierba.

—Todos han estado meando esas plantas —le advirtió Brenda.

Pero Freda no se volvió ni una vez. Se abrió paso entre los gruesos tallos, fragmentos de jersey malva y pelo rubio asomaron entre las hojas polvorientas, y luego se perdió de vista.

Rossi se quedó revoloteando junto a la valla, mordiéndose los labios color cereza lleno de agitación, las manos hundidas en los bolsillos, los zapatos de ante escarbando la hierba. Ignoró a Brenda que, arrebujaada en su capa morada, con la mejilla apoyada contra la hierba, yacía rodeada de una guirnalda de corbatas y chalecos abandonados por los sudorosos trabajadores, jalonada, de trecho en trecho, de puntos plateados, donde las cigarreras y el metal de sus ligas centelleaban bajo la luz del sol. Aunque amodorrada, mantenía la mirada fija ora en la pelota rodante, ora en la densa masa de matas de rododendro. La pelota chocó varias veces con un golpe

seco contra las hojas oscuras y rebotó otra vez al campo. Finalmente, tras un espectacular puntapié de Salvatore, salió volando por encima de los matorrales y se perdió de vista. Rossi, aprovechando su oportunidad de reincorporarse al juego, se adelantó corriendo y se adentró entre el follaje. Se oyeron manotazos sobre la maleza y chasquidos de ramas. Un pajarito se levantó aleteando. Impulsada por manos invisibles, la pelota fue lanzada de vuelta a los jugadores que la aguardaban. Esto no le gustará a Freda, pensó Brenda. Con el malhumor que tiene, es muy probable que le dé un puñetazo en la nariz. Se le cerraron los párpados y se abandonó a los inicios del sueño. Ahora que Freda ya no estaba sola, se sentía con derecho a descansar. Los gritos de los futbolistas se alejaron. Estaba manteniendo una larga y seria conversación con Freda —era tan real que sintió el roce de la hierba al mover los labios—; la tierra crujía y hormigueaba en la cavidad de su oído. Se despertó a medias. Vittorio tenía cogida otra vez la mano de Rossi. Le estaba poniendo algo en la muñeca... Las nubes se arremolinaban sobre su cabeza...

Cuando estuvo completamente despierta y tomó conciencia de donde se encontraba, vio a Rossi que pasaba tambaleante por su lado, camino del coche. Parecía encontrarse mal, como si tuviera el estómago descompuesto a consecuencia de tanto vino y restos de comida. Brenda le vio subir en el asiento trasero del Cortina y cerrar la puerta. Pensó que quizá Freda le había dicho alguna cosa espantosa, que era feo y cachigordo y que no le caían bien los pantalones. Sintió una gran ternura. Rossi era realmente un hombrecito muy simpático. Adoraba al señor Paganotti. Trabajaba a diario de ocho a seis y nunca había robado nada.

Brenda se levantó lentamente y se acercó al coche, dispuesta a fingir que no sabía que él estaba allí. Cuando tuvo la cabeza a la altura de la ventana, por un instante pensó que él debía haber salido de inmediato por el otro lado. No estaba en el asiento trasero. Desconcertada, Brenda se quedó mirando el campo desierto por encima del techo del coche. Al borde del horizonte se divisaba una máquina con unas cuchillas giratorias que avanzaba tartajeando sobre la hierba. La estuvo observando durante varios minutos hasta que un sonido ligeramente parecido al maullido de un gato salió del interior del Cortina. Era Rossi, agazapado en el suelo, con las rodillas levantadas contra la barbilla y los brazos en torno a la cabeza, gimoteando.

—Oh cielos —exclamó ella y abrió la puerta—. ¿Qué sucede, cariño? ¿Ocurre algo malo?

Tuvo que apartarle las manos de la cara por la fuerza y quedó horrorizada al ver su expresión de miedo.

Brenda subió trabajosamente al coche y le arropó con sus brazos mientras le preguntaba:

—¿Qué te ha dicho? No debes hacerle ningún caso. Nunca piensa nada de lo que dice. En realidad es simpática; no debes dejar que te afecte.

Le escudriñó ansiosamente la cara en busca de señales de un ataque. Le pareció ver un hematoma bajo sus ojos llorosos, pero no estaba segura de que fuera producto

de una violencia. Rossi hablaba en italiano, castañeteando los dientes, derramando una riada de palabras, y Brenda le puso un dedo en los labios y le dijo:

—No, corderito —como si fuera Stanley o una persona a quien conociera muy bien—. No sirve de nada ponerse así. Yo también he pasado por esto... lo comprendo. Simplemente procura olvidar lo que te ha dicho, intenta borrar las palabras.

Y volvió a apretar su cabeza contra la capa morada, aunque de manera bastante más forzada, y lo acunó. Oh Dios, pensó, ¿qué le habrá dicho ella?

Pasado un rato él se calmó un poco. Recostó la cabeza en el asiento y le preguntó qué hora era.

—No lo sé —respondió ella y le cogió la muñeca para consultar su reloj. El cristal estaba roto y el reloj se había parado a las cuatro y veinte.

—¿Ella te ha hecho esto? —preguntó Brenda, pero él guardó silencio. Una fina llovizna empezó a salpicar las ventanillas del coche.

—¿No puedes contarme qué ha ocurrido? —intentó sonsacarle ella—. ¿Ella ha mencionado al señor Paganotti?

Un espasmo de angustia estremeció la cara de Rossi. Se incorporó trabajosamente del suelo y medio se arrodilló sobre la tapicería de plástico, la nariz apretada contra el cristal vetado, la mirada fija en el grupo de arbustos como si esperara ver al señor Paganotti avanzando bajo la lluvia, en su abrigo de pelo de camello.

—Ahora que está más recuperado —dijo Brenda— le dejaré solo, ¿le parece? Yo iré a buscar a Freda.

—No —protestó él agarrándola por los brazos y Brenda se desplomó en el asiento pegada a él diciéndose que ya volvía a ser el mismo de siempre, tan excitable como de costumbre. Incluso podría haber cedido, aunque sólo fuera para que se sintiera menos desgraciado, si bien se preguntó cómo se las compondrían en el limitado espacio del coche y qué diría si los hombres entraban corriendo para refugiarse de la humedad. Podría fingir que le estaba haciendo la respiración artificial, pensó, y miró por encima del hombro para comprobar cómo se desarrollaba el juego. Afuera en el prado, de pie junto a los barriles de vino, había una figura con una gorra de visera y un impermeable.

—Patrick —exclamó Brenda y apartó a Rossi de un empujón y abrió la puerta y corrió campo a través.

Los trabajadores se apiñaron alrededor de Patrick, curiosos por saber dónde había estado. Él sonreía, mostrando un ojo alargado en el extremo por un corte dentado perlado de sangre.

—Creo que no queda gran cosa para comer —dijo Brenda—. ¿Te has traído tus bocadillos?

Miró en el carrito de la compra y desenterró unos pedazos de pan y algunos corazones de manzana. Deseó que Freda apareciera para ayudarla. Aunque quizá sintiera hostilidad hacia Patrick, sabía atender estupendamente a la gente; en un dos

por tres se habría sacado una comidita bastante sustanciosa de la manga.

—No tengo hambre —dijo Patrick mirando hacia la carretera.

Vittorio parecía incómodo en su presencia.

—¿Has estado en la ciudad? —preguntó apretando la pelota contra su jersey rojo y restregándola arriba y abajo sobre la lisa curva de su estómago.

—En cierto modo —respondió Patrick y se lo quedó mirando varios segundos sin parpadear.

Los hombres empezaron a vestirse, anudándose las corbatas al cuello, ajustando los suspensores a los calcetines hechos un acordeón, sacándose peines del bolsillo y acicalándose el pelo humedecido.

—Freda se ha quedado dormida entre los matorrales —dijo Brenda y miró a su alrededor en busca de sus zapatos verdes.

—Yo no la molestaría —aconsejó Patrick.

—Pero todos vamos a visitar el «*safari-park*». Fue idea de Freda. —Tiró del pie de su media negra hasta cubrir su dedo gordo desnudo esforzándose por mantener el equilibrio—. Rossi está deshecho —susurró colgándose del brazo de Patrick e introduciéndose en los zapatos—. Freda ha tenido unas palabras con él. Está llorando.

Lanzó una breve mirada hacia el coche aparcado.

—Mala cosa —dijo Patrick—. Muy mala cosa.

—No sé qué le diría para trastornarle tanto. Sé que no tiene intención de ser cruel. En serio, Patrick, Freda se quitaría el abrigo para dártelo si lo necesitaras. Lo único que pasa es que se excita demasiado.

Se sentía obligada a defender a Freda. Ella misma se había excitado hasta el punto de pronunciar palabras que ahora lamentaba. Nunca debería haberle dicho a Freda que se removía en sueños. Era imperdonable. Si no te hubieras metido con Stanley, pensó, nunca lo habría mencionado. Se alisó la capa y se dirigió hacia los rododendros. Lo siento, dijo para sus adentros. No te enfades, Freda. No era verdad.

—Yo no la despertaría de momento —dijo Patrick. Le puso una mano en el brazo para detenerla.

—Tu ojo —dijo ella—. Está sangrando.

Intentó abrirse paso entre los matorrales, separando las hojas correosas con el hombro.

—No —dijo más firmemente Patrick y Brenda se volvió a mirarlo y pensó que parecía bastante viejo, su cara ensombrecida bajo la visera de su gorra de paño.

—Freda —llamó—, Freda, soy yo.

Avanzó con dificultad entre los matorrales, las manos levantadas para protegerse de las hojas que rebotaban, y penetró en un claro alfombrado de hierba enmarañada sobre la cual yacía Freda de espaldas con los tobillos cruzados.

—Freda... nos vamos al «*safari-park*».

Freda parecía disgustada, con la boca succionada hacia dentro. Los ojos azules miraban fijamente al cielo. Su piel presentaba un tinte verdoso bajo las hojas oscuras,

las mejillas moteadas de rojo y manchadas de gotas de lluvia. Por un instante Brenda creyó que estaba llorando. Sus uñas pintadas, negras bajo la luz matizada, reposaban sobre la curva lanosa de su vientre.

—Freda... nos vamos al «safari-park».

Los ojos de Freda continuaron abiertos. Un insecto gris, vibrante de sensibilidad, remoloneaba en la pendiente de su pulgar. Brenda se arrodilló en el suelo y rozó las puntas rizadas del pelo que empezaba a adquirir un color bronce bajo la lluvia. No lograba comprender por qué la cara de Freda, normalmente tan pálida y luminosa, ahora estaba encendida de eterna indignación, moteada y picada con irregulares manchas marrones como si las hojas hubieran dibujado sombras herrumbrosas sobre sus mejillas. Sólo la nariz era como debía ser, moldeada en cera, las fosas nasales grabadas en rosa. ¿Dónde estás, pensó Brenda, dónde te has ido? La miró atentamente intentando descubrir qué había cambiado. Era como si alguien hubiera desconectado la corriente, apagado la luz... Freda se había extinguido. Oh, Brenda se sintió triste entonces. Sola. La terrible curva piadosa de sus manos sobre el jersey morado... nunca volvería a sacudir sus pechos en la oscuridad.

—Por favor —susurró Brenda—. Por favor.

Se quedó muy pensativa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Stanley —dijo en voz alta y contempló una mariquita con la espalda moteada que trepaba laboriosamente por una brizna de hierba.

La cara de Freda, descompuesta en mil sonrisas y muecas de rabia, saltaba a su encuentro en cada hoja inclinada bajo el embate de la lluvia. Posó brevemente la mano sobre las piernas moradas cruzadas sobre la hierba.

—Pequeñita —dijo y se puso en pie otra vez y dejó sola a Freda.

En medio de todo el embrollo de explicaciones y comienzos de frases que nunca se terminarían, una cosa quedó clara. Había algún motivo, todavía no del todo claro, para no avisar a la policía ni tampoco a una ambulancia.

Patrick había conducido a Brenda hasta el coche y había ordenado a Rossi que ocupara el asiento delantero. Llamó a Vittorio, que se acercó lentamente a través del prado abrochándose el tabardo y con el mantel bordado cogido de cualquier manera.

—Ha ocurrido un accidente —le dijo Patrick cuando estuvo cerrada la puerta—. A Freda.

Aldo Gamberini, que había quedado fuera en el prado, corrió hacia el Mini rojo para resguardarse de la lluvia.

—¿Pero cómo? —preguntó Vittorio—. ¿Qué ha sucedido?

—Debe haberse caído. Cuando yo la vi estaba tendida de espaldas. Su corazón ha dejado de latir.

Vittorio se quedó mirando al irlandés y luego el nacimiento del cuello de Rossi bordeado de húmedos rizos. Esperó, pero nadie habló.

—¿Está muerta?

—Así es.

—¿Su espalda? ¿Ha muerto a causa de su espalda?

—De espaldas —le corrigió Patrick.

Y Vittorio sacudió a Brenda por el hombro y ésta dijo con voz apagada:

—No, no ha sido su espalda. Una no puede morir de un lumbago.

—Pero deberíamos...

—El señor Paganotti... —se lamentó Rossi. Se frotaba continuamente la pechera de la camisa con la palma de la mano, como si temiera que *su* corazón también pudiera dejar de latir.

—Pero tenemos que...

—No podemos estar seguros de que... —dijo Brenda.

—¿Cómo lo sabe él? —dijo Vittorio mirando a Patrick—. No estaba aquí. Ha dicho que estaba en la ciudad. ¿Cómo puede...?

—Rossi la vio. Se metió en...

—Estaba buscando la pelota. Me encontré...

—Tienes sangre en un ojo —dijo Vittorio como si no lo hubiera notado hasta entonces e hizo ademán de tocar el corte de la cara de Patrick. Se había puesto muy pálido. Una lágrima le rodó por la mejilla y se la secó con la manga—. ¿Cómo te has hecho esa herida? ¿Cómo es que tú...?

Brenda estaba doblando y volviendo a doblar el mantel, alisando los pétalos de la flor rosa en el ángulo derecho. Tenía una mancha de aceite de la ensalada y un olor dulzón a manzanas podridas.

—Tú y Rossi —dijo— estabais discutiendo junto a la valla y yo tuve unas

palabras con Freda. Ella se metió entre los matorrales.

—Yo la vi —confirmó Vittorio—. Creí que iba... ya sabes... que tenía alguna necesidad...

—No —dijo Brenda—. Estaba enfadada. Dijo que no debía seguirla.

No puedo, o sí, pensó, ahora no. Tampoco se había atrevido a seguirla cuando los soldados se habían acercado a ofrecerles un paseo a caballo. Qué valiente había sido Freda al subirse a ese monstruoso caballo funerario con las narices dilatadas y la cabeza cincelada. No parecía un saco de patatas ni un montículo de gelatina; estaba imponente, vestida de morado e inmóvil bajo el cielo. Lo decía en serio; no era como si Freda estuviera escuchando.

—Tenía un arañazo en la mejilla —dijo Vittorio—. Ella me lo mostró.

—¿En verdad intentaste darle un puñetazo en la mandíbula, Patrick? —preguntó Brenda.

De pronto Vittorio recordó el regreso de Freda del bosque de hayas.

—Ella me dijo que te había visto entre los árboles.

Ambos miraron al irlandés con la gorra de visera que ensombrecía su cara golpeada.

—Yo nunca estuve allí —dijo él— y no fue ella. No es a mí a quien buscáis.

Vittorio empezó a temblar.

—No quiero pensarlo... tú la viste primero. Tú saliste de detrás de las matas en medio del partido de fútbol.

—No —dijo Patrick—. Fue él. —Y tocó acusadoramente el hombro de Rossi.

A través del cristal manchado de lágrimas Brenda divisaba el Mini rojo anegado de lluvia. Del interior del coche salía un débil sonido de voces entonando una canción. Freda, pensó, debe estar mojando muchísimo. ¿Qué diría la tía de Newcastle? Freda no había estado en su casa desde hacía años. Brenda no le diría que había estado trabajando en una fábrica de botellas. Si le preguntaban, diría que era secretaria o que le iba bastante bien en la publicidad. Eso le hubiera gustado a Freda. Y estaba el grupo de gentes de teatro del «pub» de los viernes por la noche en sus ropas de segunda mano, pero Brenda no creía que se enterasen. No había nadie más. Ni siquiera había una foto de Freda en la habitación amueblada. Nunca le había escrito una carta ni había ido de vacaciones con ella ni habían compartido una aventura... sólo aquel día y había salido mal.

Brenda observó a Vittorio y Patrick, las cabezas agachadas para protegerse de la lluvia, alejándose hacia los rododendros. Se preguntó si las gestiones para alquilar la camioneta habían sido saboteadas deliberadamente. Quizás era más conveniente para los planes de Freda que sólo pudieran disponer del coche de Rossi para la Excursión. De ese modo se creaba un grupo más íntimo. Ahora es demasiado íntimo, pensó Brenda, consciente de la presencia de Rossi a su lado, dándose aún masajes al corazón. La invadió un lamentable sentimiento de satisfacción. Sospechaba que era normal dadas las circunstancias. En momentos como ése eran necesarias las

supersticiones. Los pecadores tenían que ser castigados de algún modo. No era de extrañar que Dios hubiera hablado. Recordó que Stanley y su propia madre tenían gran fe en la ira de Dios. Ambos le invocaban, cada uno a su manera, en momentos de dificultad y de venganza. «Dios te maldiga», había gritado a menudo Stanley cuando ella se volvía de cara a la pared encalada para evitar su aliento cargado de olor a lúpulo. «Dios mío» había invocado su madre al tener noticia de su compromiso con el granjero que había conocido en el baile de los Rotarios.

—¿Qué hacen? —preguntó Rossi—. ¿A dónde han ido?

—Se han ido a ver a Freda. —Brenda examinó con curiosidad su blanca cara y su boca dolorida perpetuamente temblorosa—. Dime qué te dijo entre los arbustos. No se lo contaré a nadie, lo prometo.

—Nada... no dijo nada.

—No sé qué me pasa —confesó ella—. No estoy demasiado afectada.

Se miraron fijamente. El dolor de la mirada de Rossi le llenó los ojos de lágrimas, pero no tenían nada que ver con Freda. Cada vez que intentaba concentrarse en lo ocurrido, algo trivial la distraía: la peculiar inclinación de una gota de lluvia sobre el cristal, una brizna de hierba adherida al reborde de su zapato de baile verde, la ramificación de las venas de la mano de Rossi aferrada al volante.

—*Santa Vergine* —murmuró él.

—Fíjate en mi zapato —dijo ella.

Mientras ella hablaba Rossi vio regresar a Vittorio y Patrick que dejaban atrás el tronco cortado corriendo hacia el coche. Vittorio se desplomó en el asiento trasero y se tapó la cara con las manos. Le habló en italiano a Rossi, que rezongaba y meneaba la cabeza de un lado a otro. A Brenda le pareció reconocer la palabra «Paganotti». Qué cariño le tienen, pensó. ¿Qué le dirán?

—Desde luego no podemos dejarla ahí —dijo Patrick—. Tendremos que traerla hasta el coche.

—Pero tenemos que comunicárselo a alguien. Nosotros...

—No es tan sencillo como parece —susurró Patrick—. Uno no se cae muerto así como así...

—Algunos médicos dicen...

—No a su edad...

—Estaba terriblemente alterada antes de alejarse entre los matorrales —dijo Brenda—. A veces la gente tiene ataques al corazón cuando se enfada. Sé de...

—Imposible —replicó sarcástico Patrick—. ¿Acaso no estaba siempre de mal humor?

Al fin Brenda captó el significado de sus palabras. Por primera vez desde que había regresado al coche comprendió que Freda estaba muerta ahí afuera, en el parque, y que ya nunca volvería a vivir. Brenda experimentó una prolongada sucesión de temblores, seguida de ruidosos suspiros, y por fin rompió a llorar.

Salvatore se había acercado dos veces al Cortina sin ser admitido. Gesticuló frente a la ventanilla y le indicaron por señas que se fuera. Les comunicó a sus pasajeros que Rossi parecía mareado como un perro y Vittorio también. Hicieron bromas al respecto. Dijeron que la náusea se la habían provocado las mujeres inglesas, no el vino. Estaban con ganas de ir al «safari-park» lleno de leones y tigres salvajes; se gruñían ferozmente unos a otros y arañaban las fundas de los asientos. Salvatore hizo sonar desafiante el claxon para recordar a los ocupantes del Cortina que les estaban esperando. Mientras tanto cantaban ruidosamente y se bebieron el resto del Beaujolais que habían introducido en la parte trasera del coche cuando nadie les miraba. Observaron las idas y venidas de Patrick y Vittorio hasta el grupo de arbustos, encorvados bajo la lluvia, y lanzaron especulaciones sobre lo que debía estar pasando. La señora Freda había bebido demasiado y se negaba a salir. Estaban gozando de sus favores, los dos; ella les había acogido a ambos en sus brazos; ni siquiera el mal tiempo podía atenuar su ardor. Su regocijo aumentó cuando por fin la vieron salir de los matorrales ayudada por los otros; el interior del Mini retumbó de carcajadas. Se taparon las bocas con las bufandas y observaron con ojos desorbitados el espectáculo de Vittorio y Patrick sosteniendo precariamente a la señora Freda por los sobacos, el abrigo de piel de cordero echado encima de los hombros, sus pies arrastrándose por el suelo. Ya, ya, coincidieron en sofocada admiración; la señora Freda había bebido por todos juntos. Su cabeza colgaba flácida; el pelo deslustrado, pegado a sus mejillas, parecía un velo.

—En marcha —gritó Salvatore asomando la cabeza por la portezuela mientras instalaban a la señora Freda en el asiento trasero. Nadie respondió. Pasado un rato, se cubrió la cabeza con la chaqueta y corrió entre los charcos hasta el Cortina.

—¿En marcha, al «safari-park»? —preguntó.

Rossi pareció no oírle. Alcanzó a divisar a la señora Brenda recostada en el asiento delantero, exhausta, la cara surcada por la lluvia.

—¿Conoces el camino? —preguntó Patrick abriendo la ventanilla trasera, sus ojos oscurecidos por la visera de la gorra.

—Ah —dijo Salvatore—, seguiremos los indicadores. Vosotros seguidme. Yo iré delante.

Y regresó corriendo a su coche lleno de entusiasmo y se metió dentro de un salto, la chaqueta todavía sobre la cabeza, y puso en marcha el motor. Hizo marcha atrás hasta el seto, dio la vuelta y se adentró en el parque.

Brenda no podía volverse. Sabía que en el asiento trasero, sujeta entre la mole de Patrick y Vittorio, iba sentada Freda como una gran muñeca ajada, la barbilla caída contra el pecho. No podían hacer de ningún modo todo el trayecto de regreso a Londres de esa forma, no estaba bien. Tenían que amortajarla debidamente y dejarla reposar. Había una cosa llamada *rigor mortis*. Brenda tuvo una espantosa imagen de

Freda, doblada como un sillón de piel de cordero, irremediablemente atascada en la puerta del coche. Me pregunto dónde estarás, pensó. Le parecía tan evidente que Freda estaba en cualquier parte menos en el asiento trasero del Cortina. Sabía que las ovejas simplemente se echaban y se apagaban, que las gallinas eran como fundas de almohada reventadas; pero no las personas, no Freda. Se entretuvo considerando la idea de algo así como una compuerta sumergida a través de la cual Freda se había abierto paso lentamente hasta la superficie, dejando su jersey morado y sus botas hechas a mano tras de sí. En ese mismo instante había tocado tierra en la playa de una agradable isla y se estaba secando al sol. Sonriente, miró por la ventana y quedó desconcertada al observar que el coche bajaba serpenteante por una pendiente en dirección a un grupo de construcciones rurales rodeadas de pastos y colinas suavemente onduladas. Entre los sicómoros divisó un lago ornamental rodeado de flamencos rosados. Había parado de llover. Vio algunas personas que se quitaban los impermeables y guardaban los paraguas, y un coche de caballos pintado como un arcoíris frente a una cafetería.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Patrick—. Éste no es el camino.

Observó asombrado la aparición de un elefante cubierto de barro entre los árboles para alejarse pesadamente a través del prado. El Mini se detuvo y Rossi frenó; permaneció muy quieto con las manos apoyadas en el volante, inconsciente de lo que ocurría a su alrededor.

Salvatore y sus pasajeros abandonaron el coche embobados. Correteaban como niños por la gravilla señalando el polvoriento elefante que empezaba a arrodillarse en el prado.

—Baja y pregúntales qué piensan hacer —dijo Patrick. Excepto por el acento, habló de manera extraordinariamente parecida a Freda.

Brenda se unió pensativa a los trabajadores que contemplaban a la fiera de la selva echándose en el suelo.

—Pero estamos fuera —gritó Salvatore aferrándose a su brazo—. No estamos encerrados. ¿Dónde están los tigres? Hay niños pequeños por todas partes.

Y ella le calmó y le dijo que a lo mejor los elefantes no eran peligrosos, aunque para sus adentros no le gustaba el aspecto del enorme animal echado en medio del campo como un montón de cenizas.

Habían llegado a un zoológico infantil. Había casetas que vendían algodón de azúcar y un tobogán que se precipitaba viscoso hasta un cajón de arena. Dentro de un cercado se veían unas cabras con las barbas adornadas con borlas, mordisqueando puñados de heno castaño con sonrosados labios.

—Puf —hizo Brenda al inhalar una bocanada de aire del establo blanqueado mientras observaba los severos ojos amarillos que la miraban fijamente.

Vieron borricos y una ternera con manchas marrones echada rígidamente junto a una vaca, y sobre sus cabezas, en el cielo gris percheado de azul, un avión nadaba como un pato rumbo a la ciudad. Aldo compró una postal de un mono comiendo un

plátano para llevársela a sus hijos.

—Para recordar este día —le dijo a Brenda, sonriéndole bajo su sombrero extravagante abombado; y ella salió corriendo de la tienda de regalos con los párpados visiblemente hinchados y subió por una colina hasta una hilera de telescopios que apuntaban como rifles hacia el lejano parque. Acercó el ojo a la lente e hizo girar el negro cilindro intentando localizar el roble cortado y el trozo de césped donde habían tendido el mantel. Todo tenía el mismo aspecto. No lograba distinguir una porción de terreno de la otra: los árboles se alzaban idénticos, la carretera se extendía hasta el castillo como una cinta gris. Brenda buscaba a Freda. En su inspección del terreno ampliado descubrió el Cortina, aumentado, junto al sendero y la figura desdibujada de Rossi desplomado detrás del volante. Llena de culpabilidad, bajó corriendo la colina hasta el coche y anunció que los hombres estaban decididos a visitar la zona del safari. Cerró los ojos mientras hablaba para evitar tener que enfrentarse con Freda.

—Jesús santo —blasfemó Patrick—, ¿qué vamos a hacer?

—No podemos decírselo —declaró Vittorio—. Quizá debiéramos dar media vuelta y volvernos a casa solos. —Tenía unas ansias desesperadas de encontrarse fuera del coche y lejos de su callada compañera, pero al mismo tiempo temía que ella cayera hacia un lado cuando él saliera.

—Espera —dijo Patrick—, tengo que pensar. Tengo que decidir qué es lo mejor. —Y frunció el entrecejo y se palpó el corte coagulado en el extremo del ojo.

Ya no había ninguna posibilidad de volver atrás, pensó Brenda. A su entender ya hacía horas que debían haber acudido a un hospital o a una comisaría de policía. Sintió nacer una leve curiosidad de comprobar el resultado de sus acciones.

—¿Por qué no podemos decírselo? —preguntó observando a Salvatore y sus hombres lamiendo helados junto a la carretera. Era terrible no poder volverse a mirar a Patrick. Quería preguntarle algunas cosas. Hubiera deseado saber de qué tenía miedo. Él dijo:

—No te impacientes, estoy pensando —y tamborileó con los dedos sobre el respaldo de su asiento.

Aldo Gamberini se acercó a la ventanilla.

—Nos vamos. —Señaló la colina y la hilera de telescopios—. Los animales salvajes están por allí. —Observó al callado Rossi a través del cristal.

—Dígale que de acuerdo —le sugirió Patrick—. Vamos. —Y le dio un golpecito a Rossi, que por fin se movió, con desgana y haciendo un gran esfuerzo como si saliera de un profundo sueño—. Dígale que les seguiremos.

Los dos coches avanzaron por la carretera alejándose del batiburrillo y del elefante adormilado. Dejaron atrás una casa tras una alambrada y un café al aire libre. Los pétalos multicolores de las sombrillas de aluminio todavía goteaban a resultas de la lluvia sobre las mesas pintadas. Había servicios públicos con unos letreros que decían «Tarzán» y «Jane», disimulados tras jóvenes abedules plateados y un puesto

de peaje a cargo de un guardabosques con un sombrero de *boy-scout*.

Vittorio pagó la entrada; Patrick no tenía dinero y Rossi no hizo ningún gesto. Brenda no creía que fuera tacañería. Simplemente se encontraba en estado de *shock* y no se daba cuenta de nada. Ella misma se sentía mucho mejor desde que había tenido su crisis de llanto y no lograba comprender por qué él todavía estaba tan alterado; la hacía sentirse frívola por recuperarse tan rápidamente. Se preguntó si no sería arriesgado dejar que les condujera entre una manada de animales salvajes; podían acabar todos en el fondo de un barranco.

El hombre del peaje golpeó el techo del Cortina y les dijo que bajaran.

—No pueden entrar en este coche. Abajo todos.

—No podemos bajar —dijo Patrick. El Mini, que aguardaba unos metros más adelante con el motor en marcha, hizo sonar impaciente el claxon.

—¿Por qué nos hace bajar? —preguntó Vittorio aferrándose alarmado a la manija de la puerta.

—Es por la capota —explicó Brenda—. No es segura. Los leones podrían arrancarla.

—Por ahí —les indicó el servicial guardabosques señalando un rústico galpón con un techo de paja situado más abajo, junto al camino—. Cojan el autobús allí y aparquen el coche bajo los árboles.

Esperaron algunos minutos la llegada del autobús. Se sentaron todos en fila con los hombros pegados como si hubieran adquirido la costumbre de apoyarse unos contra otros. El cielo se encapotó sobre sus cabezas, dejando oscuras zonas llenas de lluvia. El Mini rojo les esperaba: los hombres, sin apenas comprender qué sucedía, observaban con curiosidad el Cortina aparcado bajo los árboles con la señora Freda sola en el asiento trasero.

El autobús-safari, cuando llegó, estaba pintado a listas negras, como una cebra. Por su aspecto parecía como si una manada entera de leones se hubiera lanzado sobre el oxidado capó y las mal ajustadas ventanas y hubieran despedazado las llantas. El chófer iba vestido con una chaqueta de camuflaje moteada de verde y un sombrero haciendo juego, un lado recogido en el costado como si fuera un agente de la policía montada del Canadá. Cuando abrió la doble puerta trasera de la camioneta, Brenda vio que llevaba sandalias de plástico, de un vivo color naranja y prácticamente luminosas, y calcetines a rayas.

Le dio un codazo a Patrick, que se había adelantado para subir al autobús, y él se detuvo bruscamente y le preguntó:

—¿Qué hay, ocurre algo? —Con el ceño fruncido y mirando a su alrededor con expresión alarmada.

El chófer le estaba haciendo señales para que subiera y no pudo decirle a Patrick que se fijara en los calcetines.

—Nada —dijo—, nada. —Y trepó a la camioneta y se sentó junto a la ventanilla.

—¿Qué pasa? —le preguntó Patrick instalándose pesadamente a su lado y tirándole de la capa.

—Sus zapatos —susurró ella— y sus calcetines.

—¿Sus qué?

—Fíjate en sus pies.

—Por el amor de Dios... ¿Qué te pasa?

Brenda suspiró y se instaló más cómodamente en el banco de madera. El conductor alargó una mano pecosa, temblorosa de parálisis, y puso en marcha el motor.

—Tiene la enfermedad de Parkinson —dijo Brenda—. No debería conducir un autobús.

Patrick tenía la mirada fija en la mano de Rossi, cogida a los listones verdes del asiento anterior.

—¿Has visto eso? —dijo y le dio un codazo.

—No Rossi, el chófer. O bien es eso o bien tiene más de cien años.

—¿Te has fijado en su reloj?

Ella miró sin interés el estropeado artefacto.

—Se lo rompió jugando al fútbol.

—¿Eso dijo?

—No dijo nada. No creo que le importe que se le haya roto el reloj.

—Cuando la... levantamos del suelo había trocitos de vidrio; había un pedazo adherido a su jersey... en la espalda.

Brenda le escuchó contemplando una mosca muerta, reliquia del pasado verano, que se estremecía sobre el cristal. El autobús cruzó traqueteando los surcos del sendero de gravilla y avanzó dando tumbos por una avenida hasta una verja de metal cubierta con una alambrada y patrullada por unos hombres con escopetas.

—Oh Dios —exclamó—, ¿crees que será peligroso?

—Quieres escuchar lo que te estoy diciendo. Rossi estuvo entre los arbustos con ella antes que ningún otro. Su reloj está roto. Ya te lo he dicho... vi los pedazos.

—¿Qué pedazos?

—Jesús santo —murmuró él—. Se te ha reblandecido el cerebro con el susto. No logro hacerte comprender la gravedad del asunto. No consigo hacer razonar a ese Vittorio ni a ninguno de vosotros. —Parecía dolido como si ella le hubiera decepcionado. Miró tristemente hacia adelante y observó cómo se levantaba lentamente la barrera.

—Lo siento —dijo Brenda—, pero no acabo de comprender qué está pasando. No entiendo por qué no avisamos a un policía. No...

—Por el amor de Dios, piensa en mí. Me vieron. ¿Verdad que me vieron discutir con ella en la Capilla protestante?

—Pero tú dijiste que no le habías pegado —replicó ella envarada.

—Y no lo hice. No le puse ni un dedo encima. Ella me golpeó. Me empujó a un hueco de la pared y me encerró allí. Me costó mucho explicar qué estaba haciendo allí dentro.

—¿Te encerró en un agujero? —Las comisuras de su boca empezaron a curvarse hacia arriba; no podía dejar de admirar la fuerza de ánimo de Freda.

—Y me golpeó en el ojo con una piedra grandota.

—¿Dónde?

Vittorio se volvió a mirarlo. Tenía unas líneas oscuras debajo de los ojos y se le adherían las pestañas.

—¿Qué sucede? —siseó—. Todo el mundo nos está mirando.

—Ssst —protestó Brenda—. La gente nos está mirando.

Instantes más tarde susurró:

—¿Dónde te golpeó con una piedra?

—En el bosque.

—Dijiste que no habías estado en el bosque.

—Pues sí estuve. No estaba molestando a nadie, tirándoles piedrecitas a los pájaros y ella va y me lanza un pedazo de roca entre los árboles.

—No deberías tirarles piedrecitas a los pájaros —dijo Brenda, horrorizada de su crueldad.

Atravesaron un campo de avestruces que huyeron en desbandada al acercarse ellos y desaparecieron entre unos árboles. No parecía un parque. La hierba crecía a trozos y estaba cubierta de estiércol; las hojas colgaban raídas de las ramas.

—¿Verdad que está sucio? —susurró Brenda al oído de Rossi, pero él no le contestó. Se sujetaba la muñeca con una mano, ocultando el reloj hecho añicos.

Brenda palideció. Gotitas de sudor cubrieron sus sienes. Intentó abrir una ventana.

—No puedes hacer eso —dijo Patrick—. No está permitido abrir las ventanas. ¿Qué te pasa? —Y se quedó mirando su cara cenicienta y sus pálidos labios entreabiertos y jadeantes—. Baja la cabeza —le ordenó y la empujó bruscamente hacia el suelo cubierto de colillas de cigarrillo. La sangre le zumbó en los oídos.

—Camellos siberianos —anunció el conductor—, a la izquierda —y un murmullo de apreciación recorrió el autobús.

Brenda no se desmayó. Se recuperó en un instante y su sensible piel se llenó de manchas de color y se recostó en el asiento fría como una muerta y muy asustada.

—Contrólate —dijo Patrick—. Haz un esfuerzo.

Ella ansiaba que él la abrazara. Quería que la protegieran. Quería que le cogieran la mano, pero no estaba segura de que no fuera él quien la asustaba.

—¿Qué haremos? —preguntó, más o menos en el mismo tono en que le había preguntado a la difunta Freda adónde se había ido.

—Ya te lo he dicho —dijo él—. Estoy pensando. Tengo que tener cuidado.

—Pero si Rossi... le hizo daño a Freda...

—¿Crees que conseguiremos poner a éstos en contra suya? —dijo ásperamente Patrick y lanzó una mirada a través de la ventanilla del conductor en dirección al Mini rojo que avanzaba muy despacio entre dos apolilladas llamas—. Ésos se mantendrán unidos. Estarán enloquecidos de miedo de que el señor Paganotti los ponga de patitas en la calle. Y se volverán contra mí. Todos jurarán que yo desaparecí durante horas y salí del bosque con el ojo partido.

Habían llegado a una segunda puerta y les detuvieron otra vez. Junto a una escuálida zanja otro grupo de flamencos picoteaban las orillas y avanzaban vacilantes sobre el lodo con piernas como palillos.

—¿Ella estaba sangrando? —exclamó Brenda en voz alta y Rossi se estremeció como si lo hubieran pinchado.

—Ssst —dijo Patrick—. Tenía el cuello roto.

Brenda pensó de pronto que él era más inteligente de lo que ella había supuesto. Despreocupadamente inclinada sobre sus grandes orejas, la gorra de paño que hasta entonces le había parecido vulgar adquirió una cierta elegancia ante sus ojos. Su cara adquirió una fuerza de carácter que no le había notado hasta entonces. Vittorio, los bigotes lacios, cuando se volvió a mirarles ansioso, le pareció insípido en comparación con Patrick. Incluso las botas con los cordones rojos parecían ligeramente afectadas.

—Siéntate derecha —dijo Patrick—. Contrólate. —Ya actuaba absolutamente igual que Freda.

El autobús cruzó la segunda puerta, atravesó un campo abierto salpicado de coles y viró bruscamente a la izquierda para entrar en un círculo de arena y árboles muertos, todo ello cercado con láminas de hojalata, verde oscuro, abolladas en algunos puntos y que emitían un extraño gimoteo al vibrar con el viento. Unos hombres posaban sobre montículos de barro cocido con látigos en la mano y rifles colgados a la espalda. Vestidos de harapos, los prisioneros estaban agazapados en el suelo e inclinaban las calvas cabezas y se despedazaban el pecho.

—Buitres —susurraron los pasajeros y se estremecieron en sus asientos.

Los hombres con los rifles permanecieron inmóviles posando para las fotografías. Divisaron el hocico de un babuino en la cima de una ladera.

—Ooooh —exclamaron los ocupantes del autobús acercando las cámaras fotográficas a la ventanilla y alargando el cuello para ver al otro lado de la ladera.

—Un momento —dijo el chófer y tocó la bocina y los guardias armados corrieron colina arriba restallando los látigos. Ladrando como perros, una horda de babuinos, repugnantes con sus traseros rosados, saltaron por encima de la ladera y atravesaron brincando la arena gris. Se subieron a un gran peñasco y se amontonaron con sus pequeños en brazos.

—Pobrecillos —dijo Brenda. Eran tan feos, tan humanos en su apariencia, tan perversos en sus miradas.

—Se harían ligas con tus tripas —dijo Patrick—. Te despedazarían miembro a

miembro.

Brenda pensó en Freda sentada en el coche bajo los árboles, enfriándose; era una lástima que no hubieran dejado entrar el Cortina en la reserva. Nadie se habría enterado nunca: una puerta abierta bruscamente, un rápido empujón; podrían decir que se le había parado el corazón. Se estremeció ante su propia audacia. Intentó recordar el aspecto de Freda trotando a pasos largos por el parque en el caballo negro, pero no pudo. Era como si se hubiera abierto una grieta entre ambas, dejando a Freda en un lado y a ella en el otro. La distancia aumentaba de hora en hora. Brenda sintió ganas de llorar y de pedir perdón a alguien.

—Oye —dijo Patrick—, ¿tú crees que yo no la toqué?

Brenda tenía los ojos relucientes, las lágrimas apenas contenidas con dificultad, y carraspeó antes de contestar.

—Sí, lo creo. No seas ridículo.

—¿Estás segura?

—Lo estoy, lo estoy.

Realmente no tenía ningún sentido y él lo sabía. Ella tenía un carácter que le impedía ser sincera. De todos modos, pensó que quizás lograría convencerla.

—Lo que haremos —dijo— es llevarla a Londres y dejarla en alguna parte mientras yo pienso la manera de conseguir que Rossi nos diga qué ocurrió. En tu habitación...

—No —dijo ella—. No hagas eso.

—Por mí.

Inclinó la cara sobre ella; mostró los dientes como un babuino. Le había dicho a Vittorio que no había estado en el bosque para nada. Ella le había oído. Había dicho que había estado en la ciudad. Estaba tan preocupado por que no acudieran a la policía... Freda tenía un rasguño en la mejilla... Él la miraba implorante. Brenda se preguntó si podía adivinar lo que estaba pensando; a pesar suyo, no pudo evitar retroceder ante él, apretándose más contra las ventanillas.

Cuando abandonaban la zona, un mono solitario saltó hasta la cima de la ladera, se levantó sobre las patas traseras y agitó los brazos furioso, exhibiendo un largo y delgado pene como un badajo encarnado.

Los leones y tigres fueron una decepción. Yacían en prados más prósperos bajo las ramas plumosas de unos castaños de Indias y dormitaban.

—No son salvajes —gritó Rossi y relajó el apretón de sus manos y empezó a aporrear la ventanilla con el puño.

Cuando regresaron al galpón del autobús, Patrick sugirió que todos fueran a tomar una taza de té en la cafetería. Aldo Gamberini se deslizó subrepticamente de puntillas hasta el Cortina y golpeó el cristal con los nudillos.

—Por el amor de Dios —gritó Patrick y cruzó la gravilla de un salto y derribó a Aldo de espaldas sobre la hierba—. ¿No hemos tenido ya suficientes sobresaltos por hoy? ¿No ves que la mujer está durmiendo la mona?

Los hombres murmuraron contra el maltrato que había recibido Aldo. Patrick se llevó la mano a la frente y sonrió con un esfuerzo. Ayudó a incorporarse a Aldo y le sacudió las ropas con su gran manaza color malva llena de arañazos en diversos lugares. Los trabajadores no cometieron la imprudencia de criticarlo; cada semana se presentaba al trabajo con la cara cortada o la boca magullada, resultado de haber tenido que demostrar su hombría a la salida del «*pub*» el sábado por la noche. Cerraron filas en torno al desmoralizado Aldo y Patrick abrió la marcha por la carretera en dirección al café, seguido por Brenda y Vittorio a dos pasos de distancia.

Tomaron un té que pagó Vittorio, quien parecía bastante bien dispuesto a rascarse el bolsillo, acompañado de paquetes de galletitas secas crujientes con pasas. Los hombres se repantigaron en torno a las mesas manchadas y se pasaron la postal del mono de mano en mano. Una camarera con unos pechos enormes limpió los manteles de plástico con un trozo de trapo y fue objeto de franca admiración. Tenía el pelo rubio y un tenue vello color jengibre sobre el delgado labio. Freda, pensó Brenda y cerró los ojos, pero ya no lograba visualizar claramente esa cara redonda con los párpados pintados.

Rossi salió del café al cabo de un rato y se paseó por el exterior, las manos cruzadas en la espalda y el mentón hundido sobre el pecho. Patrick le dio un codazo a Brenda y le indicó que debía salir a hablar con él.

—No —protestó ella frunciendo la boca circundada de migas, y él le dio un pellizco bastante fuerte en el muslo y arrugó la frente.

—Háblale, es todo lo que te pido.

No actuaba como lo había hecho en el cuarto de baño. Ya no se mostraba tímido y lleno de reverencia. Brenda mordió el bocado y apartó la pierna y se despegó una pasa de los dientes.

Vittorio estaba sumido en perpetua confusión; el extraño acento del irlandés y el barboteo de Brenda le desorientaban. Escuchó educadamente la conversación de los hombres sobre los plácidos leones, asintiendo en todos los momentos apropiados, paseando continuamente la mirada de Brenda a Patrick y otra vez a Brenda. La postal se curvó por las puntas bajo sus dedos. Patrick se quitó la gorra y la depositó sobre una repisa. Sus orejas salientes quedaron al descubierto rosáceas y encendidas bajo el pelo color cobre. No me gusta sin la gorra, pensó Brenda. Pensándolo bien, no le gustaba en absoluto. En realidad prefería a Rossi con sus molestos modales y sus rizos negros y enmarañados. Se excusó y se levantó de la mesa y salió alejándose por el prado. Los dos caminaron un rato en silencio, recorriendo una y otra vez el sendero frente a la ventana. Hasta sus oídos llegaba el ruido de las tazas entrechocando y el siseo de la cafetera automática. De vez en cuando Brenda captaba la presencia del rostro de Patrick tras el cristal y, cuando llegaron a la esquina del edificio, cogió a Rossi por el brazo, se lo llevó hasta una zanja que bordeaba una valla y la saltó adentrándose en un campo. Él permaneció indeciso al otro lado y se mostró reacio a seguirla.

—Venga —le acicateó ella—. Quiero decirle una cosa —y él saltó torpemente la hendedura del suelo, mojándose un pie en el agua fangosa y sacudiéndolo como un perro, un zapato de ante ennegrecido y la vuelta de su pantalón empapada.

—No es nada —dijo ella impaciente y se agachó tras un montículo de hierba húmeda y se alisó la falda—. Debo decirle —dijo cuando él se hubo sentado a su lado, afanándose con su zapato lleno de agua y secándolo malhumorado con un pañuelo— que lo que hemos hecho está muy mal.

Él parecía un niño que está recibiendo una regañina. Irguió la cabeza rechazando el injusto trato y se negó a hablar.

—La policía —prosiguió ella recordando la noche que se habían llevado detenida a la señora Haddon— hace un montón de preguntas... sobre toda clase de cosas que no parecen tener nada que ver con lo que de hecho ha pasado. Querrán saber qué le dijo ella cuando usted se metió entre los matorrales. Patrick insinúa que ocurrió algo poco claro.

—Todo está siendo demasiado rápido —dijo él—. No puedo pensar.

Pero volvía a ser el gerente de la bodega con la mirada anhelante, calculadora casi.

—Pues será mejor que lo haga. Se lo advierto. Patrick cree que usted le hizo daño a Freda. —Hablabas demasiado rápido para él—. ¿No se da cuenta? Él tiene ese corte en el ojo y tuvo una pelea con ella en la Capilla.

—Nunca le gustó la señora Freda...

—Le tiró piedras cuando estaba en el bosque...

—Ha tirado a Aldo al suelo. Es un hombre violento.

—Sí —asintió ella.

Empezaban a acumular las culpas sobre el irlandés, ladrillo a ladrillo; permanecieron sentados recordando en silencio. Pasado un rato ella dijo:

—No tiene motivo para preocuparse. Deberíamos acudir ahora mismo a la policía.

—No.

—Ella está sentada en su coche. El permiso está a su nombre.

—No es culpa mía.

—Bueno, ellos querrán saber por qué permitió que la metieran en su coche.

Él comprendió lo que ella quería decir pero meneó la cabeza.

—Nada de policía.

—¿Por qué no si puede saberse? —Brenda empezaba a estar bastante irritada con él. Quería que todo quedara resuelto y decírselo a la patrona e informar a la tía de Newcastle; quizá incluso telefonaría a Stanley.

—Patrick —dijo en voz muy alta, hablando muy despacio y modulando claramente cada palabra— intenta echarle la culpa a usted. Dice que había trozos de vidrio debajo del jersey de Freda. Y yo le vi alejarse entre los matorrales. Tendré que decírselo a la policía. Si una dice mentiras siempre lo descubren y aún es peor.

—¿Qué vidrios son éstos? —preguntó él—. ¿Qué son esos vidrios debajo de su jersey?

—No debajo. Adheridos a la pelusa de la espalda. Y Patrick quería saber qué le ocurrió a su reloj.

—Mi reloj —repitió él en voz baja y miró con ojos vacíos la esfera rota sobre su muñeca.

Se le escapó un largo suspiro. Empezó a jugar absurdamente con su pañuelo manchado de barro.

—Será mejor para todos —dijo Brenda.

Él empezó a contarle a trompicones una historia.

—Cuando la señora Freda vino al despacho y me dijo que la dejara en paz a usted, yo me enfadé mucho. Ella mencionó al señor Paganotti...

Al recordar el incidente Rossi se ruborizó con renovada rabia. Ella había estado tan amenazadora y poco femenina, aporreando su escritorio con el puño como un hombre. No había sabido qué hacer con ella. Cuando su mujer visitó la fábrica con su sobrina de Casalecchio di Reno casi no podía respirar de miedo a que Freda irrumpiera en el despacho y le denunciara. Cuando ella se presentó y le preguntó si podía usar el teléfono su corazón casi dejó de latir. ¿Cómo podía dejarle utilizar el teléfono con su mujer ahí sentada, escuchando? ¿Acaso no le había dicho a su mujer que el señor Paganotti había organizado la Excursión hacía mucho tiempo y que no iría ninguna mujer? Freda había aguardado sonriente, revolviéndole sus bien ordenadas etiquetas en sus estantes. No se atrevía a decirle que se marchara. Sus labios sonrosados relucían; estaba tan segura de sí misma. Y después Vittorio parecía inquieto y preocupado. Dos veces se acercó a la puerta principal de la fábrica para mirar a uno y otro lado de la calle...

—Pero no le hice caso. Pensé que sólo lo decía para molestarme.

Siempre estaba molestando a la gente, pensó Rossi, entrometiéndose entre él y la señora Brenda, creándole problemas a todo el mundo. Se le había insinuado a Vittorio. Lo había invitado a su habitación y le había dado *brandy* robado del señor Paganotti. Quería que él la llevara a cenar a un restaurante. En el despacho le había hablado en voz baja al oído como si estuvieran comprometidos...

—Y Vittorio no quería venir a la Excursión. Tuve que convencerlo en la calle. Quería irse a casa. Dijo que ella siempre estaba discutiendo.

Vittorio le había hecho telefonar a la empresa de autobuses y anular la reserva de la camioneta para que nadie pudiera ir al campo. No fue agradable tener que llamar al hombre y decirle que no quería su camioneta. Se sentía avergonzado de haber hecho una cosa semejante. Vittorio había dicho que el domingo tenían que ir a la fábrica como si no pasara nada... luego todos regresarían a sus casas... sólo que cuando estuvieron en la fábrica le había parecido una lástima desperdiciar el día, llevaba sus bocadillos... además su primo Aldo Gamberini insistió en que salieran y Salvatore tenía su coche...

—Cuando jugamos al fútbol creí que todos lo estábamos pasando bien. La pequeña confusión en la fortaleza... bah, ya está todo olvidado. Cuando montamos los caballos creí que Vittorio también estaba contento. Miraba a Freda como si estuviera enamorado de ella.

Era cierto. Vittorio era un hombre educado; el señor Paganotti, su tío, le había pagado los estudios. Había estudiado arte... cerámica. Al ver a la señora Freda en su caballo se había sentido como cuando leía algo en uno de sus libros. Estaba aprendiendo algo. No había sido sólo el vino que le había hecho sonreírle de ese modo. A Rossi le había parecido muy sencillo sugerirle a Vittorio que se la llevara al bosque. ¿Cómo podía negarse? Brillaba el sol; los pajaritos cantaban.

—Yo quería que todos estuviéramos contentos, que todos fuéramos a retozar un poco en el bosque. Le pedí a Vittorio que se llevara a Freda a dar un paseo. Los hombres, los cuatro, estábamos contentos jugando al fútbol. Él dijo que Freda le diría a su tío, el señor Paganotti, que él había estado en su habitación y había intentado meterse en la cama con ella. Yo quería ayudar a mi amigo. Esperé un poco.

El vino le había excitado. Cuando se alejó a través del prado tenía la cabeza llena de imágenes de Freda: sola en su habitación, en una bata negra, bebiéndose el *brandy* del señor Paganotti; tendida de espaldas al sol. Cuando montó el caballo negro sus nalgas parecían dos redondos melones.

—Me metí entre los arbustos para pedirle a Freda que no hablara con el señor Paganotti. —Rossi se puso a temblar. Estrujó el pañuelo en la palma de la mano.

—Siga —le alentó Brenda—. ¿Qué dijo ella?

—No la vi. Estaba hablando con Vittorio.

—No es posible.

Brenda estaba a punto de estallar de resentimiento. No comprendía por qué Vittorio le había dicho mentiras sobre Freda; no comprendía por qué Rossi pretendía afirmar que Vittorio estaba entre los arbustos. Quería pegarle al pequeño italiano que permanecía ahí sentado y no le decía la verdad; quería irse a casa.

—Bueno —dijo molesta—, yo no lo veo claro. Y supongo que a la policía tampoco le gustará.

De pronto no quiso seguir usando la capa morada; no le pertenecía. Se desabrochó el cuello y encogió los hombros para hacerla caer. No sabía por qué le interesaba tanto conocer la verdad. ¿Quién era *ella* para erigirse en juez? Saberlo no cambiaría las cosas para Freda. Ya más calmada dijo:

—Pero yo le vi salir a usted de los matorrales. No vi a Vittorio. Y usted estaba llorando en el coche.

—Estuve caminando unos minutos. Te miré y parecías una niña tumbada en la hierba. Después vi a Vittorio que se alejaba y desaparecía otra vez entre los arbustos. Creía que ella estaba dormida. Y cuando comprendí...

Se interrumpió y bajó los ojos que empezaban a llenársele de lágrimas. Ella también se puso a llorar, de puro cansancio, quedamente, con muchos sorbetones.

Ya casi había oscurecido. La cafetería estaba cerrando. Entre los árboles empezaban a encenderse luces y se oía el sonido distante de puertas metálicas al echarles el cerrojo. Un carro con una manguera avanzó lentamente por la carretera rumbo al cercado de los leones. Patrick estaba molesto porque Brenda se había ausentado tanto rato. Había ido hasta el coche buscándola. Los hombres habían llamado su nombre por encima del seto.

—No lo oí —dijo ella.

Él la cogió del brazo y se detuvo a murmurarle en el oído. Los hombres se sentaron en una valla baja y miraron hacia el otro lado.

—¿Ha dicho algo?

—Dice que Vittorio estuvo en los matorrales antes que él.

Patrick soltó una maldición.

—¿Ahora cederás? —preguntó Brenda—. ¿Podemos ir a la comisaría de policía?

Le estaban estafando su muerte a Freda. Brenda sabía que si la hubieran encontrado muerta a ella a cielo descubierto, Freda se habría golpeado el pecho y habría aullado sus lamentos. Ese proceder, ese meterla en coches y mantener deliberaciones secretas, era un menosprecio hacia ella. Habríase dicho que Patrick debía saber cómo tratar a los muertos, siendo irlandés; todos esos llantos y gemidos y flamear de velas durante toda la noche. Le dio la capa morada a Vittorio y le dijo que envolviera a Freda con ella. Sólo cuando ya estuvo sentada en el coche se dio cuenta de que iba toda de negro; su vestido de lana, sus medias oscuras, incluso sus zapatos en sombras debajo del tablero de mandos eran totalmente adecuados para un funeral. Le hubiera gustado decírselo a Rossi pero no quería ser petulante. Él estaba ajustando el espejo retrovisor, haciéndolo girar hacia aquí y hacia allá; posiblemente intentaba evitar la imagen de la cabeza de Freda doblada sobre su pecho. Brenda intentó refugiarse en el sueño mientras el coche bajaba serpenteando por el camino, el Mini rojo delante, pero estaba completamente despierta, su cerebro repleto de imágenes: el borde del mantel levantándose en el aire con el viento, caballos corriendo junto a los árboles, la pelota blanca botando hacia el cielo. Los faros del Cortina iluminaron la pared desconchada del café al aire libre; las sombrillas metálicas centellearon un instante y desaparecieron. Cuando empezaban a subir la colina, a Brenda le pareció oír el sonido de un elefante bufando abajo en el prado. Patrick y Vittorio iniciaron una conversación inconexa jalonada de largos silencios; algo relacionado con el clima de Italia. Parecía que acabaran de conocerse mientras esperaban un tren.

—En el sur es distinto.

—Eso he oído. Una vez leí un artículo sobre Nápoles en el periódico.

—Ahí también hace calor —dijo Vittorio.

—Un lugar sucio en todos los aspectos —dijo Patrick.

—Un puerto. Ya se sabe, muelles... desperdicios... fruta.

—Una peste terrible en verano. Como de cuerpos en descomposición. —Se puso encarnado. Incluso en la oscuridad, Patrick se ruborizó como una mujer aunque nadie

podía verlo.

Cuando entraron por la parte norte del Parque, Rossi condujo muy despacio. El Mini rojo se había perdido de vista. Ya había cruzado velozmente la zona de pícnic y había salido del Parque y se acercaba a la plazuela.

Los faros del Cortina perforaron la oscuridad. Brenda vio el apagado resplandor de la valla de madera a lo lejos. El coche avanzó lentamente siguiendo el borde del prado y se detuvo. Rossi paró el motor. Se oyó un leve sonido metálico mientras la llave se balanceaba brevemente en el arranque. Se oían respirar unos a otros. El viento murmuró como un prolongado suspiro entre la hierba negra.

—Bueno —dijo Patrick—, tenemos que decidir alguna cosa. Entre los cuatro.

Cinco, pensó Brenda. A medida que sus ojos se habituaron a la oscuridad consiguió identificar la silueta del roble cortado y la masa gris de los arbustos detrás. Habían dejado un barril de vino sobre el tocón del árbol. Si tenían intención de seguir ocultando a Freda tendrían que deshacerse de ese barril; era una prueba circunstancial.

—Será mejor que nos digamos la verdad —dijo Vittorio. Su voz sonó muy distante, como si estuviera afuera, en alguna parte, y les hablara desde allí—. Por mi parte no tengo nada que ocultar. —Sin embargo no pudo evitar taparse la cara con las manos en un gesto de desesperación.

—Pues yo sí —dijo Patrick—. He tenido problemas con la policía otras veces.

Brenda se contuvo en el último momento y no se volvió. Se echó a temblar al pensar que se había salvado por los pelos y ante las implicaciones de sus palabras. Había estado varias horas a solas con él en el baño —incluso había cerrado la puerta con llave— y habría dado un paseo por el bosque con él si se lo hubiera pedido, simplemente para alejarse de Rossi.

Él dijo:

—Nada que me avergonzara contarle a mi propia madre. Peleas, quiero decir... por beber una gota de más. No quiero ponerme en sus manos. Antes de que sepas dónde estás, ya has dicho algo, ¿y ellos no van y lo escriben como si fuera una cosa distinta?

Brenda deseó que no hablara con ese ridículo acento. Todo lo que decía estaba entre interrogantes. Sabía a qué tipo de problema se refería Patrick. A Stanley tampoco le gustaba la policía, aunque sabía Dios por qué; con frecuencia le habían llevado a casa cuando se había caído en una zanja de regreso de la «Little Legion». El parque de noche le recordaba el campo que había dejado: las luces de la ciudad parpadeando a la derecha, las ramas finas y alargadas de los árboles; si abría la ventanilla quizás oiría el ulular de una lechuza.

—Cuánta tranquilidad —murmuró aunque nadie la oyó.

Las raras ocasiones que ella y Stanley salían juntos, recorriendo a pie las tres millas hasta el pueblo, siempre se quejaba de una punzada en el costado. Más de una vez se había burlado del tipo de diversión que ofrecían en la «Legion»: el chico listo

con un traje de *teddy-boy* aferrado a un micrófono y cantando «Delilah» a pleno pulmón. En la «Legion» la tenían por engreída, a pesar de que alargaba las vocales al hablar con ellos, a pesar de que había intentado jugar al billar. Y no es que fuera demasiado distinta de los demás; había gran cantidad de obreros polacos, residuos de la guerra, e inmigrantes paquistaníes que trabajaban en las fábricas. Ella siempre era muy amable con todo el mundo. Nunca había hecho una escena, ni siquiera cuando Stanley se cayó por la escalera del lavabo de caballeros y se partió la frente, pero él parecía constantemente incómodo en su presencia. La golpeaba repetida y dolorosamente en el muslo y la hacía callar. Cuando les llevaban a casa en un coche, la granja aparecía en el valle en forma de un cuadrado anaranjado, minúsculo; la ventana de su madre estaba iluminada por una lámpara que no se apagaba nunca, ni siquiera cuando dormían. La puerta grande brillaba bajo los faros junto a la carretera. El sendero hasta la casa estaba carcomido por los surcos de la lluvia. Las piedras cubrían el camino. Las ovejas se levantaban torpemente mientras Stanley bajaba la ladera haciendo eses, orinando al mismo tiempo. Toda la tierra se levantaba como un vasto cálido pecho.

—Yo tuve la culpa —dijo inesperadamente Brenda. No había advertido que Rossi acababa de invocar instantes antes el nombre del señor Paganotti—. No debí estar desagradable con ella. No debí molestarla. De este modo, no se habría alejado hacia los matorrales.

—Por el amor de Dios —gritó Patrick. Se inclinó hacia delante en su asiento e intentó rodearle los hombros con un brazo en un torpe gesto de simpatía y Freda se deslizó lentamente hacia el suelo sobre la funda de plástico del asiento. Bajaron del coche aterrados, cerrando ruidosamente las puertas y corriendo hacia el árbol cortado como si fuera un refugio. Rossi gimoteaba. Empezó a correr en círculos alrededor del roble y el barril de vino vacío. Repentinamente se adentró veloz en la oscuridad. Escucharon durante unos instantes la acometida de su cuerpo y su débil lamento; luego desapareció. Forzaron la vista intentando penetrar la penumbra.

—¿Dónde ha ido? —susurró Patrick.

—Volverá —dijo Vittorio—. Es muy nervioso. Muy sensible. Ya volverá. —Tenía una voz agradable, acariciante; parecía lleno de compasión.

Brenda tiritaba sin su capa. Los hombres regresaron al coche y la llamaron cuando tuvieron a Freda bien sentada. Brenda se desplomó en el asiento delantero y se acurrucó con los brazos en tomo a las rodillas y apretó sus dientes castañeteantes contra las muñecas.

Patrick empezaba a abandonar la idea de intentar hacer confesar a los italianos: eran demasiado extranjeros; Vittorio se había cerrado como una ostra y Rossi estaba ahí fuera en algún lugar balbuceando como un crío en medio de la oscuridad. Tenían que regresar rápido a Londres y dejar a Freda en alguna parte por esa noche. Lamentaba haber perdido tanto tiempo correteando por el campo. Por la mañana o bien se le habría ocurrido algo o, si no, cogería el barco de regreso a casa y dejaría

que se las arreglaran solos. Tenía una radio que podía empeñar y un tipo que conocía en el bar de Waterford Castle le debía algunas libras. Brenda no le serviría de nada. Nunca decía lo que pensaba. Le escondería si así se lo pedía, sólo para traicionarlo instantes después.

Vittorio tenía un dolor en el pecho. Le dolía la cabeza. Si hubiera estado viva, Freda le habría estado acariciando el muslo en la oscuridad. A lo mejor había tenido suerte, al partir rápidamente y tan joven. A él, dentro de muchos años, quizás le esperaba la enfermedad, el dolor; se arrugaría y se ennegrecería como una aceituna abandonada en el suelo. Tristemente, movió la rodilla e imaginó que Freda empezaba a estar muy fría; el contacto helado de su hombro contra él le sobrecogió como una bofetada. El reborde de su oreja, apenas entrevisto entre las frondas de cabello, quemaba como el hielo.

De tarde en tarde un coche subía zumbando por la carretera; la luz se derramaba sobre las ventanillas como un diluvio de agua y se escurría en el acto. Pasado un cuarto de hora, Rossi regresó al coche y se instaló en el asiento del conductor. Su respiración era jadeante como si hubiera corrido varias millas. Vittorio le dijo algo y él asintió con la cabeza. Cuando accionó el contacto del motor, sus dedos aparecieron sucios, las uñas ribeteadas de tierra, bajo la débil iluminación.

En la autopista, el Cortina se mantuvo en el carril de marcha lenta y le adelantaban continuamente.

—Más deprisa —le apremiaba Patrick, pero Rossi no hacía caso.

Brenda detestaba ir deprisa; era espantoso tener que confiar su vida a otra persona. Rossi podía perder el control del volante en cualquier momento y hacerlos salir rodando a todos en pedazos. Estaba rodeada de peligros: la gente que les adelantaba zumbando por la carretera, los aviones que se acercaban a aterrizar sobre su cabeza, avanzando como vagones de ferrocarril sobre las frágiles verjas; un avión abandonó la pista de aterrizaje de un aeropuerto cercano y se elevó veloz en una trayectoria de colisión. Brenda tenía una mano constantemente sobre el botón de la puerta, preparada para saltar fuera si el coche se desviaba o empezaban a caer los aviones.

—Pisa fuerte —ordenó Patrick como un gángster de película—. Tenemos que abandonarla en alguna parte durante la noche. —Y continuaron balanceándose al unísono mientras avanzaba el coche.

Brenda escudriñaba las afueras de la ciudad en busca de lugares de reposo para Freda. Rechazó con espanto la palabra «abandonar»; ¿sin duda él no hablaba en serio? Tantos descubrimientos sobre su persona en tan breve tiempo la hacían estremecerse de desconfianza de pies a cabeza. Vio el portal de una iglesia, una casa medio derribada. En Shepherds Bush, un ángel negro volaba sobre una plataforma entre los álamos. Pasaron junto a la cúpula verde del Music Hall. Rodaron velozmente a través del parque —un perro se detuvo paralizado en la cuña amarilla de los faros— y penetraron en el resplandor cegador de High Street. El reloj de la

fachada de la lavandería automática marcaba las nueve menos cinco minutos cuando doblaron la esquina y se detuvieron frente a la fábrica cerrada.

El Mini cogió un desvío equivocado poco antes de la M1. Los hombres se lo tomaron con filosofía. Tenían el vino que había sobrado para reconfortarse.

—Qué manera de comportarse —dijo Salvatore, pensando en la figura sensual en el asiento trasero del Cortina.

—Pero espléndida sobre un caballo —observó Gino con rencor. Prefería a las mujeres más delgadas; él mismo era bajito de estatura, con las piernas frágiles y las mejillas cavernosas.

Aldo parecía desconcertado al ver que su primo había desaparecido otra vez. Había ido hasta la fábrica en el coche de Rossi y temía tener que regresar en metro. Estaba ofuscado por el Beaujolais y fatigado tras el partido de fútbol. Salvatore estaba dispuesto a dar un rodeo y acompañarle hasta su puerta, pero Aldo no quiso oír hablar de ello.

—Vine con él —dijo obcecado—. Y regresaré con él.

Parecía evidente que Rossi llevaría a las mujeres inglesas hasta su casa. Posiblemente tendrían que subirla de algún modo por la escalera. Todos coincidieron en que tendrían mucho que contarles a sus compañeros de trabajo cuando los vieran por la mañana: las idas y venidas en la fortaleza... la discusión entre Vittorio y Rossi... la pelea entre las dos damas inglesas... el regreso del irlandés con la cara partida... el espectáculo de la señora Freda transportada en andas desde los arbustos... Si Amelio y Stefano hubieran podido estar allí para verlo con sus ojos.

Siguió un momento de silencio durante el cual pensaron en los miembros menos afortunados de la expedición que nunca habían viajado más allá del muro de la fábrica.

—Seguro que recuperarán su dinero —dijo Aldo.

Casi les pasó por alto el coche de Rossi aparcado junto a la acera. No se les había ocurrido que pudiera estar allí; esperaban encontrarlo frente a la casa de las chicas inglesas. Se detuvieron y retrocedieron hasta el pasaje. La persiana estaba levantada. Era inaudito; era algo no autorizado. ¿Cómo podía tener Rossi la osadía de entrar en el local comercial del señor Paganotti después de la hora del cierre? Nunca habían visto una cosa igual, excepto en Navidad, cuando el señor Paganotti celebraba una pequeña fiesta en su oficina y bailaba rígidamente con su secretaria. Avanzaron sigilosamente por el pasaje y se detuvieron ante la puerta de acceso. Gino se quitó el sombrero. Empujaron la pesada puerta hacia dentro y se deslizaron por el pasadizo hasta la nave embotelladora. Estaba a oscuras salvo una solitaria bombilla amarilla encendida bajo el techo. La planta permanecía en silencio bajo su andrajosa

cobertura; una rata hizo crujir las cajas de cartón. La señora Brenda se había desplomado sobre un cajón junto a la pared. Vittorio y Rossi, jadeantes y con gran esfuerzo, empujaban a la señora Freda, tendida en un carretón, hasta la boca del montacargas.

Todos se acercaron corriendo en sus mejores ropas, azotando el suelo de cemento con sus zapatos mojados. Se inclinaron sobre la figura extendida, hombro contra hombro.

—No miréis —empezó a decir Vittorio.

—*Madre di Dio* —exclamó Aldo Gamberini, balanceando el cuerpo y gimoteando, ya vestido de luto.

Brenda se había escabullido hacia su casa por la calle familiar. La escena de la fábrica, el llanto de los hombres, las exclamaciones desenfundadas de Rossi y Vittorio —desaparecida toda compostura ahora que ya no estaban solos en esa difícil situación— la habían hecho sentirse incómoda. Le resultaba difícil no sonreír. Volvió la cara hacia la pared y descubrió los dientes. Los hombres cesaron en sus lamentaciones cuando Rossi y Vittorio se llevaron a Freda al primer piso. Levantaron las caras hacia el techo y escucharon el crujido del carretón sobre las maderas. Tras un intervalo, descendió el ascensor. Los hombres se alinearon en su interior, empujándose para hacerse sitio, cada uno con un sombrero contra el pecho; parecían una familia posando para una fotografía. La mortecina bombilla barría su pelo engrasado con una luz dorada. El ascensor subió entre crujidos; una hilera de zapatos, cubiertos de barro, se confundió con la oscuridad.

Brenda aguardó unos minutos pero nadie bajó. El abrigo de piel de cordero de Freda, entremezclado con la capa morada, yacía abandonado en el suelo polvoriento.

Decidió que se habían olvidado de ella.

Cuando entró en la habitación con cocina vio la mesa puesta para dos, el platito de aceitunas, la plateada rodaja de mantequilla. La visión de las servilletas dobladas bajo los platos ribeteados de azul la afectó mucho más que el pañuelo lila arrastrándose colgando del carretón funerario: no soportaba la idea de acostarse en la cama. No se atrevía a acercarse a la silla junto a la chimenea; el gastado almohadón presentaba la huella del peso de Freda. En la habitación no había nada suyo; en todas partes veía a Freda: la revista junto a la ventana, el sostén de encajes suspendido sobre la estufa de gas, sujeto a la repisa de mármol de la chimenea por el reloj tictaqueante. Se desmoronó bajo la continua presencia de Freda. Habría preferido haberse quedado en el coche, en la fábrica. No había caído en la cuenta de que encontraría la habitación convertida en un jardín de los recuerdos. Si aguzaba el oído sólo escuchaba el tictac del reloj y el minúsculo crujido de las hojas secas en el espantoso centro de mesa dispuesto para una cena romántica. Instantes después, atrapada en el centro de la alfombra, oyó un golpecito en la ventana. Alguien estaba tirando piedrecitas contra el cristal. Apoyó la mejilla contra el cristal y miró hacia la calle. Era Patrick.

La estaba mirando muy rígido, con la cara levantada, las piernas estrechándose hasta confluír en un punto sobre los adoquines. Salió corriendo al descansillo loca de alivio al no encontrarse ya sola y allí se detuvo. Freda le había dicho que era una víctima, que estaba empeñada en destruirse; era posible que Patrick hubiera regresado porque ella sabía demasiado. Cuando habían entrado a Freda en la fábrica, el irlandés había supervisado la operación, había mantenido abierta la puerta, había buscado a tientas el interruptor de la luz. Cuando la habían tenido instalada en el carretón, él ya había desaparecido.

Brenda acarició la barandilla. Recordó a Patrick en el lavabo enrollando el trozo de cuerda apretadamente en torno al gancho del techo. Se apretó las manos contra las mejillas y se le abrió la boca. Tenía que protegerse a toda costa. Volvió a la habitación y forcejeó con la ventana. Introdujo la raqueta de tenis en su sitio y se arrastró hasta el balcón.

—¿Qué quieres? —gritó. Vio que él tenía una botella de vino en la mano.

—Déjame entrar.

—No puedo.

—Déjame entrar.

—La patrona no nos deja recibir a nadie después de medianoche.

—Por el amor de Dios, sólo son un poco más de las diez.

Brenda no podía creerlo. Le parecía que era medianoche; se habían levantado tan temprano y el día se había prolongado tanto y tanto.

—Estoy cansada.

Él hizo gesto de subir las escaleras de entrada. Levantó la mano para golpear la aldaba de bronce.

—Espera —gritó desesperada Brenda, temiendo que las dos enfermeras le dejaran entrar—. Ahora bajo. —Si él la atacaba en la entrada gritaría o correría al encuentro de algún coche que pasara por la calle.

—¿Qué han hecho con ella? —le preguntó Patrick cuando le abrió la puerta.

—La han dejado arriba entre los muebles.

—Déjame entrar. Me muero por tomar una taza de té.

—No puedo.

Brenda se sentó en el escalón tiritando.

—He mangado una botella de vino. ¿No quieres un traguito de vino?

—Me haría daño —dijo ella.

Patrick depositó la botella en el escalón junto a la enredadera marchita. Se quitó la gorra y se sentó. Parecía un chico de los mandados; debería ir montado en una bicicleta, repartiendo mantequilla y huevos y silbando, pensó ella.

—¿Qué dirán? —gimoteó Brenda—. ¿Qué puede pasar?

Él intentó sonreírle pero le tembló la boca.

—No sé qué hacer —reconoció—. Estoy agotado.

—Ahí arriba es horrible —le dijo ella—. Sus cosas... sus ropas... por todas

partes.

—Estoy agotado —repitió malhumorado él, como si ella no tuviera derecho a importunarle.

En los apartamentos de enfrente se abrió una puerta. Una anciana se asomó a su balcón y llamó con voz temblorosa:

—¡Tommy! ¡Tommy! ¡Tu cena está lista, Tommy!

—Arriba está puesta la mesa —dijo Brenda.

—No tengo hambre.

—No. Quiero decir para ella y Vittorio.

—¿Para ti no?

—No —respondió ella—. Sólo para ellos.

Las hojas del seto de aligustre se fragmentaban bajo la luz de la farola. Unas sombras recorrieron la cara de Patrick. Se sacó un pañuelo del bolsillo del impermeable y lo depositó en el escalón, entre los dos. Lo desplegó. Contenía algunos pedacitos de vidrio.

—Es el pañuelo de Rossi —dijo Brenda.

—Lo sé. El vidrio procede de la esfera rota de su reloj. Lo encontré entre los matorrales.

—¿Para qué lo has traído?

—No he sido yo —respondió él—. Lo trajo Rossi. ¿No desapareció en medio de la noche camino de regreso a casa? Se los mangué de la chaqueta cuando entramos en la fábrica.

—Oh —exclamó ella—, eres un tipo listo —no del todo sincera.

No sabía qué pensar y tenía dificultades para concentrarse. Aunque quisiera quedarse en la habitación con cocina, ¿podría pagarla? ¿Podría convencer a su padre para que le mandara un poco más de dinero? Cuando la gente averiguara lo de Freda sin duda saldría en los periódicos y su madre le diría a su padre que no le mandara nada, sólo para obligarla a volver a casa.

Saldrían de compras y su madre le diría que se quedara en el coche para que no la vieran los vecinos. Le diría qué ropas debía ponerse, tiraría sus medias negras y le compraría un sombrero rosa en el Bon Marché. La instalarían en una tumbona en el jardín y la tratarían como una inválida, sólo que con mayor severidad. Nunca le permitirían levantarse tarde por las mañanas, al menos una vez pasada la primera semana. Ahora que me ha llegado el momento, pensó, mi deseada soledad, ¿podré hacer frente al gasto?

—Voy a entrar —anunció—. Estoy muerta.

Él hizo girar y girar la gorra en sus manos entre las rodillas encogidas.

—Como quieras. —Dejó caer el pañuelo con los fragmentos de vidrio entre las reacias manos de Brenda—. Te dejo esto.

Ella mantuvo el pañuelo a cierta distancia de su cuerpo como si hubiera peligro de que explotara. No protestó, porque estaba contenta de que él no insistiera en

seguirla al interior de la casa.

—Buenas noches —murmuró.

Con el golpe de la puerta no pudo oír las palabras de despedida de Patrick. Cogió una almohada y mantas de la cama y subió al cuarto de baño. Mala suerte si alguien intentaba usar el lavabo durante la noche. Freda decía que el hombre de arriba era un cochino de todos modos; probablemente meaba en el lavabo. Con un poco de suerte las entrometidas de la planta baja tendrían guardia esa noche. Antes de echar el cerrojo se acordó de la ventana abierta.

Al cruzar la habitación se metió una aceituna en la boca, pero tenía un sabor amargo y la dejó otra vez encima del mantel. El sostén de Freda temblaba en la corriente de aire.

María se enteró por su cuñado Anselmo. Consternadas contorsiones distorsionaron su cara. Él le tapó la boca con la mano, por temor a que se pusiera a ulular como un ferrocarril, y la ayudó a sentarse en la silla de Rossi, detrás del escritorio. Aunque normalmente se habría levantado inmediatamente de un salto por respeto al despacho del gerente, esta vez se quedó desplomada en la silla con los ojos desorbitados fijos en los dedos apretados de Anselmo. Fue una suerte que Vittorio tuviera preparado un vasito de *brandy* para ofrecérselo en cuanto se recuperó un poco; dadas las circunstancias lo apuró de un solo sorbo. Se abanicó con el delantal para refrescarse las mejillas y aguardó mientras Vittorio iba a buscar a Brenda a los lavabos, donde se había pasado prácticamente toda la mañana vomitando agachada sobre la taza. Ambas mujeres se abrazaron y se separaron llorosas.

—Es obra de Dios —sollozó María.

—Sí —dijo Brenda, aunque no acababa de estar demasiado segura. Se sentía realmente mal: tenía el estómago revuelto. Estaba cansada tras la noche pasada en el baño, vibrante de sueños.

—Tenemos que prepararla. Tenemos que ocuparnos de ella. María había amortajado a una tía y a un hijito de Anselmo, pero nunca en tales condiciones.

—Yo no puedo hacer nada —exclamó alarmada Brenda—. No quiero subir allí arriba.

Al otro lado de la ventana los hombres formaban pequeños grupos dispersos por la planta embotelladora. Durante toda la mañana habían subido de dos en dos en el viejo montacargas y habían visitado a Freda, para regresar con el rostro sereno y los ojos chispeantes de excitación. Susurraban frenéticamente. La máquina traqueteaba y daba vueltas. Levantaban los ojos hacia la Virgen de la pared y se santiguaban. Hacía una hora que Rossi había sido convocado en el despacho principal por el señor Paganotti y aún no había regresado.

—Necesitaremos agua y trapos limpios —dijo la devota María—... ropas limpias para amortajarla. —Sería inconcebible usar las esponjas del banco de trabajo.

—Podría ir a casa a buscar su manopla —se ofreció Brenda— y su camisón negro.

María no quiso ni oír hablar del camisón negro —no debía ser ninguna prenda oscura—, pero aceptó la manopla y le pidió que le trajera una palangana y polvos y un cepillo para el pelo. A Brenda le pareció absurdo tanto alboroto veinticuatro horas demasiado tarde: Freda ya no iría a ninguna parte.

Sonó el teléfono y Anselmo dijo que el señor Paganotti quería hablar con Vittorio. Todos se quedaron muy callados, pensando en Rossi y en qué estado se encontraría. Quizá se había derrumbado en el despacho principal y le había contado al señor Paganotti que en el primer piso había un cadáver entre las mesas y las sillas de sus parientes. Vittorio asintió varias veces con la cabeza. Permanecía muy erguido, con la

cabeza respetuosamente inclinada como si el señor Paganotti estuviera realmente en la habitación.

—Vete, vete —dijo María ahuyentando a Brenda hacia la puerta con el delantal—. Ve a buscar el guante. —Se permitió beber otro poquito de *brandy* a fin de tomar fuerzas para la tarea que la esperaba.

La enfermera de la planta baja salió al vestíbulo en bata y zapatillas cuando Brenda abrió la puerta de la calle.

—Oh, eres tú —dijo—. ¿No estás trabajando?

—Sólo he vuelto un momento —dijo Brenda.

La enfermera la dejó subir algunos peldaños y entonces preguntó a sus espaldas:

—¿Tu amiga está en casa?

Brenda se agarró a la barandilla y se detuvo.

—No, no está en este momento.

—Bueno, querrás decirle que quisiera que me devolviera mis servilletas. Se las presté ayer. Dijo que sólo las necesitaba por una noche.

—¿Servilletas? —dijo Brenda con el corazón palpitante.

—Quiero llevármelas cuando me vaya a trabajar. Puedo hacerlas lavar gratis.

Brenda la miró desde la escalera. Tenía una piel casi transparente y ojos oscuros acostumbrados a detectar síntomas de fiebre y desarreglos internos.

—En realidad —dijo Brenda— se marchó anoche... al extranjero. —Freda llevaba años ahorrando para viajar al continente. Nunca había ido porque nunca había economizado; tenía una libreta postal en la que depositaba parte de su salario todos los meses y la sacaba el mes siguiente.

—Qué suerte —dijo la enfermera balanceando la toalla del hospital—. Supongo que no le vendrán mal unas vacaciones después de que su madre muriera de esa forma.

En realidad, una vez hubo empezado, no le costó explicarlo. Freda debía cobrar algún dinero de la herencia de su madre, no gran cosa pero lo suficiente para unas vacaciones, y su tío Arthur, que tenía una situación holgada, le había adelantado los fondos para que pudiera marcharse. Siempre había deseado visitar España —le interesaba mucho el baile flamenco— y había partido de improviso. Lo había decidido, había hecho la maleta y se había ido.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó la enfermera rascándose una mejilla envidiosa con el mango del cepillo de dientes. Brenda dijo que dependía del tiempo. Después de todo estaban en invierno; no era como si fuera a estar tumbada en alguna playa. Podía regresar la semana siguiente o tal vez nunca.

—¿Nunca? —exclamó la enfermera.

Brenda se rió.

—Ya sabes lo que quiero decir. Puede que sí, puede que no...

Siguió subiendo la escalera estremeciéndose de risa.

—Quién sabe —gritó desde la curva de la escalera y continuó avanzando a

trompicones dando grititos y jadeando para recuperar el aliento.

Cuando regresó Brenda con el *necessaire* color pastel y la palangana, los trabajadores estaban apiñados en el búnker de cemento debajo de la salida de incendios. Les oyó gritar al acercarse a la puerta comunicante que daba al pasaje interior. La planta embotelladora estaba parada. Sólo el viejo Luigi, imperturbable ante el drama, seguía pegando etiquetas a un ritmo desenfrenado. Stefano montaba guardia junto al ascensor.

—Sube —dijo apuntando el dedo directamente hacia arriba. Ella dijo que no, que no subiría, gracias, sólo había traído unas cosas para María.

Él le dijo que fuera a buscar a Salvatore al búnker para que le relevara mientras él llevaba la palangana arriba.

Los hombres, envueltos en restos de viejas alfombras, permanecían sentados sobre cajones boca abajo, liando cigarrillos y gesticulando.

Brenda se sintió terriblemente al margen del asunto. Por su manera de actuar, tan absortos, las caras tensas de dolor, los ojos tristemente posados en los paquetes abiertos del almuerzo, habríase dicho que Freda era de su familia. Se preguntaba qué debía haberles dicho Rossi. Sin duda no les habría dicho que Patrick le había roto el pescuezo a Freda; nadie podía saberlo con certeza. Rossi parecía terriblemente inquieto. Estaba temblando y discutía con Vittorio.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Brenda.

—El señor Paganotti quiere que se retiren los muebles del primer piso —respondió Vittorio—. Esta misma tarde subirá en el montacargas para dar un vistazo.

—Bueno, ella no puede seguir allí de todos modos —empezó a decir Brenda—, comenzará a... —Pero no pudo seguir. No sabía con seguridad cuánto tardaban en empezar a oler los cuerpos; quizá allí en la fábrica, con la temperatura próxima a la congelación, Freda podría conservarse eternamente.

—¿Para qué quiere cambiar de sitio los muebles ahora? —preguntó—. ¿A qué vienen estas prisas repentinas?

—El señor Paganotti me llamó a su oficina —se lamentó Rossi—. Su secretaria estaba ahí sentada, sonriendo y preguntándome cómo había ido la Excursión. ¿Lo habíamos pasado bien en el campo?

—Qué raro —comentó Brenda. La secretaria del señor Paganotti procedía de una familia acomodada de Roma. A ninguno le había atraído la idea de invitarla a la Excursión. Difícilmente podía considerársela una trabajadora.

—Yo miré al suelo —continuó Rossi—. El señor Paganotti me preguntó si me había gustado la Mansión Señorial. Si era una Mansión Señorial interesante.

Eso había sido gentil por su parte, pensó Brenda. Quién hubiera pensado que el señor Paganotti recordaría un detalle como ése.

—El señor Paganotti dice que está reorganizando sus dependencias comerciales.

Va a comprar la nueva maquinaria, a ampliar... necesita más espacio para las oficinas. Para los pedidos, la contabilidad. Quiere que los muebles desaparezcan del primer piso.

—Yo me habría muerto —suspiró Brenda, llena de compasión hacia Rossi.

Al parecer había notado cuán trastornado estaba Rossi. Había puesto mala cara. Había introducido el pulgar en el bolsillo de su chaleco a rayas. Había preguntado qué pasaba.

—Yo le he dicho que los hombres están muy atareados en estos momentos —dijo Rossi—. Le he dicho que tenemos la partida de jerez de Santander; es preciso vaciar los barriles y tenerlos listos mañana para la devolución. Le he dicho que si los barriles no están listos para devolverlos habrá unos gastos de almacén. —Rossi abrió las manos, con las palmas levantadas, para demostrar que no había ocultado nada—. El señor Paganotti lo ha entendido en seguida. Ha dicho que es una lástima, pero que no hay más remedio. Me ha dicho que continuara con mi trabajo y que él mismo subiría luego, por la tarde, a echar un vistazo.

—Podría haberle dicho que el montacargas estaba estropeado —dijo Brenda—. O que no era seguro.

—Nunca ha sido seguro —terció Vittorio—. Pero entonces subiría por la escalera.

—No si la llenamos de muebles que bloqueen el paso.

—Ah —exclamó Rossi—. Eso es. —Y los hombres, cuando se lo hubo explicado, aporrearon la mesa con entusiasmo y abandonaron el búnker de cemento para empezar a construir la barricada en el acto.

—¿Qué les habéis dicho a los hombres? —preguntó Brenda, que se había quedado sola con Vittorio.

—Yo no he dicho nada.

—¿Les has dicho que fue Patrick?

—No les he dicho nada. Sólo les he dicho que ocurrió un accidente. Que Rossi y yo saldríamos malparados. No somos ingleses. El irlandés está resentido con nosotros. Han comprendido. No quieren que nuestras familias se vean humilladas, nuestros hijos... no quieren ver deshonrado el buen nombre de mi tío, el señor Paganotti.

—¿No les ha parecido un poco raro?

—¿Raro?

Brenda pensó que Vittorio era increíble; todos eran inconcebibles. En su mutua lealtad, unidos en un país extranjero, parecían haberse olvidado de Freda.

—La muchacha que vive en mi casa acaba de pedirme que le devuelva las servilletas —dijo bruscamente.

Él la miró sin comprender.

—Para tu cena.

—¿Qué cena?

—Freda confiaba que regresarías a casa con ella. Había comprado mantequilla y

otras cosas. Y las pidió prestadas para que tú te secaras los labios.

—No tengo noticia de ninguna cena —replicó él.

—Bueno, ella pensó que quizá volveríais juntos. Le he dicho a la enfermera que se había ido al extranjero.

—Al extranjero —repitió él.

—A España. Le he dicho que le gustaba bailar. —Y nuevamente estalló en breves trinos de risa, su cara totalmente transformada por las sonrisas.

—Estás sobreexcitada —dijo él y le sirvió un poco de vino de la jarra que tenía encima de la mesa.

Mientras ella seguía riendo, introduciéndose los dedos en los carrillos y mostrando todos los dientes, Vittorio de pronto tuvo una idea. Se echó a temblar de excitación. Salió corriendo del búnker y fue en busca de Rossi. Brenda se quedó dormida con la cara encima de la mesa, rodeada de un montón de bocadillos.

Cuando despertó de su sueño, Brenda ya no se sentía mareada ni ofendida. Había ido al cine con Freda; Freda vestía un traje pantalón y uno de esos sombreros blandos con algunas flores de trapo en el ala. Se había quejado amargamente de que no podía ver la maldita pantalla. Los hombres de la fila de atrás dijeron «¡Ssst!» muy fuerte y patearon el respaldo del asiento. Brenda le susurró que se quitara el sombrero. «¿Por qué?», dijo Freda y Brenda recordó una pequeña copla que le había enseñado su madre, unos versos sobre una mujer pequeñita con un estupendo sombrero... que fue al cine y se instaló en su asiento. Freda chilló y recitó rápidamente... los hombres de atrás no podían ver nada... y por fin se cansaron. Por alguna razón a Brenda la alegró mucho que Freda también supiera la coplita. Estaba radiante en la oscuridad. Se volvió a besar a Freda en la mejilla y en el acto se despertó.

Se habían esfumado las preocupaciones y el miedo, el oculto resentimiento. Freda habría sido la primera en estar de acuerdo; no tenía importancia cómo hubiera muerto, de nada servía agitarse ahora. La vida estaba llena de trámites, normas y formalidades, papeles que era preciso firmar. ¿Acaso no había sido siempre Freda la primera en condenar la reglamentación de las masas? ¿Tenía realmente mayor importancia que Rossi y Vittorio, todavía vivos en un mundo mezquino, lucharan por proteger el honor de sus familias? Ningún número de preguntas o sumarios criminales o castigos la resucitarían. Brenda casi estaba dispuesta a subir en el montacargas y ver a Freda toda limpia y bonita tras los cuidados de María.

Salió al pasaje y atravesó la puerta comunicante que conducía a la fábrica. Aldo Gamberini y Stefano, a cargo del trabajo que antes hacían ocho hombres, corrían atolondrados tras las botellas que rotaban en la máquina. Salvo por el viejo Luigi, el banco de etiquetaje estaba desierto. Entró en el despacho y encontró a Rossi manipulando el papel tornasol y los tubos de ensayo.

—Ya me encuentro bien —le dijo—. No me importa quién tuvo la culpa. Le

devolveré su pañuelo si quiere.

—Mi pañuelo... —Y se llevó la mano al bolsillo del mono, sin recordar que el día de la Excursión llevaba sus mejores pantalones y un jersey.

—No tiene importancia —dijo Brenda y se quedó sólo ligeramente desconcertada al ver la capa morada y el abrigo de piel cordero colgados detrás de la puerta.

—¿Ha bloqueado la escalera? —preguntó ella—. ¿Ha impedido que suba el señor Paganotti?

—El señor Paganotti ha salido —replicó Rossi—. Creo que se le ha olvidado.

—¿Y qué hará mañana entonces? Él no saldrá todos los días.

—Has sido tú —exclamó él y se levantó de la mesa lleno de admiración—. Tú nos has dado la solución.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

—Nos has hablado de España. Nos has dado la idea. —Y empezó a pasearse por el despacho, la cara iluminada de admirado reconocimiento—. La meteremos en un barril, en un tonel. Es sencillo. Ahora mismo Gino está aserrando la tapa para abrirle el paso.

—¿No querrá meter a Freda en un barril?

—Mira —dijo él—. Ahora estamos embotellando el jerez. Vaciamos el jerez del tonel. Cuando los barriles estén vacíos vendrá el hombre y cargaremos los barriles vacíos en el camión. Los llevarán a los muelles y volverán a Santander.

—¿Con Freda?

—Pues, claro —dijo él—. Ya está resuelto.

Brenda lo miró. Bajo sus ojos escépticos se dibujaban manchas de fatiga.

—¿Y qué ocurrirá cuando abran los barriles allí? ¿O cuando quiten el tarugo o cómo se llame... en Santander? —Era un nombre adorable; sin duda habría bailaores flamencos.

—Marcaremos el barril indicando que no es bueno... malo para el vino... defectuoso... que gotea. Lo arrojarán al mar.

—¿Al mar? ¿Está seguro?

—Pero claro. Lo he visto durante mi aprendizaje. Conozco estas cosas; los barriles que no sirven se echan al mar.

A Brenda no le gustaba mencionarlo, pero le pareció que debía hacerlo.

—Rossi —dijo—, ¿y si hay una huelga en los muelles? ¿Siempre hay una huelga u otra en alguna parte?

Él se la quedó mirando.

—¿Por qué te preocupa una huelga?

—Bueno, ella podría empezar a... ¡a oler! —Él se quedó boquiabierto—. Deberían meter algo en el barril con ella, *brandy* por ejemplo. Para conservarla. —Brenda no tenía fuerzas para mirarlo. Posó los ojos en el suelo.

—Pero no podemos usar el *brandy* del señor Paganotti; es muy caro, muy bueno.

Sin embargo, empezaba a comprender qué quería decir ella. Quizá sólo un

poquitín de *brandy*. Tendrían que ajustar muy bien la tapa, para evitar filtraciones. La muchacha inglesa tenía razón. Sin duda habría un tipo u otro de huelga.

—Así lo haremos —anunció—. Pondremos un poco de *brandy* en el barril... sólo un poco.

—Bueno, me alegra saberlo —dijo Brenda y se preguntó quién le diría a la tía de Newcastle que Freda había huido a España.

María quería flores para Freda; dijo que sin flores no podía ser. Salió del montacargas acalorada tras su trabajo, las mangas del vestido subidas hasta los codos, el delantal cubierto de manchas húmedas. Vittorio dijo que él pondría el dinero y que comprarían unas cuantas en la tienda de High Street.

—Muchas flores —reiteró María, y extendió los brazos indicando una cierta amplitud e hizo girar los ojos.

Brenda pensó que costaría una fortuna.

—No —intervino alarmado Rossi—, no podemos ir a la tienda de High Street. ¿Para qué estamos comprando flores? Podría vernos el señor Paganotti... o el señor Cavaloni, el contable... o la secretaria de Roma.

María se desinfló decepcionada. Nunca había amortajado a una persona sin flores.

Al cabo de un rato a Rossi se le ocurrió que cuando su mujer había comprado polvos para lavar, unos días antes, había regresado a casa con una rosa de plástico.

—Un regalo gratis —anunció excitado.

—Los polvos de lavar no son gratis —puntualizó Brenda.

Él agitó las manos impaciente.

—Todos compraremos los polvos... iremos todos, uno a uno, y compraremos los polvos con la rosita.

Durante toda la tarde, los hombres acudieron al supermercado y regresaron con paquetes de polvos de lavar y el regalo gratis. Brenda pagó su paquete de su propio bolsillo. Le pareció que era un gesto. Se quedó escandalizada cuando la rosita resultó ser una especie de tulipán con un largo tallo amarillo.

El novio de la secretaria romana del señor Paganotti llegó a las seis en su coche deportivo rojo y tocó el claxon. La secretaria del señor Paganotti salió corriendo a la hora en punto, con su abrigo de piel color marrón caramelo, y se acomodó ágilmente a su lado en el asiento delantero. Cinco minutos más tarde, el contable, el señor Cavaloni, escoltó al señor Paganotti hasta su Bentley gris y le abrió la puerta con la cabeza respetuosamente inclinada. Se estrecharon la mano. Un niño con una pelota rascó la reluciente pintura con la uña y fue amonestado. Cuando el Bentley gris dobló la esquina, el señor Cavaloni montó en su Ford y se alejó calle abajo.

Los trabajadores se dirigieron al montacargas y subieron en grupos hasta el

primer piso. Vittorio habían mandado a Brenda a la confitería italiana de Lucas Street. Allí compró unos panecillos secos rellenos de chocolate y un pastel, *torta di riso*, que María dijo que era una especialidad de Bolonia. Habían despejado una mesa de comedor, infestada de carcomas como un colador, y encima dispusieron los pasteles y una hilera de vasos de papel. Rossi había hecho subir cinco botellas de Spumanti. Los hombres se habían quitado los monos de trabajo y se habían lavado las manos en el patio antes de acercarse a presentar sus últimos respetos. El tonel de jerez, vacío y con la tapa limpiamente serrada, estaba preparado junto al montacargas. Al fondo de la habitación, con velas encendidas junto a la cabeza y los pies, yacía Freda en un diván cubierto de tulipanes de plástico. Le habían cerrado los ojos. Vestía una larga túnica blanca que le llegaba hasta los tobillos. María le había quitado las botas hechas a mano y, después de pensarlo un poco, había enfundado sus pies en un par de calcetines de tenis con las plantas un poco gastadas. Su pelo, cepillado y ligeramente rizado, vibraba sobre la tapicería gris.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó Brenda cuando posó por primera vez la mirada en el vestido blanco. Era un camisón de dormir, de diseño sumamente antiguo; frágiles encajes bordeaban el cuello y los puños.

—De la caja del señor Paganotti —explicó María y se apresuró a explicar que estaba limpio y oreado. Ella misma había calentado una vieja plancha de vapor que había encontrado en el sótano y lo había planchado. Cuidadosamente dispuesto, ya no se veían las pardas manchas de humedad.

Los hombres sirvieron tímidamente el Spumanti. Habían encontrado copas en el despacho exterior.

—Cuidado, cuidado —recomendaba Rossi temiendo que pudieran romper algo. Se agruparon junto a la boca del montacargas, en medio de un montón de sillas de cocina y de chucherías, y desde allí observaron las velas vacilantes al fondo de la habitación. Brenda todavía llevaba su vestido negro y sus medias y el viejo abrigo que Freda despreciaba.

Los hombres que no habían participado en la inolvidable Excursión estaban encantados con la desusada festividad del momento. Los demás, exhaustos tras el día anterior y las horas pasadas vaciando la partida de jerez a velocidad vertiginosa, se frotaban las arrugadas frentes y contenían los bostezos. María se sentó en un sillón cubierto de polvo; las piernas no le llegaban al suelo. Algunos pelos grises se escaparon del moño que llevaba en la nuca y se derramaron por su espalda mientras se balanceaba hacia atrás y hacia adelante bebiendo su champán a grandes sorbos. Recordaba otros lugares, otras muertes. Sus labios se movían.

—En fin —suspiró Rossi—. No somos nada. Es la vida.

—Eso, eso —asintieron los hombres, aunque vida no era.

Brenda contempló el distante sofá. Desde ese ángulo no se veía a Freda salvo un dedo gordo del pie abrigado en su calcetín de tenis y un festón de rizos dorados sobre el tapizado en sombras. Recordó que Rossi la había llevado allí dos semanas atrás. La

había perseguido alrededor de las mesas y las sillas. Ella había saltado por encima del respaldo del sofá y había tropezado. Él le había saltado encima. Su boquita roja había caído sobre ella en medio de un crujir de muelles y una nube de polvo. Había intentado desabrocharle el abrigo. Ella había rodado hasta el suelo, chillando y agitando los guantes de goma ante su cara. Freda, cuando se lo contó, había estado sarcástica. «Debes estar loca», había dicho. «Jamás me verás a mí acostada en ese sucio viejo diván». Brenda miró de reojo a Rossi para comprobar si él también lo recordaba, pero estaba examinando el barril junto al montacargas.

—Está guapa, ¿verdad? —preguntó María.

—Muy guapa —convino Brenda. ¿Dónde estaban las ropas de Freda, su jersey morado, sus bragas? Yo no podría hacer una cosa así, pensó mirando a María, ni aunque me pagaran.

—Tiene magulladuras en sus espléndidas piernas —murmuró María.

—¿Magulladuras? —dijo Brenda.

—Y en el vientre. Tiene magulladuras.

—Oh —dijo Brenda y se preguntó si el paseo a caballo sería la causa de las magulladuras de las piernas. Freda había dicho que estaba dolorida; había dicho que le dolían los muslos... no había mencionado el vientre.

Los hombres empezaban a deambular por la habitación, relajados por el Spumanti. Abrieron los cajones y miraron en el interior de las maletas y encontraron partituras de música. Gino, agotado tras sus esfuerzos con una sierra mellada, se echó sobre un colchón enmohecido y se durmió. Permaneció repantigado con la boca abierta y roncando suavemente.

—Está cansado —dijo Rossi excusándolo, temeroso de que pudiera parecer una falta de respeto. Al amparo de la penumbra, le puso la mano en la cintura a Brenda y la palpó con los dedos. Se la llevó junto a una librería apoyada contra la pared y señaló los estantes con el dedo.

—Creo que es muy buena, ¿verdad? Es muy valiosa. —Se relamía la punta de su prominente nariz.

—No —dijo ella— casi todo es madera contrachapada. Fíjese en el barniz ordinario del acabado.

Él se mostró ofendido. Nada remotamente relacionado con el señor Paganotti podía ser ordinario o vulgar. Sin embargo, no le soltó la cintura.

Se oía un considerable zumbido de conversación cada vez más alto. Los panecillos se desmigajaron sobre el suelo. Se vaciaron las botellas de vino. Los hombres se llenaron los carrillos de pastel de arroz y masticaron y masticaron. María, tesa como un huso en su silla, los dedos unidos y apuntando hacia el pecho, cerró los ojos y rezó. Anselmo encontró un viejo gramófono con una manivela; una voz aguda por la edad comenzó a gorjear una balada.

—*Santa Vergine* —clamó María en voz alta y el disco fue retirado bruscamente. El plato continuó girando y girando, más y más despacio. Desde abajo les llegó el

sonido de fuertes golpes. Alguien estaba aporreando las persianas del galpón de carga y descarga con un ladrillo. Una voz, amortiguada a esa distancia, pero terriblemente alta afuera en la calle, pedía que le dejaran entrar. Vittorio se santiguó. Miró a su alrededor en busca de Rossi, pero no pudo localizarlo. Se reanudaron los golpes, más fuertes esta vez.

—El irlandés —susurró Aldo Gamberini, la cara aplastada contra las ventanas que daban a la calle.

—Dejadle entrar —gritó Vittorio—. Despertará a toda la ciudad.

Nadie se volvió. Como un hombre desahuciado, Vittorio corrió hacia el montacargas y desapareció bajo el suelo.

Cuando regresó en compañía de Patrick todos continuaban en sus sitios: María en la silla, los hombres alrededor de la mesa, Gino dormido sobre el colchón polvoriento.

Patrick miró los restos del pastel, las botellas vacías, las velas vacilantes.

—Por el amor de Dios —exclamó—. ¿Qué estáis haciendo?

El corte del ojo empezaba a cicatrizarle; ya no se distinguía bajo la pálida luz. Vio el sofá, el pelo desparramado sobre el brazo acolchado, el blanco montículo cubierto de rígidas flores perennes.

—¿Dónde está ella? —preguntó volviéndose hacia los demás, que se habían agrupado para protegerse—. ¿Dónde está Brenda?

Los otros también escudriñaron las sombras, el apagado resplandor de la librería barata, la cueva negra tras un montón de cajas.

Patrick corrió hacia la pared. Saltó por encima de las sillas. Derribó las cajas de un puntapié. Prendas de ropa se derramaron por el suelo, libros viejos; se oyó un crujido de platos al desintegrarse. Pero Patrick había cogido a Rossi por la garganta, le había izado literalmente de la oscuridad cogiéndole por el delantero de la chaqueta, sacudiéndolo como un sonajero. Los hombres tuvieron la impresión de que sacudiría hasta el último aliento de su cuerpo. Se abalanzaron sobre él. Le agarraron por el pelo. Le separaron del jadeante Rossi. Brenda, despeinada, con el abrigo desabrochado, salió a la luz dando traspies sobre una alfombra de vajilla rota. Observó el círculo de hombres con sus ojos miopes. Estaba terriblemente asustada y confundida.

—Tú... —dijo—, creí que te habías ido.

—¿En un momento como éste? —gritó Patrick indignado. Se le veía más natural que antes, derribada la gorra de su cabeza, un botón arrancado de su impermeable. María dejó escapar una breve risita seca y ahogada y se cubrió la boca con una mano. Los hombres, asustados por los fuertes golpes que habían propinado, temblaban bajo la luz de las velas. Rossi se incorporó, se acomodó la camisa, se ajustó la corbata destrozada.

—No tienes ningún derecho —dijo—. No tienes derecho a tocarme. —Y se le descompuso la cara ante la injusticia de lo ocurrido.

Los trabajadores no sabían qué pensar. En todo caso, sus simpatías más bien se inclinaban hacia el irlandés; estaba tan visiblemente acongojado por haber encontrado a la señora Brenda en brazos de Rossi. Sacudieron el impermeable de Patrick con manos indecisas. Recogieron su gorra del suelo y esquivaron los ojos de Rossi.

—¿Te has vuelto loca? —dijo Patrick con voz entrecortada, dirigiéndose exclusivamente a Brenda.

—Lo siento —dijo ella—, de verdad lo siento. No es lo que crees.

Le habría consolado si hubiera sabido cómo hacerlo. Su manera de mirarla delante de todo el mundo resultaba embarazosa.

Vittorio le estaba gritando a Rossi. Rossi había retrocedido un paso y parpadeaba con ojos humedecidos.

—¿Cómo has podido? —repitió Patrick como si ella hubiera caído de un pedestal.

—Sólo estábamos mirando la librería —gimoteó ella—. Ya sabes cómo es Rossi, ya te lo había dicho... —Y se interrumpió porque nunca lo había hecho; era a Freda a quien se lo había dicho.

Él se sentó en el colchón junto a Gino, como si estuviera cansado.

—No pensaréis enterrarla aquí arriba —dijo meneando la cabeza y contemplando el diván funerario.

—Se nos ha ocurrido un plan —explicó ella—. Es bastante bueno. —No parecía justo permitir que continuara sufriendo, temiendo ser descubierto... aguardando la llamada a la puerta, los hombres uniformados en la escalera—. Nada puede salir mal. No debes temer.

—Yo no fui —dijo él—. Por el amor de Dios, yo nunca le hice nada. —Apuntó un dedo en dirección a Rossi—. Fue ese bastardo, te lo digo yo. Yo nunca le toqué ni un pelo de la cabeza.

—Oh, bueno —murmuró ella—, no tiene importancia. —Asombrada, vio escaparse unas lágrimas de sus dolidos ojos azules. Se desplomó sobre el colchón a su lado y hubiera querido rodearle los hombros con el brazo.

Vittorio se le acercó y susurró:

—Vamos a meterla en el barril. Se está haciendo tarde.

—Yo me voy —exclamó ella levantándose de un salto, horrorizada—. No puedo mirarlo.

—Baja a la oficina —dijo él—, con el irlandés. Quiero decirte algo. —Y deslizó una mano bajo el codo de Patrick y le ayudó a incorporarse—. Bajad y esperadme —dijo.

Brenda condujo a Patrick al montacargas. Él caminaba arrastrando los pies como un viejo, perdida toda su combatividad. Esperaron un buen rato, Patrick desplomado tras el escritorio de Rossi, ella de pie mirando la planta de la fábrica y las cajas apiladas al otro lado de la ventana.

—Son muy amables en realidad —dijo—. Son buenos hombres.

—¿Qué están haciendo con ella ahora? —preguntó él.

—Cosas... la están metiendo en un recipiente.

—¿Un recipiente?

—En un barril —dijo ella—, con *brandy*. Van a exportarla.

Pensó que quizá él se reiría, pero no fue así. Ella se mordió el labio por si acaso.

—¿Ya está? —inquirió cuando Vittorio y Rossi entraron en el despacho. Se preguntaba si también habrían metido los tulipanes de plástico.

—No —dijo Vittorio—, los hombres están trabajando ahora en ello. —Miró a Rossi y al irlandés detrás del escritorio. Dijo algo en italiano.

—Quiero contaros lo que ocurrió —anunció Rossi—. Fui yo.

El irlandés no parecía escuchar.

—Quiere contaros la verdad —dijo Vittorio.

—¿De quién ha sido la idea de meterla en un barril? —preguntó Patrick.

Rossi levantó las manos en señal de desesperación. Empezó a pasear por el despacho. Al captar su reflejo en el espejo próximo a la puerta se sacó un peine del bolsillo y se ocupó de acicalar su pelo.

—Díselo —insistió Vittorio.

—Fui yo —anunció de nuevo Rossi apartándose del espejo y haciendo acopio de valor para acercarse bastante al irlandés. Apoyó las manos en el escritorio y bajó la cabeza—. Yo lo hice.

—¿Qué ocurrirá en Santander cuando intenten llenar otra vez los barriles? ¿O aquí, si el viejo Paganotti se equivoca de barril y se sirve un trago? Jesús, el *brandy* tendría más cuerpo del que él pueda haber deseado jamás. —Soltó una risita nerviosa.

Vittorio dijo muy despacio:

—Rossi quiere contaros qué ocurrió con la señora Freda.

En su desesperación, golpeó el secante con el puño y los tubos de ensayo rodaron y chocaron entre sí. El irlandés concentró su atención en Rossi.

—Es un mal asunto —empezó a decir Rossi—, pero es la verdad. —Miró brevemente a Vittorio, que le animó con un gesto de asentimiento—. Lo juro. —Se llevó las manos al pecho con pasión—. Yo estaba junto a la valla mirando jugar al fútbol a todos los demás. Vi que la señora Freda desaparecía entre los arbustos. Vi que Vittorio desaparecía entre los arbustos. Cuando Vittorio salió yo volví a entrar. —Agitaba la muñeca en una y otra dirección para indicar las idas y venidas entre los matorrales—. Ella tenía calor y se estaba levantando el jersey del vientre.

Rossi ahora estaba plantado con los pies muy separados, preparado para hacer frente a algún sobresalto o a un golpe que no tardarían en administrarle. Los demás le observaron con curiosidad mientras se levantaba el jersey por encima de la cintura de los pantalones. Vieron un botón caído, un breve asomo del chaleco.

—Yo soy un hombre —declaró él—. Había estado bebiendo. Vi su piel acalorada subiendo y bajando con la respiración, los bultitos temblorosos. Quise abrazarla pero era demasiado alta. Sólo llegué hasta aquí. —Había empezado a mimar el incidente. Se inclinó desde la cintura y circundó el aire con los brazos. Sus rizos se desplomaron

sobre la frente—. Ella me dijo... me dijo... —Obviamente le resultaba demasiado doloroso repetirlo.

Vittorio frunció el entrecejo y golpeó ligeramente el escritorio con las puntas de los dedos. Rossi continuó:

—Ella retrocedió un poquito, así. Me cayó encima. Su cuello hizo así... —comenzó a alejarse de ellos, retrocedía tambaleándose de una manera ridícula, con el jersey enrollado alrededor del tórax; había empezado a levantar un brazo en el aire. De pronto lo alargó y echó la cabeza violentamente hacia atrás tirándose del pelo. Se le abrió la boca; su lengua se agitó de un modo espantoso; emitió un breve chasquido. Se incorporó y miró de reojo a su público, que permanecía sentado observándole muy rígido. Vittorio estaba pálido y desazonado. Los ojos castaños parecían habersele ensanchado, como si quisieran prepararse para todo lo que aún tendría que ver, que sentir. Sus dedos jugaron con el borde del cuello de la camisa y le rozaron la garganta. Rossi señaló el suelo polvoriento del despacho.

—Ella se cayó. Bang. Yo caí encima suyo. —Aterrizó absurdamente sobre las rodillas a pies de ellos y quedó de cuatro patas delante del escritorio—. Mi cabeza chocó contra su estómago. —Y levantó bruscamente el mentón como si le diera un cabezazo a una pelota. Sus ojos se cerraron mientras embestía la cálida curva del vientre de Freda.

Siguió una larga pausa. Nadie decía nada. Pasados unos momentos Rossi señaló:

—Había una piedra bajo mi muñeca. Cuando me levanté no me funcionaba el reloj. Estaba destrozado.

Después guardó silencio. Se levantó y se sacudió el polvo de las rodillas con la cara acalorada. Miró otra vez a Vittorio.

—No he olvidado nada, de verdad —balbuceó—, nada. —Sacó el peine y se rastrilló nuevamente el pelo con mirada trágica.

Parece razonable, pensó Brenda. Deseaba conocer los detalles exactos. Era el tipo de accidente que podría ocurrirle a cualquiera, si era una persona alta y un hombre bajito se agarraba a ella entre los matorrales. Desde luego no era un motivo para ahorcar a nadie.

—Bueno —dijo Patrick de mala gana—, al menos ahora lo sabemos. —Parecía como si le hubieran estafado.

Por la ventana, Brenda vio a Salvatore y a Aldo Gamberini que sacaban rodando un enorme barril del montacargas.

Brenda quería que Patrick la acompañara a tomar una taza de té en su casa; la mantequilla y las aceitunas continuaban encima de la mesa. Él se negó. Ni siquiera quiso ir andando con ella. Se alejó sin decir palabra y dobló la esquina. María dijo que la esperaba su hermana. Tenía la cara deformada de tanto llorar en el lavabo mientras los hombres cerraban el barril. Había estado sollozando, recostada en la

pared con la manopla de baño de Freda apretada contra los ojos.

—No sigas —le había aconsejado Brenda—. Te pondrás enferma.

Los hombres habían barrido las migas y habían apagado las velas. Temblando por el despilfarro habían bombeado una cierta cantidad de *brandy* desde el sótano. Habían encolado la tapa del barril en su sitio y la habían clavado. Luego lo habían marcado indicando que estaba inutilizado.

Vittorio montó en el Cortina con Rossi y un tambaleante Aldo Gamberini. Bajaron la persiana metálica verde del pasaje. Anselmo ajustó el candado y se acercó al coche para darle la llave a Rossi. Los que tomaban direcciones contrarias se estrecharon la mano.

—*Ciao* —murmuraron, agarrando con fuerza las carteras y las bolsas.

Brenda no quería ponerse patética, conque les lanzó un breve y animado saludo con la mano y se alejó bajo las farolas.

Se sentía muy abandonada, habría hecho cualquier cosa con tal de no tener que recorrer la calle cada vez más oscura a solas. No pudo comer nada, no lograba sentirse cómoda en su habitación con derecho a cocina. El reloj se había parado sobre el sostén colgante, un ratón había mordisqueado la punta de la mantequilla. Recordó el resto de la copla que sabía Freda:

*Se volvió hacia la mujer, ahí sentada,  
vio el ratón bajo la silla;  
una mujer pequeña, un gran sombrero,  
no podía ni pensarlo.  
Ella se levantó y salió de casa;  
el hombre contento, ya no vio el ratón.*

—Ah —exclamó en voz alta—, qué hombre más astuto.

Retiró las servilletas dobladas de debajo de los platos azules y bajó a llamar a la puerta de la enfermera. Nadie le contestó. Blandió un dedo en la oscuridad y se sentó en la escalera. Tenía el cuello terriblemente agarrotado. Se lo frotó por debajo del pelo y volvió la mirada hacia arriba, y vio a Freda cayendo de espaldas. Venga, se dijo, basta ya. No tenía con quien hablar; incluso la gata estaba dentro, segura ahí abajo, encima de la alfombra, delante de la chimenea de la patrona. Se sentía como una de esas viejecitas de los pisos, merodeando por los balcones en busca de alguna persona a quien poder llamar. Empezó a subir las escaleras muy decidida con las servilletas en la mano para retirar las cosas de esa horrible mesa. Tenía que guardarlo todo en su sitio. Cuando entró en la habitación, la pantalla con el fleco se puso a dar vueltas: Freda caía, caía. Oh Dios, pensó, ¿siempre la veré así? Intentó pensar en Freda corriendo detrás de la pelota, montada en el caballo. En vez de eso vio a Freda arrastrando su abrigo a través del prado en dirección a los matorrales. Vio a Vittorio gritándole a Rossi junto a la valla de troncos. Le vio coger una cosa de la muñeca de

Rossi. La sacudía; se la llevaba al oído. Vio a Rossi saliendo de los matorrales. Sintió las cosquillas de la hierba en la mejilla. Vittorio corrió hacia Rossi; intentó deslizarle algo en la mano. Rossi permaneció parado como un sonámbulo, anonadado. Vittorio estaba abrochando la correa de un reloj en torno a la muñeca de Rossi. Freda cayó de espaldas. «No he olvidado nada», murmuró Rossi mirando a Vittorio, «nada». Brenda meneó la cabeza y deseó poder dejar de pensar en ello. Rossi era un hombrecito tan leal. Sería capaz de hacer cualquier cosa para proteger el nombre de Paganotti. No importa, pensó Brenda, ya no tiene la menor importancia.

Sacó algún dinero del bolso y bajó a telefonar a Stanley. El prefijo era muy largo: los hilos telefónicos atravesaban todo el país, cruzaban Ramsbottom y descendían por la ladera hasta la granja.

La señora Haddon contestó el teléfono.

—Diga.

—Hola —dijo Brenda—. Soy yo, Brenda. ¿Puedo hablar con Stanley, por favor?

—El señor Haddon no se encuentra en casa en estos momentos. ¿Desea dejarle algún recado?

—Quiero volver a casa —dijo por fin Brenda.

—Me temo que no será oportuno. El señor Haddon tiene otros planes. Una mujer del pueblo...

Colgó el auricular.

Brenda fue a trabajar a la hora acostumbrada. Había hecho la maleta por la noche. No sabía qué hacer con las cosas de Freda: sus programas de teatro y su joyero con los huesos de ciruela. Su padre dijo que la esperaría en la estación si sabía con seguridad en qué tren iba a llegar.

—Necesitas un poco de consuelo hogareño, ¿eh? —le gritó en tono jovial por el teléfono.

—Algo así —le había contestado Brenda.

—Muy bien, pollita —respondió él—. Mamá te estará esperando.

El camión estaba aparcado frente a la fábrica de botellas esperando que terminaran de cargar. María lloraba. Unos cuantos hombres y una mujer en un abrigo andrajoso se alineaban en la acera.

—Deja de llorar —dijo Vittorio—, empiezas a llamar la atención.

Cuatro hombres con monos verdes aparecieron en la rampa del galpón de carga y descarga empujando un tonel de jerez. Abajo en la calle, una hilera de trabajadores con bufandas y sombreros blandos de ala ancha aguardaban que concluyera el trabajo.

—Es espantoso —dijo Brenda—. Creo que voy a desmayarme.

Apesadumbrada junto al bordillo, se tapó la cara con las manos y observó el barril de madera que empezaba a rodar rampa abajo. Una docena de hombres con las

cabezas gachas lo izaron hasta el camión. Habían depositado una flor de plástico sobre la tapa. Firmaron los papeles. Brenda, que se quedaba cortada con facilidad, no quería que la vieran curioseando embobada en la calle. Se negó a mirar la parte trasera del camión, gris de polvo, cuando colocaron el último barril en su sitio.

—Se va —exclamó María, y el motor arrancó y el vehículo se alejó lentamente de la rampa, el tulipán de plástico meciéndose con el viento.



BERYL MARGARET BAINBRIDGE (Liverpool, 21 de noviembre de 1932 - 2 de julio de 2010) fue una novelista inglesa.

Es autora de dieciocho novelas, dos libros de viajes, dos ensayos, dos volúmenes de relatos y cinco obras para teatro y televisión. Fue nominada en cinco ocasiones al premio Booker, y en 2011 le otorgaron el premio póstumo por su labor literaria. En 2008 *The Times* la incluyó en la lista de «Los 50 escritores más importantes desde 1945». *The Guardian* la calificó como «un tesoro nacional».

Sus primeras novelas fueron muy bien recibidas y tuvieron gran éxito entre los lectores, pero ella no obtuvo grandes ingresos derivados de sus ventas. Su primera obra *Lo que dijo Harriet* fue escrita en 1967. No obstante, no vería la luz hasta 1972, pues muchos editores la rechazaron por considerarla inmoral. Uno de ellos llegó incluso a afirmar que las protagonistas eran «increíblemente repulsivas».